









José Alvaro de Zafra.

ORIGEN,
PROGRESOS
Y ESTADO ACTUAL
DE TODA LA LITERATURA.

EN MADRID



Imprenta de S. J. de los Rios.

ORIGEN,
PROGRESOS
Y ESTADO ACTUAL
DE TODA LA LITERATURA.



O R I G E N,
PROGRESOS
Y ESTADO ACTUAL
DE TODA LA LITERATURA.

OBRA ESCRITA EN ITALIANO

POR EL ABATE

D. JUAN ANDRES,
individuo de las Reales Academias Floren-
tina , y de las Ciencias y buenas Letras
de Mantua:

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

D. CARLOS ANDRES,
individuo de las Reales Academias Floren-
tina , y del Derecho Español y Público
Matritense.

T O M O V.

EN MADRID

AÑO DE M. DCC. LXXXIX.

POR DON ANTONIO DE SANCHA.

Se hallará en su librería en la *Aduana Vieja.*

Con las Licencias necesarias.

O R I G E N,
PROGRESOS
Y ESTADO ACTUAL
DE TODA LA LITERATURA
OBRA ESCRITA EN ITALIANO
POR EL ABATE
D. JUAN ANDRÉS,
individuo de las Reales Academias Floren-
tina, y de las Ciencias y Buenas Letras
de Mantua.
Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR
D. CARLOS ANDRÉS,
individuo de las Reales Academias Floren-
tina, y del Derecho Español y Público
de Mantua.

T O M O V.

EN MADRID

1780 DE M. DCCLXXX.
POR DON ANTONIO DE ZANCAR.
Se halla en su librería en la Alameda Vieja.
Con las Licencias necesarias.

INDICE
DE LOS CAPITULOS
DE ESTE TOMO.
CAPITULO I.

<i>Eloquencia en general.</i>	Pag. 1
Origen de la eloquencia.	<i>Ibid.</i>
Primeros escritores de prosa.	5
Rapsodistas.	9
Sofistas.	13
Progresos y decadencia de la elo- quencia griega.	17
Causas de la decadencia.	21
Demetrio Falereo falsamente cul- pado del corrompimiento de la eloquencia griega.	26
Estilo afeminado de los sofistas.	28
Gorgias.	29
Isocrates.	32
Demetrio Falereo.	37
Estilo duro de algunos oradores.	38
Hegesias.	43
Algunos escritores griegos de de-	

pravada eloqüencia.	47
Otros Griegos posteriores maestros de los Romanos en la eloqüencia.	48
Eloqüencia romana.	51
Decadencia de la eloqüencia romana.	55
El uso de las declamaciones causa daño á la eloqüencia.	62
Seneca.	69
Otros escritores latinos.	75
Ultima decadencia de la eloqüen- cia griega.	80
Eloqüencia arabiga.	87
Restablecimiento de la eloqüencia.	92
Eloqüencia vulgar.	96
Eloqüencia italiana.	99
Española.	107
Francesa.	108
Inglesa.	110
Alemana.	111
Sueca.	113
Rusa.	115
	117
	118
	119
	120
	121
	122
	123
	124
	125
	126
	127
	128
	129
	130
	131
	132
	133
	134
	135
	136
	137
	138
	139
	140
	141
	142
	143
	144
	145
	146
	147
	148
	149
	150
	151
	152
	153
	154
	155
	156
	157
	158
	159
	160
	161
	162
	163
	164
	165
	166
	167
	168
	169
	170
	171
	172
	173
	174
	175
	176
	177
	178
	179
	180
	181
	182
	183
	184
	185
	186
	187
	188
	189
	190
	191
	192
	193
	194
	195
	196
	197
	198
	199
	200
	201
	202
	203
	204
	205
	206
	207
	208
	209
	210
	211
	212
	213
	214
	215
	216
	217
	218
	219
	220
	221
	222
	223
	224
	225
	226
	227
	228
	229
	230
	231
	232
	233
	234
	235
	236
	237
	238
	239
	240
	241
	242
	243
	244
	245
	246
	247
	248
	249
	250
	251
	252
	253
	254
	255
	256
	257
	258
	259
	260
	261
	262
	263
	264
	265
	266
	267
	268
	269
	270
	271
	272
	273
	274
	275
	276
	277
	278
	279
	280
	281
	282
	283
	284
	285
	286
	287
	288
	289
	290
	291
	292
	293
	294
	295
	296
	297
	298
	299
	300

CAPITULO II.

<i>Eloquencia forense.</i>	118
Principio de la eloquencia forense. <i>Ibid.</i>	
Lisias.	122
Isocrates.	124
Hyperides.	128
Eschines y Demostenes. <i>Ibid.</i>	
Decadencia de la eloquencia forense entre los Griegos.	135
Eloquencia forense entre los Romanos.	138
Ciceron.	140
Bruto.	149
Decadencia de la eloquencia forense entre los Romanos.	152
Eloquencia forense en las lenguas vulgares.	157
Italiana. <i>Ibid.</i>	
Inglesa.	162
Francesa.	167
Le Maitre.	168
Patru.	169
Terrasson.	170
Cochin. <i>Ibid.</i>	

D' Aguesseau.	172
Linguet.	174

CAPITULO III.

<i>Eloqüencia didascalica.</i>	177
Origen de la eloqüencia didascalica.	<i>Ibid.</i>
Xenofonte.	179
Platon.	180
Aristoteles.	184
Teofrasto.	187
Plutarco.	194
Eloqüencia didascalica entre los Romanos.	195
Varron.	196
Ciceron.	198
Vitruvio.	201
Celso.	<i>Ibid.</i>
Columela.	202
Seneca.	203
Plinio.	205
Quintiliano.	208
Eloqüencia didascalica en las lenguas vulgares.	<i>Ibid.</i>
	Ita.

Italiana en el siglo XVI.	<i>Ibid.</i>
Del XVII.	214
Del XVIII.	216
Española en el siglo XVI.	220
Del XVII.	225
Del XVIII.	227
Francesa.	230
Malebranche.	231
Pascal.	232
Bossuet.	234
Fenelon.	237
La Bruyere.	238
Rochefoucault.	<i>Ibid.</i>
D' Aguesseau.	239
Fontenelle.	<i>Ibid.</i>
La Motte.	243
Montesquieu.	245
D' Alembert.	249
Rousseau.	251
Voltaire.	253
Buffon.	256
Bailly.	260
Linguet.	262
Inglesa.	265

CAPITULO IV.

<i>Eloquencia dialogal.</i>	270
Origen de la eloquencia dialogal.	<i>Ibid.</i>
Xenofonte y Eschines.	272
Platon.	275
Ciceron.	288
Luciano.	298
Escritores modernos de dialogos latinos.	303
Escritores de dialogos en lengua vulgar.	306
Dialogos de los muertos.	308
Fenelon.	<i>Ibid.</i>
Fontenelle.	309
Lyttelton.	310
Dialogos didacticos.	311
Fontenelle.	312
Algarotti y Zanotti.	314

CAPITULO V.

<i>Eloquencia epistolar.</i>	317
Antigüedad de la eloquencia epis- tolar.	<i>Ibid.</i>

Car-

Cartas de Falaris.	319
Isocrates.	321
Platon.	322
Eschines.	323
Demostenes y otros Griegos.	325
Ciceron y otros Latinos.	327
Griegos posteriores.	331
Aristeneto.	335
Basilio.	337
Latinos posteriores.	340
Escritores españoles de cartas vul- gares.	346
Italianos.	349
Franceses.	353
Ingleses.	361

CAPITULO VI.

<i>Elogios.</i>	366
Griegos escritores de elogios.	367
Gorgias.	<i>Ibid.</i>
Pericles.	369
Isocrates.	370
Ciceron.	372
Plinio.	377

Jovio.	381
Escritores de elogios en lenguas vulgares.	384
Fontenelle.	386
D' Alembert.	391
Thomas.	393

CAPITULO VII.

<i>Eloquencia sagrada.</i>	403
Eloquencia de los Apostoles.	<i>Ibid.</i>
Santos Padres.	405
Siglo de oro de la eloquencia sa- grada.	406
Santos Padres griegos.	407
Santos Padres latinos.	410
Decadencia de la eloquencia sagra- da.	412
Eloquencia sagrada en los tiem- pos baxos.	415
Eloquencia sagrada en las lenguas vulgares.	418
Eloquencia sagrada en el siglo XVI.	420
Eloquencia sagrada en el siglo XVII.	426
Res-	

Restablecimiento de la eloqüen- cia sagrada.	428
Bourdaloue.	432
Bossuet.	436
Flequier.	438
La Columbiere.	440
Cheminais.	441
Massillon.	<i>Ibid.</i>
Neuville.	448
Cartas pastorales.	450
Eloqüencia sagrada de los Ingle- ses.	453
Tillotson.	455
Burnet.	456
Clarke.	457
Dorrell.	458
Blair.	459
Eloqüencia sagrada en Alemania.	462
Eloqüencia sagrada en Italia.	466
Señeri.	467
Otros predicadores italianos.	471
Venini.	472
Trento.	474
Lecciones sagradas.	477
Eloqüencia sagrada en España.	479

Con.

Conclusion.

485

CAPITULO VIII.

Conclusion.

502

Aumento de la eloquencia didas-
calica.

503

De la forense.

506

De las disertaciones academicas.

509

Defectos de la eloquencia moder-
na.

511

LIBRO SEGUNDO.

ORIGEN,

PROGRESOS

Y ESTADO ACTUAL

DE TODA LA ELOQUENCIA.

CAPITULO I.

Eloquencia en general.

SI queremos encontrar verdadera eloquencia, que realmente merezca este nombre, solo en la Grecia deberémos buscarla, donde las benignas Musas esparcieron con larga y liberal mano todas las gracias de la lengua. Cresollio quiere en mi concepto chancearse (a), quando, apoyado á los testimonios de Homero y de Platon, atribuye al mismo Júpiter el origen del arte retorica, haciendo de Minos, discipulo del supremo

Origen de
la Eloquencia.

Tom. V.

A

nu-

(a) *Theat. rhet. lib. I, c. IV.*

numen , un estudiante , de la gruta una escuela , y de Júpiter un sofista o maestro de aquel arte ; y quando , con la autoridad de San Basilio y del Nazianzeno , asciende hasta la creacion del mundo , y la encuentra en la serpiente , que con su artificiosa eloqüencia seduxo á Eva , y causó tanto perjuicio á todo el género humano. El arte de la eloqüencia reconoce un principio harto mas reciente. Por mas que sea cierto como observa Ciceron (a), que los autores de la sociabilidad , los fundadores de las ciudades , y los establecedores de las leyes y de los gobiernos civiles debiesen recurrir á las armas de la eloqüencia para salir con felicidad en sus empresas ; por mas que en los gobiernos civilizados hayan sido freqüentes las ocasiones de hablar al pueblo y al Monarca , de decir en los consejos públicos el propio dictamen , de desempeñar embaxadas , y de hacer de varios modos uso de la eloqüencia ; por mas que en los libros sagrados y en los

pro-

(a) *De Orat.* lib. I, VIII.

profanos se vean algunos antiguos personajes recomendados como beneméritos en el arte de hablar, y en las Sagradas Escrituras se encuentren algunos rasgos excelentes, dignos de que los tomen por modelo los mismos escritores gentiles; todo esto no basta para referir á tan antiguos principios el origen de la eloquencia. Para poseer el arte de la eloquencia no basta qualquier principio de la facultad de hablar, se requiere una atenta reflexion sobre los efectos de nuestros razonamientos, y de los de los otros, y es precisa una séria y repetida observacion. *Initium dicendi*, dice Quintiliano (a), *dedit natura, initium artis observatio*. Y este arte en vano se buscaria en las antiguas naciones, en la formacion de los pueblos, ni en los siglos barbaros é incultos, quando solo se vé en la Grecia, y aun en ella no se puede ascender á una muy remota antigüedad. Ciceron no la reconoce hasta en tiempos harto posteriores, y antes de Pericles no

-milio

A 2

en-

(a) Lib. III, c. II.

encuentra escrito alguno , que esté adornado con el arte de la eloqüencia , ó pueda parecer de un hombre eloqüente , y de un verdadero orador. Nosotros ascenderemos á una antigüedad algo mas remota, y tomaremos desde mas lejos el origen de este arte. Ardion , en muchas disertaciones , que se hallan en las actas de la Academia de las inscripciones y buenas letras, exâmina eruditamente el origen y los progresos de la eloqüencia entre los Griegos, y la hace ascender á tiempos antiquísimos, queriendo que antes de la guerra de Troya fuese no solo conocida, sino reducida á gran perfeccion. Pero como el mismo Ardion manifiesta (a) que aquella eloqüencia era toda poética , y que el arte de hablar que los antiguos estudiaban, probablemente se reducía al arte de versificar, nosotros , que ahora restringimos el nombre de eloqüencia á la prosa , no podemos dar á este arte tanta antigüedad. Al sexto siglo antes de la era christiana , y despues de la

olim-

(a) Diss. III.

olimpiada L se puede referir el principio de esta eloquencia ; y en efecto Estrabon, que parece haber precedido á Ardion en el exámen de esta materia , dice (a), que al principio salió á luz el aparato poético, pero que despues Cadmo , Ferecides y Ecateo se dedicaron á escribir , dexando el metro , y conservando las otras partes poéticas. Plinio , dando del mismo modo (b) un antiquísimo origen á los poëmas , atribuye particularmente á Ferecides la gloria de haber tentado escribir en prosa , ó de haber establecido, como él dice, la oración prosayca , asi como dá á Cadmo el mérito de la invencion de escribir la historia en el mismo estilo : *Prosam orationem condere Pherecydes Syrius instituit, Cyri Regis aetate ; historiam Cadmus milesius.* De Ferecides habla largamente Heino en la Academia de Berlin (c), y fixa su nacimiento en la Olimpiada XLV, que es decir 580 años antes de la era christiana. Este Ferecides habiendo corrido las

Primeros
escritores de
prosa.

(a) Lib. I. (b) Lib. VIII, cap. LVI. (c) Tom. III.

tierras de los Tirios y de los Fenicios , y visto sus libros , que sin sujetarse á metro , ni á medida de sílabas , con libre y suelto estilo trataban materias históricas y filosóficas, intentó seguir este camino , y rompiendo las trabas poéticas, con que hasta entonces habian andado los Griegos sus antecesores , se dedicó á exponer en estilo prosayco algunos argumentos filosóficos que quiso ilustrar , é introduxo en los escritos griegos la prosa que no conocian sus nacionales. Por aquellos tiempos Cadmo de Mileto , tal vez por la vecindad y exemplo de los Asiáticos , pensó en usar de la misma libertad para escribir la historia , y fué el primero de quien tenemos noticia que compusiese historias griegas, ó á lo menos el primero que las escribiese sin las trabas del metro. Al mismo tiempo Solon, inflamado por el celo del bien de la patria, en verso y en prosa hizo en Atenas uso de la eloqüencia para excitar al pueblo á que siguiese sus utilisimas ideas, y á que abrazase la propia felicidad ; y fué de este modo el primero , en concepto de

Ci-

Ciceron (a), que obtuvo el honor de la eloquencia oratoria. Entonces finalmente se ampliaron los límites de la eloquencia, y separada ésta de la poesía, formándose un artificioso y agradable language sin el auxilio del metro, se vió en tiempo de Ciro, hácia la olimpiada L, nacer del filósofo Ferecides, del orador Solon y del historiador Cadmo la verdadera arte de la eloquencia. Los historiadores Eugeon, Deioco, Eudemo, Democleo, Ecatteo, Acusilao y varios otros siguiendo el exemplo de Cadmo abandonaron el metro, y se valieron de una mas suelta y libre oracion. Despues de Solon se dedicó Pistrato á arengar al pueblo ateniense, y segun el testimonio de Ciceron manifestó en este género mayor estudio y mayor fuerza. Clistenes, Temistocles, Cleon y quantos querian manejar los negocios de la república se valieron de las mismas armas para sujetar al pueblo á sus opiniones: y viniendo despues Pericles, animado

(a) *De cl. or. X.*

do de una natural facundia, é instruido por Anaxágoras, y por los mejores profesores de filosofia y de todas las buenas artes, hizo oír por primera vez un orador casi perfecto, y estableció en Atenas el solio de la eloqüencia oratoria. Al mismo tiempo los filósofos, que habian sido mas tenaces en conservar el metro en sus escritos, lo abandonaron finalmente: los pitagoricos, segun el testimonio de Dionisio Halicarnaseo (a), adoptaron una oracion pomposa y magnífica que se acercaba á la poesia; y hasta el mismo Democrito y otros filósofos abrazaron la prosa, añadiendo siempre mayores adornos y riquezas á la eloqüencia. Cenon de Elea, contemporaneo de Pericles y amante de la disputa y de la contienda filosófica, pensó en tratar las questões por via de dialogos, introduciendo esta nueva especie de eloqüencia, que abrazada despues por Sócrates fue muy cultivada por los mas esclarecidos filósofos. De este modo
la

(a) *De vet. script. cens.*

la eloquencia en las manos de los atentos y estudiosos Griegos se extendia continuamente en nuevos ramos, y de dia en dia iba recibiendo mayores aumentos. Al principio se aprendia solo con la meditacion y con el exercicio de decir, y no se contenia en ciertos y permanentes preceptos, ni se habia reducido á arte. Aristoteles, y despues de él Ciceron (a) y Quintiliano (b), hacen nacer el arte retorica en la Sicilia, quando arrojados los tiranos, queriendo los particulares pedir en juicio sus propiedades, se vieron precisados á recurrir á la eloquencia; y dicen, que los primeros que escribieron preceptos de este arte fueron Coraces y Tisias. Estos dos sicilianos serán tal vez los primeros escritores de arte oratoria; pero antes de ellos habia ya en la Grecia no pocos que se empleaban en enseñarla.

La Grecia estaba llena de rapsodistas y de sofistas, que dedicando todo su estudio á la elocucion, eran considerados como

Rapsodistas.

Tom. V.

B

mo

(a) De cl. or. X. (b) Lib. II, tom. I.

mo maestros de la eloquencia. Ardion (a) cree que los rapsodistas y los sofistas fuesen una cosa misma, ó á lo menos muy semejantes entre sí, y que unos y otros se empleasen en exponer é ilustrar algunos pasages de los poëtas. Que fuese este el estudio y la ocupacion de los rapsodistas lo manifiesta con bastante claridad Platon en su *Yon.* Un rapsodista debia penetrar íntimamente los pensamientos de los poëtas, y, recitando, cantando, comentando y explicando de varios modos los versos, que el pueblo ó algun particular le pedia, hacer que los oyentes comprendiesen la mente y la doctrina del poëta, cuyos versos cantaba. Sócrates en Platon alaba ironicamente este arte, porque obligaba a los profesores á adornar su cuerpo y comparecer lindos, á estudiar con el mayor cuidado los poëtas y singularmente á Homero, y á aprender no solo los versos y las palabras, sino tambien los pensamientos y las opiniones; y como

(a) Diss. V.

mó para esto debian los rapsodistas tener llena la mente y la lengua de conceptos, de imágenes, de expresiones y de palabras de los poetas, y explicar á los otros su fuerza y energía, de aqui es que podian dar lecciones de eloquencia, y quien deseaba aprender el arte de bien hablar, procuraba instruirse en las reflexiones, y en los preceptos de aquellos maestros, que se habian formado con el exemplo de los celebrados poetas. Quienes fuesen los mas famosos rapsodistas parece indicarlo bastante Yón, quando alaba distintamente á Metrodoro Lampsaceno, á Stesimbrotos Thasio y á Glauco. En efecto no eran estos rapsodistas vulgares, ni comunes charlatanes, que solo entretenian al pueblo con agradables canciones y con vanas palabras; sino que eran personas eruditas, que podian dar luces a los filósofos, y dexar escritos capaces de prestar auxilio a la docta posteridad. De Metrodoro Lampsaceno nos dice Diogenes Laercio (a), apoyado al testimonio

B 2 de

(a) In Anaxagora.

de Favorino , que fue amigo y familiar de Anaxágoras , que estudió los poëmas de Homero singularmente por lo que mira á las cosas físicas y al conocimiento de la naturaleza , y que contribuyó mucho á que Anaxágoras creyese que dichos poëmas tenian por objeto la virtud y la justicia. Stesimbrotó y Glauco emplearian igualmente sus estudios en la perfecta inteligencia de Homero , toda vez que se hallan citados por Yon como los mas célebres en esta parte. Pero Stesimbrotó á mas de esto parece haberse ocupado en ilustrar la historia , puesto que se vé citado varias veces por Plutarco y por Ate-
 neo en comprobacion de algunos hechos de Pericles y de Temistocles. De Glauco nos da tambien noticia Aristoteles (a) , quando entre los que trataron del modo de recitar poëtico , nombra con particularidad á Glauco , como que se distinguió singularmente en este asunto. Todo lo qual hace ver con bastante claridad que

οἰνομιστῶν τῆς ὁμοιοῦσας (α) οἰνομιστῶν los

(a) Libr. III, c. I.

los rapsodistas , cantando y explicando los pasages de los poëtas , extendian su erudicion á otras materias , y que formando de las obras poëticas la base de sus estudios , se les presentaba campo para hacerse maestros de eloquencia y de qualquier otra facultad. Mas noble habia sido en la Grecia el origen de los sofistas , que pocos años despues llegaron á sér viles y despreciables. Estos al principio , como refiere Plutarco (*a*), formaban de por sí una clase distinta de los oradores y de los filósofos , profesando la sabiduria , ó la ciencia política y del gobierno. Los Atenienses tenian en tanto aprecio y veneracion á los sofistas , que como nos dice Isócrates (*b*), llamaban felices á los que lograban la suerte de ser admitidos á sus conferencias. Solon , dice el mismo Isócrates , fue el primer ciudadano de Atenas que tuvo el nombre de sofista , y Solon fue elevado por los Atenienses á gobernador y cabeza de la Ciudad. A Solon

(*a*) *In Themist.* (*b*) *De permitt.*

lon refiere igualmente Plutarco (a) el origen de los sofistas ; pero añade que estos mezclaron despues la sabiduría con el arte del litigio , y sin tomar parte en los negocios políticos restringieron sus meditaciones á las contiendas judiciales. La principal ocupacion y el objeto primario de los sofistas era enseñar la eloquiencia, como repetidas veces lo dice Platon en los *Dialogos* ; y esta ocupacion acarrea grandes honores y riquezas á los sofistas , y los constituia en la mayor opulencia. ¿Quántas riquezas no adquirió en esta profesion el célebre Gorgias Leontino? Protágoras quiso asegurarse un estipendio superior á sus fatigas , y fue el primero que exigió paga por sus lecciones , pidiendo no menos de cien minas; y de este modo, ademas de la considerable ganancia de ricas sumas , lograba la ventaja de hacer mas respetable su doctrina. Isócrates en la oracion contra los sofistas ridiculiza la insolencia de aquellos hombres, que,

ha.

(a) In *Themist.* (1) *Themist.* (2)

haciendo oraciones peores que las que de repente dicen muchos ignorantes, se jactaban de formar á sus discipulos oradores perfectos. La vanidad y petulancia de los sofistas, y su excesiva multitud los hicieron tan despreciables y odiosos, que muchos buscaban otros nombres con que ocultar su profesion; y querian parecer músicos, poëtas, gimnasticos y qualquier otra cosa antes que sofistas. En efecto asi lo insinua Platon (*a*), y asi lo dice expresamente Plutarco (*b*) de Damón, maestro y amigo de Pericles, el qual siendo realmente sofista procuraba evitar baxo el nombre de músico la vergüenza de tal profesion. Gente extraña deben parecernos los sofistas viendolos ya honrados del pueblo, y respetados de algunos doctos, ya despreciados y ridiculizados de otros, y siempre oidos y buscados de todos. Quien lea en las historias antiguas, que el sofista Gorgias por su singular facundia fue nombrado embaxador por los Leon-

(*a*) *In Protagora.* (*b*) *In Pericle.*

Leontinos ; que habiendo llegado á Grecia se llevó tras sí todos los pueblos que le habian oido una sola vez ; que Pericles y los Griegos mas famosos procuraron con la mayor ansia su instruccion ; que toda la Grecia le dispensó honores casi divinos , quales no obtuvieron jamas los mas célebres oradores , ni los mas ilustres capitanes ; quien vea en Laercio y en otros antigüos alabado , honrado y enriquecido por los Griegos á Protágoras ; quien observe que Prodicó , Trasmaco , Polo y algunos otros famosos sofistas por la fama de su eloqüencia se llevaron tras sí á los mas estudiosos y sensatos Griegos, no podrá persuadirse , que estos sean realmente aquel Gorgías , aquel Protágoras y aquellos sofistas mismos tan mofados y ridiculizados por Platon , por Isócrates y por otros, y tan despreciados de la posteridad en cotejo de los verdaderos oradores. Yo no quiero entrar en odiosas comparaciones; pero creo que si examináramos con alguna atencion nuestra edad , si observáramos los honores pasajeros de que han

gozó algunos escritores , poëtas y oradores , si reflexionáramos sobre el genio del pueblo , comprehendiendo tambien en este los grandes señores y no pocos literatos , no nos causaria gran maravilla esta aparente contradiccion.

Los honores y emolumentos concedidos con larga mano á los sofistas , y el concurso y la celebridad de sus escuelas ^{Progreso y decadencia de la eloquencia griega.} y de las lecciones de retorica , servian á muchos de no poco estimulo para abrazar el estudio de la eloquencia , y los excitaba vivamente á cultivar mas y mas aquella facultad. En efecto entonces florecieron los famosos oradores de la Grecia ; entonces los historiadores adornaron sus narraciones con todas las gracias de una limada oracion ; entonces los filósofos mas celebres hicieron agradable la seriedad de su doctrina con las suaves gracias del estilo ; entonces los medicos , los arquitectos , los pintores , los musicos y todos los otros profesores supieron escribir de su arte con precision , claridad , elegancia y fuerza , y manifestarse verdaderamente eloqüentes ;

entonces salieron á luz muchos escritos de arte retórica; entonces en sumia se vió reynar en todas sus provincias la eloqüencia griega. La afectada concinidad de los períodos, y los delicados adornos de las estudiadas oraciones de Gorgias y de los sofistas, habian quitado la aspereza é incultura de la prosa de los primeros escritores; los posteriores oradores, filósofos é historiadores, que pudieron aprovecharse del exemplo y de la doctrina de aquellos estimados maestros, tomaron de ellos el estudio de la selecta colocacion de las palabras, y de la armonía y sonoridad de los períodos; pero hicieron mejor uso, y teniendo verdaderas y solidas materias en que emplear su ingenio, no se cuidaron de imitar la afectada delicadez, y las falsas bellezas de los vanos discursos de los sofistas, y abandonando el afeminado y nimio atavío de sus oraciones, formaron un estilo gallardo y varonil, magestuoso y adornado, sencillo y noble, natural y sublime. Y por consiguiente de los sofistas, tan despreciados por los pos-

teriores oradores y filósofos , de Protágoras , de Gorgias , de Prodicó y de otros maestros semejantes , ridiculizados por Platon , se puede de algun modo tomar el origen de aquella eloquencia , que tanto honor acarreo á los oradores y á los filósofos , al mismo Platon y á toda la Grecia. La eloquencia griega no tuvo tan permanente consistencia , ni pudo contar tan varios y diferentes periodos como la griega poesia. Nació , podemos decirlo así , quando habian pasado ya las tres edades mas gloriosas de la poesia , esparció desde luego su mas lucido esplendor , y comenzó despues á disminuirse antes que despuntase la *pleyade* griega , y antes de los bucolicos griegos , y de la ultima gloriosa y honrosa epoca de la poesia griega. Pero en aquel corto transcurso de tiempo , desde la guerra del Peloponeso hasta la muerte de Alexandro , en que floreció la eloquencia griega , llegó á tanta perfeccion , que tal vez puede llamarse mas acabada y perfecta en su genero que la misma poesia. Baxemos pues la cabe-

za con suma veneracion ante el respetable padre Homero ; pero si queremos reducir á la mayor perfeccion la poesia epica y la eloquencia oratoria , deberemos apartarnos algo mas de los exemplos de Homero , que de los de Eschines y Demostenes. Alabense en hora buena Sofocles , y Euripides ; pero Xenofonte y Platon tendran tal vez igual derecho á no inferiores elogios. Lisias , Isocrates , Aristoteles , Teofrasto y tantos otros oradores , filosofos é historiadores han dado tal variedad y finura á la eloquencia griega, que las prosas griegas pueden tomarse por exemplares de escritores prosaycos , tan justamente como se proponen las poesias griegas á los poetas. Pero la eloquencia griega no supo conservar por mucho tiempo su vigor , empezó á mudar de estilo , y perdiendo los solidos y magestuosos adornos , obscureció su esplendor , y vió disminuirse la fuerza de su poder : con el reyno de Alexandro cayó el reyno de la eloquencia. Quales , pues , hayan sido las causas de

esta decadencia ; cuál el nuevo gusto que la ocasionó ; y á quien deba atribuirse la introduccion , no lo veo bien exâminado , ni por los antigüos ni por los modernos , y creo que pueda merecer muy bien nuestras diligentes pesquisas.

Para hacer mejor esta investigacion es preciso reflexionar , que aunque los poetas y los historiadores empezasen á escribir en las regiones del Asia , y aunque el arte retorica tuviese su origen en la Sicilia , sin embargo la verdadera eloquencia solo adquirió vigór en Atenas , y todos los celebrados oradores , todos los eloqüentes filósofos ó nacieron ó se criaron en aquella afortunada ciudad. Ciceron observa (a) , que en la Misia , en la Caria y en la Frigia , provincias nada pulidas y elegantes , se introduxo un estilo acomodado a sus oidos , y un genero de diction obesa y engrasada , por decirlo asi ; y en otra parte (b) reprehende generalmente en los Asiaticos una excesiva

Causas de la decadencia.

(a) Orat. VIII. (b) LXIX.

va redundancia de vanas palabras , buscadas solo para llenar el numero de la oracion , seguido por ellos con mucho ardor , y en los Sicilianos un estilo humilde y baxo por la particion y el truncamiento de los periodos ; de modo que en su concepto solo los Atenienses gozaban de un fino oido, justo y sincero juez de la verdadera elegancia. Quintiliano , recorriendo las varias clases de estilo , dice, que los Atenienses , pulidos y limados, nada podian sufrir que fuese superfluo y redundante , é impropio de la mas delicada exáctitud; pero al contrario los Asiaticos , por su propia jactancia y vanidad, gustaban de una locucion hueca é hinchada ; y los Rodios , habiendo desde el principio logrado la instruccion del atico Eschines , y degenerando despues algun tanto por la vecindad del Asia, tenian un genero de estilo que participaba del gusto ateniense , y del perégrino y extranero. Asi que es preciso confesar , que Atenas debia mirarse como el verdadero trono de la eloquencia , y que faltan-

tando esta en aquella ciudad, mal podía sostenerse en los otros pueblos griegos. Ahora pues, en Atenas la constitucion del gobierno, y el fino gusto de los particulares habian hecho que reynase la oratoria, y la cultura y delicadez de la lengua, y de todas las artes liberales. De aqui provino que desde Solon hasta Demetrio Falereo no faltasen á los Atenieses excelentes oradores, que expusiesen al pueblo todas las gracias de su arte; y los filósofos, que se formaban en las escuelas de Atenas, unian á las especulaciones científicas los adornos de la eloquencia. Pero despues del reynado de Alexandro comenzó el pueblo ateniense á sufrir el yugo de los Príncipes extrangeros, y á perder su influencia en los negocios politicos, con lo que faltaban á los oradores argumentos que inflamasen su entusiasmo, y los estimulasen á cultivar las grácias y los atractivos de la eloquencia. Alexandro, dice Seneca (a), quitó á las

ciu-

(a) Epist. XCIV.

ciudades de la Grecia lo mejor que tenían, la libertad á los Lacedemonios, la eloqüencia á los Atenienses. *Quod cuique optimum est eripuit* (Alexander). *Lacedaemona servare jubet, Athenas tacere.* La estrangera dominacion, ora de los Macedonios, ora de los Acheos, y finalmente de los Romanos, introduxo no poca variacion en la lengua, en el gusto y en la delicadez de los Atenienses, quienes con el imperio de aquellas gentes, recibieron tambien parte de su barbarie. La doctrina de los Atenienses se fue extinguiendo enteramente, y solo quedó en Atenas el domicilio de los estudios, que abandonados de los ciudadanos eran freqüentados por los extrangeros. *Athenis*, dice Ciceron (a), *jamdium doctrina ipsorum Atheniensium interiit, domicilium tantum in illa urbe remanet studiorum, quibus vacant cives, peregrini fruuntur, capti quodam modo nomine urbis, et auctoritate.* Esta concurrencia de fo-

(a) *De Orat.* III, XI.

forasteros , y el descuido de los Atenien-
ses , hizo que se perdiese mucha parte
de la delicadéz y pureza de la lengua , y
perjudicó por lo mismo á la elegancia del
estilo , y á la fuerza de la eloquencia. Los
mismos estudios filosoficos , que en aque-
llos tiempos se cultivaban , contribuye-
ron no poco á esta decadencia , puesto
que entonces florecieron Zenon y Epi-
curo , y formaron las nuevas sectas de
estoycos y epicureos ; y estos nuevos
filósofos , tanto estoycos , como epicu-
reos , segun repetidas veces observa Cice-
ron , por su doctrina , y por su meto-
do y costumbres , podian prestar poco
auxílio á la eloquencia popular. Dionisio
de Halicarnaseo se lamenta (a) de que los
filósofos estoycos , y singularmente Cris-
po , fuesen tan rusticos é incultos en la
composicion de las palabras , que solo de
decirlo se avergonzaba ; y de que quan-
to mayor cuidado ponian en las artes dia-
lecticas , tanto mayor descuido manifes-

Tom. V.

D

ta-

(a) *De nom. comp.*

taban en la armonía de la oracion. De los epicureos dice Plutarco (a), que si alguna vez escribian de la retorica era unicamente para exhortar á los otros á no hacer uso de ella. Ahora pues, dominando en aquellos tiempos en Atenas la filosofia estoyca y la epicurea, ¿qué podia esperarse sino un miserable abandono de la eloquencia griega?

Demetrio Falereo falsamente culpado del corrompimiento de la eloquencia griega.

Pero ¿quál fue la depravacion que sufrió la eloquencia griega? ¿y quien podrá llamarse el primer corrompedor? Ciceron atribuye á Demetrio Falereo la corrupcion de la oratoria por excesiva mollicie y suavidad. *Hic primus* dice (b), *inflexit orationem, et eam mollem teneramque reddidit; et suavis sicut fuit, videri maluit, quam gravis, sed suavitate ea qua perfunderet animos, non qua perfringeret; et tantum ut memoriam concinnitatis suae, non (quemadmodum de Pericle scripsit Eupolis) cum delectatione aculeos etiam relinqueret in animis eorum, á qui-*

(a) *Adu. Celot.* (b) *De Cl. Orat. IX.* (c)

bus esset auditus. Apoyados sólo al dicho de Ciceron, atribuyen uníversalmente los criticos á Falereo el corrompimiento de toda eloquencia, y lo hacen autor del pervertimiento del antiguo estilo de los escritores griegos, é introductor del nuevo. Pero yo dudo mucho de la verdad de esta opinion, por mas que esté apoyada con la gravísima autoridad del maestro de la eloquencia romana; y me atrevo á proponer á los lectores eruditos algunas razones de mi duda, esperando que puedan acarrear alguna luz á la historia de los progresos de la eloquencia griega. Me parece que se requieren tres circunstancias para poder atribuir á Demetrio la corrupcion de la eloquencia por excesiva molicie y suavidad, segun el juicio de Ciceron. Es preciso que en los tiempos anteriores á Demetrio, no se usase una locucion blanda y afeminada que debilitase y enflaqueciese la oracion; es preciso que Demetrio haya usado esta locucion, y que haya sido el primero que la pusiese en uso; y es preciso finalmente que la depravacion

que se siguió despues de Demetrio en la eloqüencia griega, deba atribuirse á dicha molície y floxedad. Exâminemos algun tanto estos puntos, que nos harán ver los pasos que siguió la eloqüencia en la erudita Grecia, y nos darán tal vez mas exâctas ideas de las vicisitudes de la eloqüencia griega, que las que se tienen comunmente. Los primeros escritores de prosa solo atendian á expresar de qualquier modo que fuese sus propios pensamientos, sin cuidarse de darles adorno alguno. Aristoteles en la *Retorica* (a), y Demetrio en el librito *De la elocucion* dicen, que los antigüos usaban de una oracion demasiado suelta y desencadenada, sin el giro y la rotundidad del periodo, sin adorno y sin armonía; y traen por exemplo un fragmento de la historia de Ecateo Milesio. Vinieron despues Gorgias, Trasimaco, Polo y otros sofistas, y cargaron de tal modo la diction de estudiados adornos, que no podia adquirir fuer-

Estilo afe-
minado de
los sofistas.

(a) Lib. III, cap. XI, y en otras partes.

fuerza alguna , ni gravedad oratoria, y antes bien parecia ridicula y pueril á las personas de fino gusto. Gorgias es tenido de los antiguos por el inventor de este estilo , y de la demasidamente estudiada manera de decir ; gorgianos se llamaban los excesivos adornos , las figuras melindrosas , y las afectadas expresiones; y por mas que mucho tiempo antes corriesen por la Grecia los sofistas , sin embargo Gorgias era llamado el verdadero padre de ellos , como lo era Eschilo de los tragicos. Ciceron (a) nos refiere el gran cuidado que manifestaba poner Gorgias en la eleccion del sonido y numero de las palabras , y quanto se complacia en las antitesis y en otras figuras. Aristoteles dice (b) , que habiendo sido los poetas , como era natural , los primeros en adornar y animar el estilo , y habiendo por este medio adquirido no poca gloria , la diction poética fue la primera que obtuvo la aprobacion y los aplausos

(a) Orat. XLIX, et L. (b) Lib. III, cap. II.

sos de los oyentes ; y tal dice haber sido la oracion de Gorgias. Demetrio reprehende como vicioso el estilo de Gorgias, por haber sido excesivamente periodico, y cita por exemplo de prosa periodica, y nada menos numerosa que la poësia de Homero, los discursos de Gorgias y de Isócrates. Nosotros conservamos todavia algunos pedazos oratorios de Gorgias, que nos proporcionan la ocasion de formar por nosotros mismos juicio de la eloqüencia de aquel celebrado padre de los sofistas ; y podemos libremente asegurar, á pesar de la contraria y gravísima autoridad del respetable Ciceron, que con poco fundamento se querrá culpar á Demetrio de haber sido el primero que truncó y debilitó la oracion, quando tanto tiempo antes de él se oian con ruidosos aplausos las desencadenadas, débiles y pueriles oraciones de Gorgias. Los defectos de la eloqüencia gorgiana no murieron con el autor, sino que reynaron con credito en las escuelas de los mas famosos sofistas. Dion-

ni-

nisio Halicarnaseo observa , que no solo Gorgias , sino tambien Polo , Licino y otros retoricos , hicieron desmedido uso de antitesis , de paranomasias y de otras figuras que él llama teatrales (*a*). Se evitaba el uso de palabras populares y comunes , y solo se buscaban las desusadas y poéticas : metáforas , hipérbolles , figuras y juegos de ingenio formaban las delicias de los profesores de la eloquencia griega ; y en vez de una sana dulzura , que deleytase y penetrase los ánimos de los doctos oyentes , se oia un estilo fastidioso que causaba tedio y hastío á los delicados paladares. Lisias , en concepto de su panegirista Dionisio Halicarnaseo (*b*) , tuvo el mérito de corregir estos defectos de sus predecesores , y de introducir en las oraciones una locucion mas oportuna , mas solida y mas digna de la gravedad oratoria. Acaso Tulio puso solo la consideracion en Lisias y en los otros oradores , y no pensó en los

(*a*) De Thuc. *Hist. Jud.* (*b*) In *Lysia.*

los sofistas, quando siguiendo el curso de la eloqüencia griega atribuyó á Demetrio el origen de su decadencia, y creyó que fuese este el primero que corrompió y debilitó la fuerza oratoria. Pero por mas restricciones que se le quieran dar al dicho de Ciceron, nunca podré reconocerlo por absolutamente verdadero: ni los mas celebrados oradores griegos pueden llamarse enteramente exéntos de aquella delicadez y molicie, y de aquellos dulces defectos que reprehende Ciceron en Demetrio. Sea en buen hora cierto que ni Antifonte, ni Andocides, ni Lisias, ni otros oradores anteriores ocasionaron con estudiados melindres algun perjuicio á la fuerza y gravedad oratoria; ¿pero cómo podrá defenderse á Isocrates de semejante defecto? Mas adelante texerémos con gusto los bien merecidos elogios á la eloqüencia de Isócrates; pero ahora no podemos callar á nuestro proposito lo que ya insinuamos en otra parte (a), que por

mas

(a) Tom. I, c. VI.

mas que quiera tenerse por elegante y culto orador al célebre Isócrates, él, con mas razon que Demetrio, puede decirse que fue el primero que debilitó la eloquencia, y puede llamarse el autor de aquella dulzura y suavidad que se quiere considerar como la corrompedora de la eloquencia. Por mas estudiado y repulido que se crea á Demetrio, me parece que no puede imaginarse oracion mas tierna y afeminada que la que usa repetidas veces Isócrates. Dionisio Halicarnaseo (a) nos presenta á este orador muy ocupado en escoger con estudiada atencion las mas suaves y armoniosas palabras, y colocarlas con arte en el lugar mas oportuno, y en buscar en sus oraciones la sonoridad música. Quintiliano le hace ir en busca de todas las gracias, y de todos los halagos de la locucion, y lo presenta como tan diligente en la composicion del estilo, que su excesivo cuidado no podia librarse de la reprehension de

Tom. V.

E

los

(a) *In Isocrat.*

los lectores doctos é imparciales. No quisiera parecer sobrado aspero y austero contra el suavísimo Isócrates, refiriendo el juicio que de su eloquencia nos dexó el crítico Hermógenes. Excesivamente cuidadoso, dice él (a), en la exâctitud de los ornatos, y en la medida de la oracion, si quiere á veces usar de la vehemencia y de la acrimonia la trunca y debilita con su excesivo cuidado. No hay que buscar en él impetu y fuerza; mas tiene, siendo haberlo de decir, mas tiene de humilde, debil y abatido, y generalmente de viejo y escolastico: privado por su naturaleza de un cierto ayre de verdad, todo es afectacion, y haciendo pompa de sus estudiadas sentencias, se entrega á inútiles y ociosas palabras. El abate Auger, que recientemente ha dado una docta traduccion de muchas oraciones de Isócrates, comparandolas con otras de los mas eloqüentes hombres de la Grecia, por mas que se haya dexado

(a) *De form. Or.* lib. II.

llevar del entusiasmo de traductor, de panegirista y de apologista de aquel orador, no puede purgar de toda mancha á su venerado héroe, ni ponerlo á cubierto de muchas acusaciones, ni aun se atreve á negar que por su excesivo cuidado en compasar las palabras, en evitar con pueril estudio la concurrencia de las vocales, y en terminar los periodos con armoniosa cadencia, no haya hecho lenta y pesada la oracion, y haya enflaquecido y enervado el estilo. Este vicio que nosotros encontramos todavía en Isócrates, lo reconocian los antiguos igualmente en sus discipulos, y formaba, por decirlo asi, el carácter de la eloquencia de la escuela isocratica. El crítico Halicarnaseo dice generalmente (a), que los imitadores de Isócrates, que procuraban expresar sus delineamientos, se hacian lánguidos y frios, sin fuerza de conmocion, y sin apariencia de verdad. Teopompo, el mas illustre discipulo de Isócrates, se halla notado por

E 2

De

(a) In Dinarco.

Demetrio de incapaz de decir con fuerza las cosas fuertes ; y si este era el estilo de Teopompo, tan vehemente é impetuoso en concepto de Isócrates , que antes debia refrenarse que espolearse , ¿ qual habrá sido el de Eforo tan quieto y sosegado , que no necesitaba de brida y freno , sino de espuela y aguijon ? Pausado y lento , lánguido y falto de fuerza y energía nos lo presentan Dion Crysostomo (a) y Suidas. Plutarco (b) no duda dar el nombre de oracioncillas , y de artificiosos periodos á las oraciones de Eforo , de Teopompo y de Anaxímenes , y llamarlas frívolas é ineptas. Y finalmente Longino , como ya hemos dicho en otra parte (c) , juzga que los discípulos de Isócrates , por querer ser sobrado exactos y ataviados en la oracion , perdian el ímpetu y la vehemencia. De donde se infiere que mucho antes de Demetrio se oyó en Atenas aquella molicie y suavidad de estilo que Ciceron cree haber él

(a) *Orac. acerca del exercicio del decir.* (b) *Præc. de gub. regub.* (c) Tom. I, c. III.

él introducido muchos años despues. Deberia ahora exâminarse si Demetrio realmente incurrió en este defecto, de que lo reprehende Ciceron; pero no teniendo sus oraciones ni las otras obras suyas, mal podrémos formar juicio de la fuerza ó debilidad de su estilo. El librito *De la elocucion*, que corre baxo su nombre, se tiene comunmente por obra de otro Demetrio; pero aunque con Pedro Victorio y con otros se quiera atribuir al Falereo, no veo qué argumento puede sacarse de él en comprobacion del dicho de Tulio; y antes bien, encontrando que repetidas veces se enardece contra la estudiada dulzura de Isócrates, deberémos pensar que estuviese el autor muy lejos de caer en el vicio que tan frecuentemente reprehende en otros. Pero dexando aparte esta obra, que se cree ser de otro Demetrio, y sin entrar en el exâmen, que ahora no podemos hacer, de las del Falereo, solo diré que no veo griego alguno antigüo que le atribuya el principio del corrompimiento de la eloquencia

cia griega. Antes bien observo que los Griegos hablan con frecuencia de los estudiados afeytes de Isócrates, pero jamas dicen palabra de los de Demetrio; y Laercio, lejos de tachar de debiles sus oraciones, alaba generalmente el estilo de todas sus obras como filosófico, y al mismo tiempo acompañado de la fuerza y valentia oratoria. Diré tambien que encuentro alabado á Demetrio por haber desterrado de Atenas á los sofistas; y es natural que un contrario tan acerrimo de los corrompedores de la eloqüencia no entrase á la parte con ellos en el mismo corrompimiento. Y diré finalmente que la depravacion, que despues de Demóstenes, y en tiempo de Demetrio, se introduxo en la eloqüencia, no provino de excesiva molicie y suavidad sino antes bien de dureza y falta de elegancia.

Estilo duro de algunos Oradores.

La eloqüencia griega llegó á su mayor perfeccion en las manos de Iperides, de Eschines y de Demóstenes. Lisias é Isócrates la habian purgado de muchos defectos de que la llenaban los sofistas, y ha-

habianla puesto en mucho mayor decoro y gravedad de la que habia podido obtener hasta entonces ; pero no habian llegado á darle la fuerza y el vigor , en que mejor que en ninguna otra prenda consiste la verdadera belleza y la magestad de la oratoria. Eschines y Demóstenes , sin olvidar los sólidos y magestuosos ornatos que requiere el arte , le dieron aquel vivo ardor , aquel irresistible ímpetu , aquel invencible poder que solo puede producirlo una excelente naturaleza , y supieron unir felizmente la suavidad con la fuerza. Entónces vinieron otros , que haciendo poco caso de la dulzura del estilo , y buscando solo la vehemencia , se dieron á una oracion aspera y dura , que hacia perder no poca parte del vigor y de la fuerza que corresponde á un orador : al mismo tiempo otros , huyendo las penosas fatigas , que para hablar bien requiere el arte oratoria , no querian tener consideracion alguna á dicho arte , y se abandonaban á la naturaleza y á una mera práctica é inerudito ejercicio.

Her-

Hermógenes observa que Licurgo , contemporáneo y amigo de Demóstenes , era áspero y duro en el estilo , y no ponía cuidado ni diligencia en pulirlo (a) ; y por consiguiente tenía la apariencia de la fuerza oratoria , pero no la realidad. Dinarco , según dice el mismo Hermógenes y otros críticos antiguos , áspero en los pensamientos , poco vigoroso en las expresiones , y descuidado en el estilo , parecía tener mas fuerza de la que realmente tenía , y era por ello llamado *Demóstenes de cebada ó el rústico Demóstenes*. Aristogiton era otro orador de aquel tiempo , que no cuidándose mucho de la elegancia, todo el merito de la eloquencia lo ponía en la aspereza y en la libertad de los pensamientos. Siriano (b) dice , que Piteas , Egemon y otros de los que entónces se celebraban , eran de aquellos que no querían reconocer arte alguna retórica , y sin estudio ni erudición subían á la tribuna , y se atrevían á llamarse oradores.

(a) *De For. Or.* lib. II. (b) *Not. in Hermog.*

dores. Dionisio Halicarnaseo se lamenta (a) del descuido de los escritores griegos en la colocacion de las palabras, y en la justa armonía de la oracion, y dice que en esta acertada colocacion de las palabras se distingue singularmente el poëta del poëta, y el orador del orador; que los antiguos casi todos ponian en esto gran cuidado, y por ello eran bellos sus versos, sus poëmas y sus oraciones, pero no los posteriores, exceptuando algunos pocos; y que finalmente los otros aun mas modernos Filarco, Duris, Hegesías y otros muchos de aquel tiempo lo abandonaron enteramente, y ninguno pensaba que un cuidado semejante fuese necesario ni aun conveniente á la belleza de la oracion. Por lo qual me parece que los oradores griegos, despreciando mas de dia en dia la excesiva suavidad, y la demasiada delicadeza de los primeros sofistas, cayeron en el extremo contrario, y se dieron á un estilo duro é inculto, distante

Tom. V.

F

de

(a) *De nom. comp.*

de la suave pulidez, y de la limada elegancia, que tanto lustre y decoro habia acarreado á la eloqüencia griega. Vinien- do entónces Demetrio, no solo seria acreedor al perdon, sino que mereceria elogios si hubiese procurado restituir á la eloqüencia griega la dulzura y suavidad del estilo, desterrada por la excesiva aspereza y dureza, aun en el caso de que se hubiese dexado llevar sobrado de la terneza y molicie. Si los escritores posteriores á Demetrio hubieran procurado formar una locucion tierna y dulce, suave y blanda, tal vez se hubiera puesto un dique al pervertimiento que entónces nacia, y se hubiera conservado mas largo tiempo en pie el buen gusto que empezaba á decaer. Pero la ruina de la eloqüencia griega provino cabalmente de abandonar los escritores la elegancia y la suavidad, que, segun Ciceron, buscaba Demetrio con exceso, y de seguir un camino enteramente diverso en la dureza y negligencia del estilo descuidado é inculto. Por lo qual creo que malamente se atribuye á Demetrio

atribuyo la culpa de haber introducido el corrompimiento en la eloquencia griega, y que si á pesar de tanto transcurso de tiempo, y de tanta escasez de monumentos queremos encontrar el autor de tal depravacion, deberémos referir á otros la causa de este mal. Yo temo excederme queriendo nombrar señaladamente el escritor, que con mas justo motivo pueda ser culpado de este pervertimiento; pero sin embargo me ánimo á exponer con libertad mi opinion, mayormente pudiendo de algun modo apoyarla sobre la autoridad del mismo Tulio. Hegesías puede en mi concepto considerarse como caudillo y conductor de los sequaces del nuevo y depravado gusto en la eloquencia griega. Es verdad que ahora no tenemos ya monumentos del estilo que usó Hegesías; pero podemos formar el juicio por los testimonios que de su eloquencia nos han dexado los antiguos. Y empezando por Ciceron, de quien se toma la opinion de referir á Demetrio este corrompimiento, son varios los pasages

en que nos habla de Hegesías, y todos le son ciertamente poco ventajosos. Una ridícula vanidad, segun dice Ciceron (a), hacia pensar á Hegesías tan altamente de su eloqüencia, que él solo se creía atico, y tenia á todos los otros por rústicos y agrestes. ¿Pero qual era este su tan maravilloso aticismo? Nada habia mas truncado y desmenuzado, dice el mismo Tulio, nada mas pueril en su misma concisidad. *At quid est tam fractum, tam minutum, tam in ipsa, quam tamen consequitur, concinnitate puerile?* Hegesías, dice en otra parte (b), evitando malamente el numeroso periodo, quando pretende imitar á Lisias salta rompiendo las particulas, y no peca menos en las sentencias que en las palabras; de modo que á él mejor que á ningun otro se le puede dar el nombre de inepto. Pasando despues el mismo Ciceron (c) á referir algunos estilos viciosos, dice que hay otros que por rom-

(a) *De il. Or. LXXXIII.* (b) *Or. LXVII.* (c) *LXIX.*

per y truncar los numeros de la oracion, caen en un cierto genero humilde y bajo: muy semejante á los Sicilianos; vicio dice, que se *deriva principalmente de Hegesias*. Asi que, aun estando al testimonio de Ciceron, podrémos atribuir á Hegesias antes que á Demetrio el pervertimiento de la eloquencia griega. El crítico Dionisio Halicarnaseo, juez en esta materia no menos competente que Ciceron, aun decide con mas claridad á nuestro favor del merito de Hegesias, puesto que hablando (a) de un estilo desmenuzado, inmoble y languido lo llama estilo hegesiano, y dice que de tales ineptias Hegesias es como el sagrado moderador; y pasando despues á hablar del descuido en escribir, no dexa de nombrar singularmente á Hegesias entre los reos de este delito. Con mayor vehemencia reprehende mas adelante la negligencia del mismo Hegesias en la colocacion de las palabras, y en la armonía de

(a) De nom. Comp. lib. III. q. 1. (c)

de la oración ; en cuyo defecto le da el primero , el segundo y el ultimo lugar ; jura por Júpiter y por todos los Dioses que no sabria decir , si por insensibilidad y estupidez dexa de ver Hegesías qué numeros son nobles y cuáles no ; ó si por depravacion y corrompimiento de la mente , conociendo los buenos usa de los peores , y acusa de mil maneras diversas la negligencia de Hegesías. Y no solo Ciceron y Dionisio han dexado testimonios de su juicio contra Hegesías , sino que tambien otros muchos griegos lo traen por exemplo de depravado gusto , y nos dan mas y mas derecho para atribuirle el corrompimiento de la eloqüencia griega. Plutarcó en la *Vida de Alexandro* cita un dicho suyo , como cosa la mas fria que pueda decirse. Longino lo reprehende (a) , porque queriendo á veces mostrarse inspirado no manifiesta furor , sino delirio ridículo. Agatharchides , segun Focio (b) , refiriendo un pa-

sa-

(a) Cap. III. (b) Eod. CCL.

sage suyo sobre la destruicion de Tebas dice, que le parece que aquel sofista antes quiere chancearse y divertirse, que llorar la desolacion y la desgracia de aquella Ciudad. Teon sofista en los progimnasmós cita por exemplo de un genero de medida oracion desaprobado por él, muchas oraciones de Hegesías. Dexo de referir los testimonios de otros antiguos sobre el vicioso estilo de Hegesías, y concluyo diciendo, que parece mas regular que se atribuya á Hegesías antes que á Demetrio Falereo el origen del corrompimiento de la eloquencia griega. Pero sea quien se fuese el primer corrompedor, lo cierto es, que la eloquencia griega sufrió entónces un considerable menoscabo, y llegó á gran decadencia. Dionisio Halicarnaseo (a) nos presenta una larga série de malos escritores que en aquellos tiempos infestaron la Grecia, y nombra á Filarco, Duris, Saon, Demetrio, Calanciano, Girolamo, Antilogo, y otros mu-

Algunos escritores griegos de depravada eloquencia.

(a) De nomin. compos.

muchos, de todos los cuales, dice que si quisiese solo referir los nombres, no podria hacerlo en un dia entero. Estos negligentes escritores, historiadores y oradores no ponian cuidado alguno en la eleccion y colocacion de las palabras, y por consiguiente formaban una oracion dura y sin suavidad, insipida y falta de adornos. Pero en esta parte todavia se encontraban en peor estado los filósofos, quienes en sus disputas y en sus escritos, ya no buscaban el fuego divino de Democrito, la pomposa magestad de Platon, la tersa precision de Aristoteles, ni la aurea elegancia de Teofrasto, sino que se perdian por vanas sutilezas y por una composicion de palabras y de las clausulas, dialectica y cavilosa, mas no armoniosa y retorica. De este modo unos y otros acarrearón gravísimos perjuicios á la eloquencia griega; pero sin embargo aún en aquellos tiempos de decadencia y depravacion tuvieron los Griegos algunos hombres célebres por la eloquencia, y obtuvieron la gloria de instruir en el arte

ora-

Otros Griegos, posteriores maestros de los Romanos en la eloquencia.

oratoria á la facunda Roma. La primer centella que inflamó el corazon de los Romanos en el amor á la eloquencia, se excitó al oír en aquella ciudad á los tres embaxadores de la Grecia Carneades, Crisolao y Diógenes. Singularmente á Carneades dan tantos elogios Ciceron y otros escritores griegos y latinos, que no solo quieren que sea superior á los oradores de aquellos tiempos, sino que les falta muy poco para igualarlo con Platon, y con los escritores mas eloquentes de los felices tiempos de Atenas. Graco, uno de los primeros oradores de Roma, concurrió á la escuela de Diofanes de Mitilene, el mas facundo griego de aquella edad, y tuvo tambien por maestros á otros célebres Griegos (a). Craso y Antonio aprendieron mucho de Carmidas, de Clitomaco, de Mnesarco, de Menedemo y de otros griegos. Filon, Molon, Antioco, Demetrio, Menipo y varios otros griegos fueron los maestros de Ciceron; y

Tom. V.

G

las

(a) Cicer. *De clar. Or.* XXVII.

las alabanzas que les daba un juez tan autorizado, la frecuencia, diligencia y atencion con que procuraba oír sus lecciones, las fatigas, expensas y viages que emprendia por Europa y por Asia, solo con el fin de aprovecharse mejor de su doctrina, prueban suficientemente, que aun en aquellos tiempos de decadencia no carecia de merito la eloquencia griega, y que tal vez podrá decirse en su alabanza, que no debe gloriarse menos de haber producido en sus felices dias los Demóstenes y los Eschines, que de haber formado en los tiempos de su decadencia los Crasos, los Antonios, los Hortensios y los Cicerones. En aquellos mismos tiempos florecia Dionisio Halicarnaseo, no menos célebre historiador y crítico, que maestro de eloquencia y diligente escritor. Escribia tambien Cecilio sobre la elevacion y sublimidad del estilo, aunque, segun la censura de Longino (a), no llegase con sus escritos á

mae-

(a) *De subl. in princ.*

merecer la alabanza de tener un estilo correspondiente á su asunto. Y en suma la Grecia ni aun entónces estaba enteramente falta de filósofos y oradores facundos, ni de agudos y juiciosos maestros de eloqüencia.

En este tiempo supo Roma aprovecharse gloriosamente de los exemplos y de las instrucciones de los Griegos en la cultura de la eloqüencia; de modo que segun dice Ciceron (a), apenas fueron oidos los oradores griegos, conocidas las letras griegas y recibidos los maestros griegos, quando se despertó entre los Romanos un maravilloso é increíble estudio de bien hablar. El mismo Tulio (b) nos nombra muchos antiguos y nobles Romanos, que lograron algun credito en la eloqüencia, y se habian formado por el estudio de los Griegos. Alaba á Suplicio Gallo, y dice, que sobre todos los otros nobles se dedicó á las letras griegas (c). Graco era uno de los mas célebres oradores de

Eloqüencia
romana.

G 2

los

(a) *De Or.* I, IV. (b) *De cl. Orat.* (c) *Ibid.* XX.

los antiguos Romanos, y Graco desde sus mas tiernos años fue instruido en la lengua griega, y tuvo siempre por maestros á Diofanes de Mitilene y á otros griegos de exquisita doctrina. Despues, quando Craso y Antonio pusieron en aprecio el arte oratoria, se vieron salir por todas partes hombres eloqüentes, que con la lengua y con la pluma dieron mayor lustre á la eloqüencia, y confirieron á la historia, á la filosofia, al estilo didactico, al oratorio, al dialogal, al epistolar y á todas las clases de la eloqüencia, el honor de ciudadanas romanas, elevandolas á todas al mas sublime grado de nobleza. Quando la eloqüencia romana no tuviese mas que á Ciceron, este solo bastaria para coronarla de gloria, y para hacerla comparable con la griega su maestra. El solo podia competir en el estilo oratorio con Isocrates y con Demostenes, en el dialogal con Platon y con el socratico Eschines, en el didactico con Xenofonte y con Aristoteles, y en el epistolar aventajarse sin contradiccion alguna á todos los Griegos.

gos. Pero ademas de Tulio se oian en el foro romano muchos oradores que merecian los elogios , no solo del pueblo , sino del mismo gravisimo juez Ciceron. ¿ Quántas epistolas no vemos de Lentulo , de Atico y de tantos otros juntas con las de Ciceron , que nada desdicien de la tulliana eloquencia ? Escrofa Tremellio , Varron , Cesar , Celso , Vitruvio , Columela y otros muchos llevaban en triunfo la eloquencia romana por la agricultura , por la gramatica , por la medicina , por la arquitectura y por casi todas las clases de las ciencias. Pero Roma que habia entrado en los campos de la eloquencia harto mas tarde que la Grecia , fue mucho menos constante en cultivarlos ; y el buen gusto en escribir y en hablar tuvo mas corta duracion entre los Latinos , que habia tenido entre los Griegos. Apenas Cesar , Ciceron y algunos otros entónces celebrados elevaron á la correspondiente dignidad la eloquencia romana , quando se vieron nacer partidos contrarios , que empeza-

ron á obscurecer su verdadero esplendor. Quieren comunmente los modernos imputar á Seneca el corrompimiento de la eloqüencia romana ; y aun en esto mismo no están del todo acordes los acusadores de Seneca , queriendo unos dar la culpa al filósofo , otros al retorico , y atribuyendo otros á ambos á dos este delito. Pero yo creo que deba tomarse de mas arriba el origen de este mal , y que algun tiempo antes de la celebridad literaria de aquella docta familia se hubiese yá propagado por Roma la epidemia del nuevo gusto , sin que pudiesen tener mucha parte ni uno ni otro Seneca. El docto y gracioso escritor Bianconi conoció ya en las cartas Celsianas (a) la falsedad de esta acusacion , é insinuando brevemente haber formado del merito de Seneca una idea mas ventajosa que la que tienen los que hablan mas por la opinion comun , que por el exâmen de sus obras , se lamenta del agravio que le hacen culpandolo

(a) Lett. II.

lo de un corrompimiento que era harto anterior á su literaria existencia.

En efecto en el tiempo mismo de Ciceron , quando parecia que estuviese en su auge la facundia romana , se veian ya las semillas del corrompimiento , que en poco tiempo produxeron su total ruina. Ciceron se lamentaba ya repetidas veces de una secta de fríos y miserables oradores , que por querer parecer aticos se hacian débiles, flacos y oscuros, y de otros, que gloriandose de ser tucididistas se daban á una oracion inconexâ y suelta. Estos pretendidos aticos satirizaban la copia y facundia tuliana, y notaban al príncipe de la eloquencia latina de hinchado y hueco, demasiado pomposo , poco conciso, y poco atico (a). Calvo menospreciaba á Ciceron como libre y enervado ; y no contenian á Bruto los respetos de la amistad , para que dexase de llamar á su amigo, y casi puede decirse su maestro, debil y flaco; lo que prueba que ya entónces,

Decadencia
de la elo-
quencia ro-
mana.

Cal-

(a) Dial. De Oratoribus, XVII.

Calvo, Bruto y todos los contrarios de Ciceron, se apartaban algun tanto del verdadero gusto de la sana eloqüencia. En efecto en el dialogo de los oradores (a) se dice de Calvo, que por mas que fuese antiguo y siguiese el gusto de la antigüedad, tenia sin embargo algunas oraciones sentenciosas y adornadas, acomodadas á la moderna cultura y sublimidad, que es decir á la afectacion é hinchazon. Y este Calvo, en quien empezaban á descubrirse algunas semillas del nuevo pervertimiento, este Calvo, contrario de la grandeza y magestad tuliana, fue tenido de los posteriores por maestro del buen modo del hablar. Plinio el joven, uno de los hombres mas eloqüentes de los tiempos posteriores, iguala á Calvo con Demostenes; y escribiendo á Arriano (b) manifiesta el afecto que le profesaba llamandole siempre suyo, *Calvum semper meum*, y diciendo haber procurado imitar á Demostenes y á Calvo en las figuras de la oracion, sin

in-

(a) XXI. (b) Lib. I., ep. II.

intentar por ello conseguir su fuerza. ¿Qual habrá sido el estilo de Corvino, quien se encuentra alabado (a) de mas suave y dulce, y mas limado en las palabras que el mismo Ciceron? Yo creo que esto basta para juzgar que su estilo seria débil y afeminado, lleno de estudio y de afectacion. Apro, perseguidor de los antiguos, no se atreve en el citado dialogo (b) á reprehender á Corvino aunque antiguo, porque realmente hizo quanto estaba de su parte para expresar en su estilo la creida tersura y los decantados brillos de los tiempos posteriores. En Celio coetáneo de Ciceron se veia tambien, en concepto del mismo Apro, la tersura y sublimidad usada posteriormente. Tulio (c) reprehende con razon á M. Antonio por el estudiado retoque y obscuridad de su oracion, diciendole, que era mejor ser mudo, que hablar de modo que no lo entendiesen los otros: y Augusto le daba el nom-

Tom. V.

H

bre

(a) Dial. *De Orat.* XVIII. (b) XXI. (c) *Phillip.* III.

bre de necio (a), que no se dexaba entender por querer hacerse admirar. El mismo Augusto se burlaba con frecuencia de Mecenas por lo estudiado y afectado de su estilo; y Seneca el filósofo, que ciertamente no era muy apasionado al gusto sencillo y llano, no podia sufrir (b) la enredosa composicion de Mecenas, las trasposiciones de palabras, los pensamientos á veces grandes, pero siempre enervados por las expresiones, ni una diction debil y lánguida, que manifiesta el animo afeminado, y las disolutas costumbres del escritor. ¿ Quanto no distaba de la verdadera eloqüencia Asinio Polion, quien por el ingenio, por el estudio y por la doctrina debia seguirla mas de cerca? Un Estilo aspero, seco, falto de armonía, antiqüado y obscuro era el estilo que en Polion reprehendian los buenos críticos de la antigüedad. Las ineptias, la falta de concinidad en las sentencias y la corrupcion de las palabras

(a) Suet. in Aug. LXXXVI. (b) Ep. CXIV.

antiguadas eran tan comunes en tiempo de Augusto, que por haber él sabido evitarlas obtuvo las alabanzas de Suetonio, (a). Pero el mismo Augusto pudo por otra parte contribuir al corrompimiento de la verdadera eloquencia, puesto que, como nos refiere el mismo Suetonio, por un excesivo amor á la claridad dexaba á veces las preposiciones, multiplicaba las conjunciones, y acarrea-
ba algun perjuicio á la elegancia y á la gracia de la locucion latina. Mas sin embargo entónces todavía reynaba el gusto antigüo, antigüos se llamaban los oradores que entónces eran celebrados, y aunque en el estilo de Calvo, de Celio, de Asinio Polion, de Corvino y de otros se descubriese ya alguna novedad, en todos se reconocia aun lo sano y vigoroso de la antigüa eloquencia, y solo en Casio Severo, que floreció hácia fines del imperio de Augusto, se queria extinguir la antigüedad por lo que mira á

H 2 los

(a) LXXXVI.

los oradores. Este, se dice en el *Dialogo de los oradores*, que fue el primero que infectó y desvió la oracion del antigüo y recto camino de bien hablar; este fue el primero, que despreciado el orden de las cosas, omitida la modestia y el pudor de las palabras, descompuesto hasta en las mismas armas que usaba, y á veces sobrado descubierto su estudio de herir, no hacia verdadera batalla, sino solo riña. Pero haya ó no sido el primero, lo cierto es que en tiempo de Augusto se encontraba ya muy depravada la eloqüencia; y que sucedio á un estilo florido y copioso el truncado y conciso, y á una juiciosa y bien ordenada oracion los relumbrones de ingenio y las sentencias sueltas. A este defecto creo yo que haya contribuido aunque indirectamente la copia de Hortensio, asi como la suavidad de Isócrates hizo de algun modo nacer el corrompido gusto de los Griegos posteriores; porque del mismo modo que estos, queriendo huir de la excesiva dulzura y suavidad de Isócrates, incurrie-

ron en la aspereza é incultura ; así los Latinos por evitar la asiática redundancia , y la fluida pompa de Hortensio se dieron á una concisa , sentenciosa y seca oracion que los hiciese parecer aticos , y los libertase de la tacha de asiaticos. De Ciceron puede decirse , como de Demostenes , que evitó los defectos de los celebrados predecesores conservando sus buenas prendas , y que antes bien acrecentó las perfecciones sin caer en los vicios contrarios. Pero algunos otros coetáneos suyos , y mucho mas los posteriores , no sabiendo guardar una justa sobriedad en la abundante copia y compasada armonía de la oracion , y en las flores de las sentencias demasiado frecuentes en Hortensio , se dieron á un estilo arido y duro , confuso é indigesto. Del exemplo de Salustio deriva tambien Seneca (a) el uso que entónces se hacia de pensamientos sueltos , de clausulas truncadas y de obscura brevedad , buscando muchos con es-

tu-

(a) Ep. LXIV.

tudio, y poniendo continuamente en uso lo que solo alguna vez se le habia escapado á la pluma de Salustio.

El uso de las declamaciones causa daño á la eloquencia.

Pero el mayor daño de la eloquencia proviene en mi concepto de haber pasado su teatro de los tribunales á las escuelas, de los antiguos oradores á los posteriores retoricos. *Pace vestra*, dirémos á estos con Petronio (a), *pace vestra liceat dixisse, primi omnium eloquentiam perdidistis*. A los oradores, como veremos mas adelante, ya no se les presentaba ocasion para hacer en el foro uso de su fuerza de razonar, y yacian mudos aquellos mismos que con tanto aplauso se habian hecho oír del senado y de todo el pueblo. El unico campo que quedaba abierto á los que querian ostentar eloquencia, eran las escuelas, donde los retoricos se entregaban á ridículas y pueriles declamaciones. Aconsejar á Alexandro, muerto tantos años antes, ó surcar el océano, ó reposar sobre sus laureles;

ex-

(a) Sat. in princ.

exhortar á Agamenon á no sacrificar á su hija Ifigenia á la voz de Calcas ; fingirse causas complicadas y confusas jamás reducidas ni capaces de reducirse á la práctica , para hacer ostentacion de ingenio y de eloqüencia , eran los ejercicios de aquellos retóricos , que tenían la fama de hombres eloqüentes. *Non est*, dirémos con Casio Severo (a), *non est , quod oratorem in hac puerili exercitatione spectes.* No hay cosa mas contraria á la verdadera eloqüencia que el querer ser eloqüente solo con el fin de hacer ostentacion de eloqüencia : como nada hay entónces que hiera el corazon y que excite los afectos, nada que avive el entusiasmo y que inflame la fantasia , todo es forzado y violento , todo relumbrones de ingenio y juegos de espíritu , todo pasiones violentas y extraños delirios de loca imaginacion. De aqui provinieron los conceptos agudos, las frecuentes antitesis y las atrevidas sentencias que se encuentran en las declamaciones

(a) Sen. *Excerpt. contr.* l. III.

nes ; de aqui aquella raza de declamadores , que los escolásticos llamaban *calidos* (a) , pero que eran sumamente frios por su intempestivo y mal dirigido calor ; de aqui el estudio de manifestar el arte que deberia ocultarse , y de alejarse de la naturaleza que es la unica que deberia seguirse ; de aqui en suma aquellos defectos que nos chocan en las declamaciones de los antiguos retóricos , y de que jamas se verán libres aquellos escritos que presentan una eloquencia ociosa , forzada , y , digamoslo asi , de mandato. Las decantadas piezas de eloquencia de las academias modernas justifican suficientemente esta nuestra asercion , y nos hacen temer un corrompimiento de estilo que provenga en gran parte de sus exercitaciones , que ahora lo observamos en los escritos de los antiguos derivado de las declamaciones de las escuelas retóricas. Seneca (b) texe la historia del uso de estas declamaciones introducido en Roma , y trae al-

(a) Sen. Suas. III. 1 (b) Contr. lib. I. 2 (c)

gunos exemplos en las suasorias y en las controversias, que nos pueden dar á conocer quanto se habia corrompido en las escuelas el sano gusto de la eloquencia. Tiraboschi, que confiesa haberse pervertido ya en tiempo de Augusto la romana eloquencia por Mecenas, Polion y algunos otros, no puede sin embargo resolverse á creer, que los pasages referidos por Seneca en las suasorias y en las controversias sean realmente de los autores á quienes los atribuye el mismo Seneca. Por „ mas extraordinaria, dice (a), y por „ tentosa que fuese su memoria; era po- „ sible, que en una edad avanzada se acor- „ dase de tantos pasages de las declama- „ ciones de tantos y tan diversos autores, „ como recogió en diez libros de contro- „ versias? Es posible que tantos oradores „ ó declamadores como él nos nombra „ todos tuviesen la misma manera de es- „ cribir y de pensar? “ Pero yo no veo porque deba parecer tan extraño y por-

Tom. V.

I

ten-

(a) Tom. II, lib. I, cap. III.

tentoso que un hombre , que oyendo una sola vez dos mil palabras diversas las repetia de seguida con el mismo orden con que las habia oido ; que un hombre , que apenas habia acabado de oir ducientos versos á personas distintas , podia , no solo recitarlos , sino recitarlos en orden inverso comenzando por el ultimo , y acabando por el primero ; que un hombre semejante pudiese , meditando y pensando , recoger en la memoria algunos pasages sueltos é inconexôs , y algunos planes de declamaciones de autores que él habia oido en el tiempo de su mas feliz memoria. Basta leer las citadas suasorias y controversias ; basta ver la sencilla y natural historia que el mismo Seneca tan ingenuamente nos presenta de estos escritos ; basta reflexionar que á veces son bastante largos los pasages que se refieren , otras solo se cita una sentencia ó un breve pensamiento , otras no mas que la division ó el plan , y otras finalmente se refiere haber dicho el autor cosas bellisimas , sin expresarlas , y mayormente quando
al-

algunos de los referidos pasages se hallan severamente reprehendidos por Seneca; basta observar la notable diversidad de estilo que facilmente se descubre entre los pasages propios de Seneca, y aquellos de los declamadores citados, para decidir sin dificultad, que se requieren fundamentos mas solidos para imputar á Seneca una tan inutil y desvergonzada ficcion. Y si los estilos de diversos declamadores son entre sí semejantes, esto hará vér la universal corrupcion que se habia introducido en tales exercicios, y solo probará, que podia aplicarse á aquellos retóricos lo que en el *Dialogo de los oradores* se dice de Ciceron, de Cesar, de Calvo, de Bruto y de otros coetáneos suyos, esto es, que *si omnium pariter libros in manum sumpseris, scias, quamvis in diversis ingeniis, esse quamdam judicii ac voluntatis similitudinem et cognationem*. Pero aun quando fuesen fingidos los citados pasages de los declamadores romanos, lo que no tiene el mas mínimo fundamento, siempre será cierto que las suaso-

rias y las controversias, que estaban tan en uso en las escuelas, abundaban de conceptos frios y ridículas ineptias. Quando hablo en el foro, decia Casio Severo (a), hago alguna cosa ; pero quando me pongo á declamar , me parece que estoy soñando : *Cum in foro dico, aliquid ago: cum declamo, videor mihi in somnis laborare.* Estos sueños, estos enagenamientos, estas quimeras corrompian el gusto de los Romanos , y les hacian perder todo sabor de buen estilo. *Levibus enim atque inanibus sonis*, decia Petronio á los declamadores , *ludibria quaedam excitando effecistis, ut corpus orationis enervaretur et caderet.* Los niños y los jóvenes concurrían con frecuencia á estas escuelas ; se aplaudían los mas ridiculos declamadores , y los buenos oradores yacían abandonados. Cestio y Latron eran preferidos á los hombres mas eloquentes que entónces se oían en Roma ; y mientras se aprendían de memoria las declamaciones de Cestio , de Ciceron so-

(a) Sen. *Excerpt. contr.* lib. III.

lo se leían aquellas oraciones á que habia respondido el mismo Cestio (a), y todos se creían superiores á Ciceron, al paso que confesaban quedar muy inferiores al retorico Sabiniano. Al abandono de los antiguos y verdaderos maestros del buen modo de escribir, y al aprecio del nuevo y corrompido estilo, se añadió la multitud de extranjeros que de todas naciones concurrían á Roma metropoli del universo, los cuales, corrompiendo con sus bárbaras voces la elegante pureza de la lengua romana, acarrearón gran daño á la eloquencia latina.

En este estado encontró el retorico *Seneca.* Seneca la eloquencia latina quando pasó á Roma para cultivarla. Cestio, Silon, Arelio, Latron, Triario y otros tales fueron los oradores, á quienes vió que se tributaban los aplausos que antes se dispensaban á los Crasos, á los Antonios, á los Hortensios y á los Cicerones; y relumbros de ingenio, pensamientos atrevidos,

(a) Sen. *ibid.*

dos, nuevas é inusitadas expresiones, y dición truncada y falta de armonía, eran los adornos de las declamaciones que en las escuelas romanas se oían con admiración. Así que creo, que quien quiera examinar con algun cuidado la decadencia de la eloqüencia romana no hallará razon para llamar reo al retorico Seneca, que la encontró ya reducida á un estado tan miserable; y antes bien, oyendo los elogios que dá á la facundia de Tulio y de los oradores coetáneos, que en realidad han sido los mas dignos de alabanza, y lo que se lamenta de la decadencia que sobrevino en los tiempos subsiguientes, viendole investigar filosóficamente y con justo celo las causas de tal corrompimiento, y mostrar un gusto bastante fino en la crítica censura de los oradores que reprehende, y observando tambien, que su estilo, aunque algo distante del ciceroniano, parece mucho mas sencillo y natural, menos violento y menos corrompido que el de los retóricos que le precedieron, creo que no sin fundamento

podrá decirse, que el retórico Seneca acarreo á la eloquencia romana mas ventajas que perjuicio. En efecto yo nunca lo encuentro acusado por los criticos antiguos de un pervertimiento semejante, ni al contrario lo veo alabado por los sequaces del nuevo estilo, y ni tan solamente se halla nombrado en el famoso *Dialogo de las causas de la corrompida eloquencia*, antes bien su nombre distaba tanto de aquella celebridad que se requiere para adquirir sequaces, que muchos modernos han querido atribuir sus obras á Seneca el filósofo, por no saber quien fuese aquel Seneca retórico, ni encontrarlo jamas celebrado en los escritos de aquella edad; y de todo esto debe inferirse, que Seneca el retórico pudo tener muy poca parte en la mutacion que acaeció entonces en la eloquencia romana. Mayor credito obtuvo en Roma, y se adquirió mayor número de sequaces Seneca el filósofo. Suetonio dice (a), que ya en tiempo de Caligula

te-

(a) In Calig. LIII.

tenia mucho sequito en Roma su eloqüencia. Quintiliano (a) habla con extension de Seneca , y nos hace ver el extraordinario entusiasmo de que estaban poseidos los Romanos por el estilo de aquel filósofo , que llegaba hasta no verse en las manos de los jóvenes otro libro que las obras de Seneca. Todos amaban á Seneca, todos se proponian á Seneca por modelo , todos se gloriaban de ser seqüaces é imitadores de Seneca, y Seneca ciertamente tenia mucho influxo en el gusto de la eloqüencia de aquella edad. Yo estoy muy lejos de querer defender , y mucho menos alabar el estilo de Seneca ; y solo digo , que no puedo resolverme á creerlo autor de tanto mal como se le quiere atribuir. De quanto hemos dicho hasta aqui puede inferirse , que los Romanos no necesitaban el exemplo de Seneca para seguir un estilo que tanto tiempo antes habian abrazado los oradores mas célebres, y que toda Roma habia oido con tanto aplau-

(a) Lib. X, cap. I.

aplausos. A mas de que si el exemplo de Seneca por su mayor celebridad, y por las singulares prendas de sus escritos, superiores, segun el testimonio del mismo Quintiliano, á los de sus coetáneos, pudo ocasionar algun perjuicio al buen gusto romano, su doctrina sobre este particular debia servir de algun modo para curar el mismo mal. Sus freqüentes declamaciones contra la truncada oracion, las clausulas interrumpidas, las sentencias sueltas, y generalmente contra el nuevo estilo que entónces estaba en aprecio; las alabanzas que da repetidas veces á Tulio, y las censuras contra Polion, Mecenas, Ovidio y otros escritores del nuevo gusto, pueden recompensar la debilidad que le induxo (ó movido de la agudeza del proprio ingenio demasiado sutil, ó de los aplausos de la multitud sobrado amante de los fuegos fatuos entónces tan en uso) á dexarse llevar de aquellos vicios que tan justamente habia sabido reprehender en otros, y llegar á superar á aquellos mismos que se proponia reprehender.

Dexemos pues descansar en paz á los manes de Seneca, y volvamos mas bien contra los pretendidos aticos y tucidistas del tiempo de Ciceron, contra Polion y otros poco amantes del estilo tuliano, contra Mecenas, Ovidio, Casio, Severo y los escritores del nuevo estilo, y singularmente contra las clamorosas escuelas retóricas de Roma, y contra la insana turba de los ineptos declamadores; volvamos, digo, contra todos estos una acusacion que injustamente se querria hacer á Seneca, que era tan posterior. Pero de todos modos lloremos la decadencia de la eloqüencia romana, y el contagio del nuevo gusto, que se iba haciendo mas y mas universal, y llegaba á ser comun, no solo entre los oradores, sino tambien entre los poëtas, historiadores y escritores de todas materias, y que con el exemplo de Seneca adquirió mayores aumentos. Seneca, uno de los mas grandes ingenios de que puede gloriarse la romana literatura, trató, como dice Quintiliano (a), casi to-

das

(a) Tom. X, cap. I.

das las materias , y en las oraciones , en los poëmas , en las epistolas y en los dialogos introduxo el estilo truncado , conceptuoso y afectado de los retóricos , y le dió una reputacion qual no habia obtenido hasta entónçes. Despues de aquel tiempo no pueden los Romanos contar muchos escritores , y ninguno ciertamente de sano gusto. Contemporaneo de Seneca fue Patronio , no ya conceptuoso y estudiado , sino inelegante é inculto , y autor de un escrito de poco merito por lo que mira á la elegancia y cultura. De mejor gusto y de mayor pureza son Columela y Paladio en sus obras de agricultura. Algo despues escribió Plinio una vastísima obra qual no se ha escrito ni antes ni despues ; pero la llenó de pensamientos atrevidos , de expresiones agigantadas , y de inútiles , y á veces falsos adornos. Tacito y Plinio el jóven ocupan despues de éstos el primer lugar entre los escritores latinos ; y Plinio el jóven , aunque en mi concepto queda inferior á Seneca y al otro Plinio en la agudeza del ingenio , y

Otros escritores latinos.

en la verdad y extension de la mente, los supera en la suavidad de la indole y en la dulzura del corazon que se descubre en su estilo; y si no llega á igualar ciertos rasgos grandes y sublimes de sus predecesores, tampoco cae en algunos defectos, en que aquellos se precipitaron por quererse elevar demasiado. Tacito en concepto de Plinio el jóven debe pasar por el mejor orador de su edad, y ciertamente estaba dotado de vasto entendimiento, de penetrante y agudo ingenio, y de fuerza y vivacidad de expresion, con que facilmente podia adquirir-se la primacia en la eloqüencia. Pero nosotros no tenemos de él mas que las obras historicas, de las quales hablaremos en otra parte; y estas ciertamente manifiestan que era capaz de salir con felicidad en qualquier genero de eloqüencia, pero que se dexó llevar de los defectos del nuevo estilo. Mejor gusto manifestaria Tacito en el *Dialogo de los oradores*, si como algunos pretenden, fuese obra suya. Este *Dialogo* y las *Instituciones* de

Quin-

Quintiliano son los unicos monumentos de aquella edad, que se hallan exentos del estilo afectado, y de las sentencias estudiadas que entónces estaban tan en uso; y si estuviesen escritos con mas pureza y cultura de language, hubieran podido presentar de nuevo á los lectores el antigüo estilo de los felices tiempos de Roma. Plinio alaba á un tal Fronton Cacio como orador peritissimo en mover las lagrimas del auditorio, *vir lacrimarum movendarum peritissimus* (a), y este tal vez será el Fronton, á quien, segun el testimonio de Macrobio (b), se atribuia el genero de hablar arido y seco. Julio Frontino, A. Gelio, Apuleyo, Censorino y otros pocos fueron los escritores latinos que se dedicaron á tratar materias diversas en idioma romano; pero lejos de darle con sus escritos nuevo esplendor, ni aun pudieron conservarle el antigüo lustre, y lo fuéron corrompiendo mas y mas. Con mayor decoro supieron soste-

ner

(a) Ep. XI, lib. II. (b) Sat. V, cap. I.

ner la magestad de la lengua romana los escritores de jurisprudencia; y Pomponio, Cayo, Papiniano y otros juriscultos ilustraron su profesion, no menos con la elegancia y nobleza del estilo, que con la solidez de la doctrina. Tertuliano, Minucio Felix, Arnobio, los santos Cipriano, Ambrosio, Geronimo, Agustin y otros escritores eclesiasticos abrieron un nuevo campo á la eloquencia romana, y aplicar on á las materias de religion las gracias del estilo; pero aun estos se dexaron llevar del gusto entónces dominante, y Lactancio Firmiano fué el único, en el transcurso de tantos siglos, que dexando el estilo conceptuoso y violento, se dedicase á la fluidez y naturalidad tulliana. Simaco obtuvo, no solo entre los gentiles, sino tambien entre los christianos, singular credito de eloquente; pero las cartas que de él nos quedan son un testimonio muy evidente de la lincultura y afectacion de su estilo, para que podamos dar algun credito á los elogios que se le dispensan. Mayores alabanzas mere-

ce en mi concepto su elogiador y amigo Macrobio, aunque sus escritos no le sacan de la poco apreciable clase de gramático. Es verdad que habiendo nacido en un suelo, donde no era nativa la lengua latina, y en un siglo bárbaro é inculto, con un lenguaje rústico é inelegante distó mucho de la tersa y aurea latinidad de los buenos escritores; pero se apartó igualmente de la afectación, y del corrompido estilo de sus coetáneos; y es más digno de alabanza por haber sabido evitar los defectos, entónces celebrados, y abrazados de todos, que de reprehension por no haber podido imitar las prendas de los antiguos poco atendidas de otros, y solo conocidas por él. Sidonio Apolinar, Marciano Capela, Boecio, Casiodoro y algunos otros procuraron sostener la romana eloquencia que iba descaeciendo; pero estaba ya muy adelantada su ruina para que pudiesen impedir la los inútiles esfuerzos de manos tan débiles. Con la venida de los bárbaros septentrionales, y con la destrucción del imperio romano

pue-

puede decirse tambien destruida la eloqüencia romana, y extinguido enteramente su esplendor.

Ultima decadencia de la eloqüencia griega.

No era mucho mas feliz el estado, en que al mismo tiempo se encontraba la lengua griega. En tiempo del citado *Dialogo de los oradores* se consolaban algunos Romanos observando, que mas se habian apartado de la eloqüencia de Eschines y de Demostenes cierto sacerdote Nicetes (el qual se encuentra singularmente alabado por Filostrato (a)), y los otros famosos retoricos de Efeso y de Mitilene, que Domicio Afro y otros oradores romanos de la de Ciceron (b). Continuaban sin embargo los Romanos en reconocer por maestros á los sofistas griegos, y en alabar sus escolásticas declamaciones. Causan admiracion los desmedidos elogios que Plinio el jóven da (c) á la facundia del retorico griego Iseo, que no podrian darse mayores á la de Eschines

y

(a) *De Vitis Soph.* lib. I. (b) *Dial. de Orat.* XV.

(c) *Epist.* III, lib. II.

y Demostenes , y el empeño que toma en que su sobrino vaya á Roma solo con el fin de oír al celebrado Iseo , quien finalmente no parece mas que un charlatan escolástico, acostumbrado á hablar con algun orden y rapidez de palabras sobre qualquier asunto que se le propusiese. Juvenal se lamenta (a) de la amigable acogida que los grandes Señores de Roma daban á los Griegos , de quienes habia tal multitud , que no duda llamar á Roma *Ciudad griega*. Quién no sabe quanto ruido hiciesen en Roma los Griegos en tiempo de Adriano, el qual no encontraba diversion mas agradable que la de oír á los sofistas de aquella nacion. Este aprecio que los Romanos hacian de los Griegos nacia en parte de la mayor antigüedad de su saber , y de la posesion en que estaban de ser maestros de los Romanos , y en parte tambien del mayor merito que algunos Griegos supieron conservar en su nativa eloquencia. El nombre de Galeno será

Tom. V. L siem-

(a) · Sat. III.

siempre respetado de los medicos por la vastedad y solidéz de la doctrina; pero los amantes de la eloqüencia griega lo leerán estudiosamente por la elegancia y pureza de su estilo. Podian los Griegos gloriarse de un Plutarco, el qual, aunque tuviese un language algo aspero é inculto, era sin embargo el hombre mas docto, de mas agudo ingenio, buen juicio y sólido raciocinio que entónces tenia la república literaria, y ha sido siempre mirado como uno de los autores mas respetables de la antigüedad. Florecia Luciano, escritor de una gracia y gallardía, que podia dar honor á los mas felices tiempos de Atenas. Longino trataba del sublime con un estilo propio de la materia que tan completamente supo ilustrar; y Hermógenes enseñaba igualmente el verdadero y seguro camino que debia seguirse para encontrar la sólida eloqüencia, y abandonar la falsa entónces dominante. Entre la inmensa turba de sofistas charlatanes se distinguieron Dion, llamado *Chrysostomo* por la elegancia de su estilo, Aristides es-

rudioso imitador de los antiguos contra el uso de aquellos tiempos, Máximo Tiro, Temistio y algunos otros leídos aún en nuestros días con gusto y utilidad de los eruditos. Alcinoo, Plotino y otros filósofos como versados en la filosofía de Platon, lo fueron también algún tanto en su eloquencia. La religion christiana, aunque nació en la Palestina en medio de los Hebreos, usó desde luego la lengua de los Griegos, y produjo un nuevo ramo de eloquencia griega. Dexando á parte la opinión poco fundada de algunos, que quieren que el mismo autor de la Religion, Jesu-Christo, haya hablado la lengua griega, es cierto que casi todos los libros del nuevo Testamento fueron escritos en griego, y en griego hablaron los Apóstoles y los primeros maestros de la Iglesia; y pasando después á tiempos más recientes, los santos Atanasio, Basilio, los dos Gregorios, Chrysostomo y otros hermanaron la elegancia griega con la christiana severidad, y fueron superiores en la eloquencia á Libanio y á otros

sofistas gentiles, que hacian profesion de enseñarla. Pero todos estos escritores no fueron en tanto numero, que pudiesen contrapesar la inmensa multitud de vanos escritores y de petulantes sofistas, ni fue tal su merito, que bastase para restablecer el buen gusto, y sacar la eloqüencia griega del abatimiento en que habia caido; de modo que la elegancia y pureza del antiguo estilo siempre se fue perdiendo, y desapareció enteramente todo gusto de vigorosa y sólida eloqüencia. Luciano en el dialogo intitulado *El maestro de los retóricos*, con la acostumbrada extrañeza de sus graciosas invenciones, nos hace ver en quan poco aprecio estaban tenidos en aquellos tiempos Isócrates, Demostenes y Platon, y que solo eran estimados los pueriles declamadores y los escritores modernos; que ningun estudio se hacia para ordenar y ligar las oraciones, sino que ciegamente se seguia el ímpetu de la desordenada y caprichosa fantasía; que solo se deseaba decir y volver á decir algunas palabras aticas, y algunas

voces antiquadas ; y en suma que el buen gusto de la sincera eloquencia se habia corrompido enteramente. Longino jamás cita con elogio á los oradores de su edad , y solo habla de ellos para traerlos por exemplo de dos vicios en que singularmente pecaban , á saber , el excesivo cuidado en buscar pensamientos nuevos, tras los quales corrian desatinados (*a*), y el furor de introducir imagenes sobrado vivas y poéticas, que como otros tantos poetas tragicos parecia que tuviesen delante de sus ojos las furias (*b*). Hermógenes acusa igualmente el corrompido gusto de su edad (*c*) por las alabanzas que se daban á ciertos juegos de vocablos, que los antiguos apenas los hubieran sufrido en las comedias ; y en otra parte (*d*), por exemplo de falsa y adulterina eloquencia, que á primera vista parece tener fuerza , pero examinada con mas atencion se encuentra falta de ella , trae las oraciones

(*a*) V. (*b*) XV. (*c*) *De Elog. meth. c. XIII.*

(*d*) *De formor. t. II, c. IX.*

de muchos de aquellos tiempos por no decir de todos. La eloqüencia puede decirse, que estaba toda en manos de los sofistas, y que su reyno se reducía á los confines de sus escuelas; y los sofistas, que no tenían campo donde hacer triunfar la fuerza de la eloqüencia, hacían solo ostentacion de sus afeytes. Herodes Atico y Alexandro son los mas famosos y celebrados sofistas que vivieron en tiempo de Adriano; y estos, segun dice Filostrato, solo buscaban la novedad, y maravilla en los conceptos, y amaban locamente los pensamientos atrevidos y las figuras agradables. Eunapio dice del célebre Libanio, que quando podia encontrar palabras en vueltas entre las tinieblas de la antigüedad, desde luego las ponía á la vista como regalos de tiempos antiqüos, y hacia ostentacion de ellas en las oraciones. De aqui provenia que el estilo de los sofistas fuese lánguido y débil, lleno de una fastidiosa dulzura, y de una afectacion enfadosa. Y encontrandose la eloqüencia en manos de tales oradores, qué frutos podían espe-

perarse sino insipidos y malos? Tales fueron en efecto, y la facundia griega cayó en la misma desolacion en que yacia la romana, y quedó enteramente extinguido el esplendor que con las obras de tantos ilustres escritores griegos y romanos se habia adquirido la eloquencia.

En este infeliz estado de la Grecia y de Roma debia la eloquencia prometerse un dichoso asilo en la Arabia, que parecia buscar no menos las luces de las letras que el esplendor de las armas, y que tan buena acogida daba á todas las ciencias. En efecto los Arabes compusieron muchas artes retóricas, y escribieron muchos libros sobre la eloquencia; pero sin embargo no supieron encontrar el verdadero gusto en los preceptos ni en la practica de aquel arte. El gobierno despotico, á que estaban sujetos, no sufría en la defensa de las causas políticas y judiciales los artificios y la gravedad de la facundia oratoria, ni daba lugar en los estudios arabigos á la eloquencia forense: su eloquencia no tenia por teatro un areopago, un senado ni

Eloquencia
arabiga.

un foro ; no el estímulo de materias capaces por su importancia de excitar los afectos del orador y de los oyentes : sus Alhariri, Hamadani, Malek, Scoraif y los otros celebrados oradores jamas tenian que pe-
rorar contra Filipo , ni defenderse de un Eschines: los argumentos de sus oraciones eran mas placidos , y versaban sobre pun-
tos academicos , sin tener parte la felicidad del estado , ni la fortuna de los particulares ; solo se procuraba lisonjear la imaginacion de los oyentes ; no mover y herir sus corazones , ni excitar y conmo-
ver sus afectos. No son , pues, las arengas de los oradores arabigos oraciones judicia-
les , fuertes y vehementes al modo de las de Demostenes y de Ciceron, sino solo declamaciones estudiadas como las de los sofistas griegos, y de los retóricos romanos. Ahora pues, si los mismos Griegos y Romanos , que en las oraciones forenses , y en otros eloqüentes escritos gustaron por tanto tiempo de la solida y verdadera elo-
qüencia , no supieron despues seguirla en las declamaciones escolásticas , que podia

esperarse de los Arabes, quienes no conocian otros adornos oratorios que los de la poesia, y de una poesia excesivamente cargada y llena de afectos? Clausulas compasadas, y, por decirlo asi, hechas á tornó, expresiones atrevidas, inverosimiles exâgeraciones, frequentes comparaciones, metáforas; alegorías, antitesis y otras figuras casi continuas, diction sobrado adornada y florida, equívocos y juegos de vocablos, y los vicios de los sofistas y de los declamadores griegos y romanos usados con mas exceso, forman el estilo de los escritores arabigos, que quieren parecer eloquentes. Cincuenta oraciones ó declamaciones tenemos del Ciceron y Demostenes arabigo Alhariri, publicadas por él con el titulo de *Mecamat*, que es decir *lugares comunes*, segun la expresion de nuestros retóricos. Estas oraciones versan sobre varios asuntos morales, y cada una de ellas lleva el nombre del sitio donde ha sido recitada. El congreso de *Senam* se llama la primera, que tiene por objeto huir los vicios, y

exercitar las virtudes; y del mismo modo las otras. No solo los Arabes dan excesivos elogios á estas oraciones, sino que todos los europeos, que gustan de los estudios arabigos, las recomiendan con las mayores alabanzas; y Golio, Schultens y Reiske se han tomado el laudable trabajo de presentarlas á la comun inteligencia, traduciendolas en lengua latina. Estas, pues, nos pueden dar alguna idea de la eloqüencia arabiga; y qualquiera que se dedique á exâminarlas facilmente encontrará en ellas gracia y elegancia en los pensamientos y en las expresiones, pero acompañadas de los defectos referidos. Sin embargo es una falsa preocupacion contra el estilo de los Arabes el pensar, que estos no adoptan imagen que no sea agigantada, ni expresion que sea sencilla y natural. No solo están escritos sin la pretendida hinchazon y fausto sus libros historicos y filosoficos, sino que tambien saben seguir la naturalidad y sencillez muchos de aquellos que unicamente se componen para amenizar el ingenio y

exerc-

exercitar la eloquencia. No veo cosa alguna que pudiese desechar un escritor griego en la descripcion de un bosquecillo de Al Keleb, y en otros muchos pasages de otros escritores. En sus historias se leen muchos razonamientos, que ciertamente no son comparables con los de Salustio y de T. Libio; pero sin embargo bastan para hacer ver que los Arabes no siempre hablaban un lenguaje enfatico é hinchado, y enteramente diverso del europeo, sino que sabian valerse con frecuencia de frases comunes, y de sencillas y naturales expresiones. El inglés Porter en un discurso sobre la religion de los Mahometanos &c. trae un sermon hecho sobre el *Monte del perdón*, pequeña montaña distante quince millas de la Meca, y en esta pieza de eloquencia arabiga seguramente no se encuentran las reprehendidas expresiones de la afectacion oriental. En suma la eloquencia arabiga no siempre es, por decirlo asi, tan arabiga como se cree comunmente. Con la decadencia de los estudios arabigos se perdió enteramente la eloquencia en

aquella nacion ; y los Arabes modernos, segun nos refiere Niebühr (a), no tienen mas que los cafés, donde pueden los Mullas esparcir su facundia para entretener al pueblo con fabulas y con otros discursos. Nosotros dexaremos á los Arabes y á los otros orientales, como poco importantes para los progresos de la eloqüencia, y pasaremos á examinar el restablecimiento de ésta en Europa, donde por tantos siglos estaba miseramente extinguida.

Restable-
cimiento de
la eloqüen-
cia.

Sea qual se fuese el merito de algunos escritores los mas elegantes de los siglos duodecimo y decimo tercio, ciertamente no podrá encontrarse en ninguno de ellos el mas pequeño pasage, ni aún imperfecto, de eloqüencia romana, y el primer ensayo del restablecimiento de ésta solo deberá buscarse en las obras del Petrarca. Este, dotado de agudo y profundo ingenio, de natural facundia, y de una erudicion muy superior á quanto podia esperarse en aquella edad, y versado en la

(a) *Descr. de l'Arab.*

lectura de quantos libros antiguos le venian á las manos , escribió epístolas , dialogos y varios tratados con una fuerza de eloquencia , que aunque distaban mucho de los del siglo de oro , admiraron entón- ces á toda Europa , y excitaron en los es- tudiosos la primera centella del verdade- ro amor á las buenas letras , que tan vi- vamente se encendió en los eruditos de los tiempos posteriores. Ahora ya no pue- den leerse algunas clausulas duras , algu- nas voces barbaras , y algunas razones po- co convincentes del Petrarca , nos ofen- den los importunos pasages de erudicion, el estilo frecuentemente declamatorio , y alguna vez tambien vano y lleno de ba- tologias , que el Petrarca , en medio de las muchas prendas de su eloquencia , to- davía no supo evitar ; pero aun en el dia son dignas de alabanza la agudeza y gra- vedad de las sentencias , la copia y la va- riedad , y á veces tambien el selecto de las cosas y de las palabras , el fuego y cá- lor del estilo , el ímpetu y la fuerza de la persuasiva ; y aun por lo que toca á la
ele-

elegancia y cultura del language, quien quiera reflexionar sobre la depravacion á que habia llegado la lengua latina, y el gusto de escribir y de pensar en los siglos precedentes; ciertamente deberá mirar con mayor maravilla el estilo del Petrarca, que el de los Muretos, Sadoletos, Manucios y Perpiñanes, tan estimados por su latina eloquencia, pero que vivieron en tiempo en que eran mucho mayores los auxilios para cultivarla con felicidad. Por ocho y mas siglos no hubo un escritor latino que fuese digno de ponerse al lado del Petrarca; y despues de la decadencia de las letras griegas y romanas el Petrarca ha sido ciertamente el primero, que ha hecho oír alguna fuerza de eloquencia, y á él se debe el restablecimiento del antiguo gusto romano, y puede tambien decirse que el nacimiento del nuevo, que ha reynado despues en toda Europa. A exemplo del Petrarca cultivó Boccaccio la latina eloquencia; Coluccio Salutato, Leonardo Bruni y algunos otros siguieron en aquel siglo los mismos estudios;

y en el siguiente los Guarinos, los Filelfios, los Biondios, los Decembrios y tantos otros amantes de la antigüedad, estudiando noche y dia los exemplares griegos y latinos, fueron promoviendo mas y mas la eloquencia romana. Vinieron despues Policiano, Pontano y Bembo, é hicieron oír una elegancia de language, y un gusto de sana eloquencia, que aun no se conocia en los escritos modernos; y Agricola, Erasmo, Nebrixa, Vives, Budeo y algunos otros hicieron resonar por todas las naciones la lengua latina, y no quisieron que quedase confinado en Italia el honor de la eloquencia romana. Entónces vino el famoso siglo decimo sexto, y en las cartas, en los dialogos, en las oraciones, en los tratados didacticos y en todo genero de escritos se renovaron los mas felices tiempos de la literatura romana. Los Sigonios, los Muretos, los Perpiñanes, los Manucios, los Sadoletos, los Maffeis, los Canos, los Osorios y otros infinitos escritores latinos presentaron en nuestra edad los Cicerones, los

Ati-

Aticos, los Livios, los Celsos, los Columelas y los otros maestros del lenguaje latino, y formaron del siglo decimosexto el siglo de oro de la moderna latinidad. Pero ni estos, ni otros célebres escritores, que en el siglo pasado, y aún más en el presente han manejado con felicidad el idioma latino, han podido dar nuevo lustre á la eloqüencia romana, y aquellos son tenidos por mas excelentes, que mejor han sabido copiar las prendas de los antiguos que querian imitar.

Eloqüencia
vulgar.

La eloqüencia moderna debe considerarse en las lenguas vulgares como en su propio terreno. En otra parte (a) hemos hablado de los primeros principios de las lenguas modernas, y hemos conjeturado con alguna probabilidad, que la española fue la primera, que se vió en públicos y bien trabajados escritos, y recibió alguna estudiada cultura. Pero aquellos primeros esfuerzos no bastaron para darle alguna celebridad entre las naciones extran-

(a) Tom. II, cap. XI.

geras ; y podemos decir con mayor fundamento , que la primera lengua , que ha logrado consideracion y gloria entre los nacionales y entre los extrangeros , ha sido realmente la francesa. Esta en el siglo decimo tercio pasaba por la lengua mas agradable , y ciertamente era la mas comun para la universal inteligencia. Hemos visto en otra parte quan llenas estuvieron algunas provincias de España de Franceses eclesiasticos y seculares , y lo mismo acaecia comunmente en otras naciones. Bruneto Latino dice , que escribió en frances su *Tesoro* por hallarse entónces en Francia, y ser el language francés el mas agradable y el mas comun de todos los languages. El Abate Mehus (a) cita á este proposito un antigüo comentador de Dante , el qual dice que *para utilidad de la comun gente lo hizo en lengua francesa , porque es mas entendida que la literal*. Sobre lo qual añade el mismo Mehus , que el language francés era muy

Tom. V.

N

usa-

(a) *Vit. Ambr. Com.*

usado de los Florentines en los discursos y en los escritos , y trae para prueba al dominicano maestro Guillermo , quien , despues de haber escrito en latin un *Tratado de los vicios y de las virtudes* , lo traduxo él mismo en frances. Y no estaba reducido á los Florentines este amor á la lengua francesa , sino que se extendia á otras provincias de la Italia. Mehús trae por exemplo á un cierto maestro Canale , que escribió en frances una *Historia de Venecia* : *parceque* , como él dice , *lengue francoise cort parmi le monde, et est la plus delitable a lire , et a oir , que nulle autre*. Asi-que la lengua francesa estaba tenuta en aprecio , no solo en Francia , sino tambien en las otras naciones , y la usaban los Franceses y los extrangeros en varias especies de escritos. Pero sin embargo no era Francia la nacion, en que la eloqüencia vulgar debía encontrar su feliz cuna. ¿ Que escrito de lengua francesa ha sido considerado como eloqüente , y tenido por los posteriores como clasico y magistral? Apenas se han conservado

las

las historias de Villehardouin y de Joinville, y otros pocos monumentos franceses de aquella edad; y estos, si merecen la atencion de los eruditos por las noticias históricas que traen, ofenden á los delicados lectores por la incultura y rusticidad del estilo con que las exponen.

La primer patria de la eloquencia moderna ciertamente no fue otra que la Italia, aunque por ventura haya sido esta de las ultimas en cultivar el nativo idioma. A principios del siglo decimo quarto Fr. Jordan de Ribalto hizo oír desde los sagrados pulpitos el lenguaje italiano; y el Dante, aunque en latin, escribió sobre la eloquencia vulgar, y la usó él mismo en su *Convite* no sin alguna elegancia. Pero los primeros escritos vulgares, en que se sintió el verdadero gusto de la eloquencia, fueron el *Decameron*, y otras obras de Boccaccio. Los Villanis escribieron entónces la historia con una eloquencia, de que no se veian exemplares en las historias de aquella edad. Passavanti y algunos otros comunicaron la eloquencia vulgar

Eloquencia Italiana.

á materias sagradas y á argumentos didácalicos. Pero el amor á la docta antigüedad, el estudio de las lenguas griega y latina, y el continuo uso de esta, no solo en los escritos, sino tambien en los razonamientos y en las arengas públicas, hizo que por todo aquel siglo y el siguiente estuviese en poco aprecio la lengua vulgar. Bembo y Sanazzaro puede decirse que fueron los primeros, que á principios del siglo decimo sexto la pusieron en aprecio; y entónces Castiglione, Caro, Casa, Varchi y otros muchos procuraron cultivarla de todos modos, y formaron de aquella edad una memorable epoca para la eloqüencia italiana. Los Italianos generalmente alaban el siglo decimo sexto como siglo el mas feliz de su eloqüencia, desprecian el decimo septimo como siglo de pervertimiento y corrupcion, y miran el presente como el tiempo de la reforma y del restablecimiento de su decaido gusto; y no negaré que puedan tener algun fundamento para formar este juicio. „ Por lo que mira á los del siglo de-
„ ci-

„ cimo sexto, dice Algarotti (a), es pre-
 „ ciso perdonar á los Italianos alguna ex-
 „ cesiva passion que por ventura tienen
 „ á aquel siglo. „ Es cierto que la singu-
 lar gloria de que se coronó la Italia en
 aquel siglo, por el feliz cultivo de las cien-
 cias y de las buenas artes, puede justa-
 mente deslumbrar á los doctos nacionales,
 de modo que no vean las manchas, que en
 parte obscurecen su esplendor. Pero exâ-
 minando con filosófica indiferencia el es-
 tado de la eloquencia vulgar en aquella
 edad, aunque encontraremos en ella cor-
 reccion, pureza y elegancia de palabras y
 de frases, mas tambien reconoceremos va-
 na extension y prolixidad de periodos, du-
 ra confusion de voces y de clausulas, pe-
 sado y molesto orden de toda la oracion,
 y sobrada escaséz y falta de sentencias; y
 exhortando á los nacionales á que se com-
 plazgan en las gracias de la lengua, y en
 los cultos modos de hablar de los escrito-
 res de aquel siglo, y á que los tomen por

ver-

(a) *Lett. al sig. Barone N. N.*

verdaderos maestros en esta parte, les pediremos que nos perdonen si encontramos demasiado lenta, languida y hueca su eloquencia, para proponerla por modelo de buenos escritores, y si nos lamentamos de tener que leer en sus escritos muchas y buenas palabras con pocas y frias sentencias. „ Quanta paja! exclama „ no sin razon Algarotti. Que aridez de „ pensamientos en tan gran rio de pal- „ bras! Dar á uno, que es aficionado á „ pensar, un libro del siglo decimo sex- „ to, es casi lo mismo que darle á uno, „ que tiene gana de comer, un frasquito „ de agua de olor de la fonda del gran „ Duque para aplicárselo á las narices. “ Alabemos, pues, en los decantados escritores del siglo decimo sexto el gusto de la lengua; pero confesemos al mismo tiempo la lentitud y languidez de su estilo, y no esperemos encontrar en sus escritos perfectos modelos de eloquencia. Mas motivo tienen los Italianos para lamentarse de la depravacion que en el siglo pasado sufrió su eloquencia. Pensamientos falsos,
hin-

hinchazon , afectacion , metáforas y alegorías sobrado atrevidas , y usadas con excesivo estudio , antitesis, juegos de vocablos y otros vicios semejantes , son tan comunes en aquella edad , que forman, por decirlo asi , el caracter de los escritores del siglo decimo septimo. Pero sin embargo Galileo y otros Toscanos escribieron en aquel siglo con estilo mas perfecto que los escritores precedentes ; y si no los aventajaron en lo correcto de las frases y en el gusto del lenguaje , los superaron mucho en la naturalidad , facilidad, precision y claridad. A fines de aquel siglo floreció tambien Señeri , el orador y el escritor mas eloquente de toda Italia , aunque alguna vez llegó á resentirse del gusto entónces dominante. Su lustroso exemplo llevó tras sí á muchos oradores sagrados , y apartó tambien á otros escritores del depravado gusto de aquella edad ; y viniendo á principios de este siglo Gravina , Muratori , Cocchi , Zeno , Maffei y algunos otros á disipar con su doctrina ó con su exemplo la densa niebla, que obs-

cu-

curecia la italiana eloquencia , se vió renacer el antiguo esplendor, y se introduxo en los escritos un estilo mas sano , mas propio y mas sincero que el del siglo pasado, y algo mas vivo, mas rapido y energetico que el del antecedente. Sin embargo quien quiera considerar con animo imparcial la eloquencia italiana de este siglo, temo que no quedará enteramente satisfecho ; encontrará algunos escritores dignos de mucha alabanza , pero no tales que deban los Italianos tomarlos por perfectos modelos , y buscarlos las otras naciones como escritores verdaderamente eloquentes : y luego se verán estos escritores confundidos con tantos otros duros , dificiles , oscuros , llenos de afectacion de espiritu y de filosofia , y de otros vicios de esta edad , que no se podrá definir si es mayor el daño ó el provecho que el siglo decimo octavo ha acarreado á la eloquencia italiana. Esta se encuentra ahora en una especie de crisis: algunos amantes de la pureza aurea del siglo decimo sexto no pueden sufrir el menor desvio de las
hue-

huellas, que nos han dexado los escritores de aquella edad, y levantan el grito contra el atrevimiento de muchos modernos, que quieren introducir novedad en la lengua italiana: otros, al contrario, ciegame- te enamorados del fuego y vivacidad de algunos modernos ultramontanos, desprecian sobremanera los maestros del lenguaje italiano; y gloriándose de espíritu y filosofía, y de deseo de cosas y no de palabras, creen que solo debe atenderse á las sentencias y á los pensamientos, y buscan un estilo fuerte y vehemente, sin cuidarse de la eleccion y colocacion de las palabras; ni del enlace y fluidez de la oracion. La gran turba de estos amantes del nuevo estilo, y la avilantez de sus pedantescas decisiones, seducen sobrado la incauta multitud; y hacen temer justamente, que por querer dar demasiado vigor á la eloquencia italiana, y cargarla inoportunamente de espíritu y de filosofía, se haga arida y dura, obscura y afectada, y sufra una corrupcion peor que la del siglo pasado. Quiera el Cielo que se cum-
 • Tom. V. O plan

plan los deseos de otros mas inteligentes y mas justos , que , detestando la moderna tropa de pretendidos filósofos y escritores ingeniosos , conocen el merito de los antiguos Italianos , la propiedad de sus voces , la exactitud de sus frases y la nobleza de su language ; pero creen que pueda y deba abandonarse no poco de su frondosidad , y quitarse mucho de la transposicion y dificultad de sus periodos ; y quisieran ver en Italia escritores eloquentes , que siguiendo la indole y el genio de la lengua italiana , le diesen mas brio y rapidez , y uniendo la fuerza y vivacidad de las expresiones , y la copia y sublimidad de las sentencias , que no sin razon desean los modernos , con la elegancia y propiedad de las palabras , con la fluidez del estilo y con la ordenada conexiõn de todo el discurso , que tanto y tan justamente estudiaban los antiguos , pudieran fixar las verdaderas leyes de la eloquencia italiana , y sacar á los escritores de la incertidumbre , en que se ven con frecuencia , sobre el partido que deben seguir.

Nosotros ahora mirando generalmente los progresos que hasta el dia de hoy ha hecho en Italia la eloqüencia, los reconoceremos harto inferiores á los de la poësia ; y quando esta se gloria de tener Petrarca , Ariosto , Tasso y tantos otros ingenios sublimes , apenas encontraremos en aquella un hombre verdaderamente eloqüente fuera de Señeri , y aun en este descubriremos varios defectos.

La eloqüencia española tuvo la misma suerte , y sufrió las mismas vicisitudes á que hemos visto sujeta la italiana. Pero sin embargo comparando libremente , y sin preocupacion alguna el estado de la eloqüencia en una y otra nacion , creo poder asegurar , que los autores españoles del siglo decimo sexto , criados igualmente que los italianos con la leche de los latinos , procuraron adquirir el nervio y el espíritu de sus exemplares los antiguos , sin ser sus serviles imitadores como los italianos , ni buscar tanto como estos la transposicion de las palabras , y el giro de los periodos , que hace languida y ex-

Española.

tenuada la eloquencia italiana, y que la buena prosa española de aquella edad corre mas fluida, mas dulce y armoniosa que la italiana de la misma. Pero pasando al siglo subsiguiente, los defectos del estilo, aunque sobre el mismo gusto que entonces dominaba en ambas naciones, fueron mas grandes en los Españoles que en los Italianos sus unicos rivales; y la eloquencia española no puede tener el consuelo de haber producido un genio original en tiempo de su corrompimiento, como justamente puede gloriarse la italiana de haber dado á luz un Señor en tiempo de su depravacion.

Francesa.

A la decadencia de la eloquencia italiana y de la española se siguió el honor de la francesa, que con notable superioridad obtuvo el principado en todas las clases. Antes se hacian leer con gusto Amiot, Montagne, Charron, d'Ossat y algun otro escritor frances; pero las cosas dichas, mas que el modo de decir las, era lo que agradaba en sus obras, y no se alababa en ellas la gracia de un culto

estilo, sino una candida pureza y una nativa sencillez: su lengua, falta de correccion, de armonía y de nobleza, se hizo luego antiqüada, y sus escritos no pudieron poner en aprecio alguno la eloquencia francesa. Vino despues Balzac, y acarreo á la prosa las mismas ventajas que Malherbe habia proporcionado á la poesía; y poniendo mucho cuidado en la eleccion y colocacion de las palabras, en la disposicion de las frases, y en la cadencia y sonoridad de los periodos, dió á la prosa francesa aquella suavidad y armonía, que antes le era desconocida. Pero Balzac no supo contenerse en los justos terminos: por querer evitar la negligencia y barbarie de sus predecesores cayó en el estudio y afectacion, y buscando con lo magnifico de las expresiones, y con la copia de las figuras la elevacion, nobleza y elegancia del estilo, se hizo hinchado, violento y melindroso, y causó tedio y fastidio á los lectores sabios, á quienes excesivamente deseaba agradar; de modo que con razon puede ser llamado el Gorgias

gías de la eloqüencia francesa, que nó supo sacar la prosa de la desnudéz de los escritores precedentes, sin llenarla de excesivos é impropios adornos. Sin embargo Balzac con su exemplo dió principio al culto y pulido modo de escribir; y los felices ingenios, que le siguieron, elevaron la eloqüencia francesa á tal esplendor, que pudo sufrir el parangon con la griega y con la romana. Un Bourdaloue, un Bossuet, un Fenelon, un Pascál, un Massillon, un Buffon y tantos otros compiten con los Platonés, con los Xenofontes, con los Demostenes, con los Cicerones y con toda la docta y facunda antigüedad; y la Francia se ha adquirido pleno derecho para ser la maestra universal de toda la culta Europa en todo género de eloqüencia.

Inglesa. La Inglaterra, rival en todo de la Francia, debe cederle la palma en la eloqüencia; pero aun en esta parte procura hacer los mayores esfuerzos para acercarse. Tillotson, Sherlok y otros predicadores ingleses son muy diferentes de Bourdaloue y de Massillon, para que pueda

ha-

hacerse entre ellos algun cotejo, en el que ciertamente deberian quedar muy inferiores; pero sin embargo logran la aprobacion de los mismos Franceses. La eloquencia forense no ha encontrado en toda Europa tan digno teatro como en Inglaterra, y á nadie mas justamente que al célebre inglés Pitt puede darsele el glorioso nombre de Demostenes moderno: la didascalica es muy conforme á la precision y profundidad de los Ingleses; y á Bolingbroke, Addisson, Chesterfields y á varios otros los leen con gusto todas las personas cultas, no solo de Inglaterra, sino tambien de las otras naciones; y generalmente todos los ramos de la eloquencia han sido cultivados con bastante felicidad por aquella docta é ingeniosa nacion. Los imparciales é ilustrados Alemanes se lamentan de que su lengua todavía no está limada, ni suavizada de modo que puedan hacerse laudables progresos en la eloquencia. Una cierta transposicion embarazosa y obscura de las preposiciones y de las palabras, un pesado amontonamiento de pa-
ren-

Alemana.

rentesis , y una molesta difusion de todo el estilo , hacen que la mayor parte de los escritos alemanes sean dificiles y desagradables á los mismos nacionales ; por lo qual de algunos años á esta parte procuran los doctos Alemanes adornar las materias que tratan con las gracias de una sana eloquencia. El gran Federico en su obrita *De la literatura alemana*, cita á Quant de Kornisberga como el unico que poseyese el raro talento de hacer armonioso su idioma; pero Jerusalem dice en su respuesta , que en los escritos filosoficos de Mendelson se encuentra toda la penetracion de Platon con mayor fuerza y solidez , y en los de Engel se ve el tono sencillo y popular de Socrates. Yo no puedo juzgar ni de Quant, ni de Mendelson ni de Engel , cuyas obras me son desconocidas; pero si diré , que el mismo Jerusalem mues:ra en aquella carta un estilo rapido , preciso y adornado , que puede acarrear no poco honor á la eloquencia alemana. Las obras de Sultzér nos presentan en su autor un hombre de gusto y un escritor eloquente: Rabener y la Deeling

ling escriben cartas alemanas, que de algun modo pueden compararse con las francesas. Sonnefelds, Denis y otros alemanes modernos saben dar á su lengua aquella gracia y amenidad que antes no conocia; y la eloquencia alemana, si todavia no ha hecho progresos capaces de adquirirle celebridad entre las naciones extrangeras, los promete ciertamente muy considerables. No es mayor el credito que se han ganado las otras lenguas septentrionales. La Sueca toma el principio de su cultura del tiempo de Gustavo I, de quien se conservan cartas á varios obispos escritas sin afectacion, y con una noble simplicidad. El célebre Oxenstierna ilustró igualmente la lengua nacional, exponiendo en ella sus sólidos y profundos pensamientos, aunque la corrompió con el desmedido uso que hizo en los escritos suecos, no solo de voces y de frases latinas, sino de periodos enteros. El Rey Carlos IX. cultivó el proprio idioma en prosa y en verso; y Messenio, Stiernhielm, Lagtrlog, Dalstierna y algunos otros procuraron dar algun

nuevo lustre á la lengua sueca. La famosa Reyna Christiana , amante de toda clase de estudios , no dexó de promover el del idioma vulgar; y otra célebre muger, la señora Edwige Carlota Nordenflycht, proporcionó mayores ventajas á la eloqüencia patria estableciendo en su casa una selecta academia , que ha dado á luz una obra con el titulo de *Opusculos de literatura*, esto es , una coleccion de prosas y de poesías todas alabadas de buen gusto é ingenio. A la Reyna Luisa Ulrica se debe la fundacion de la academia de buenas letras de Stokolmo, la qual, ademas de varias poesías , y de disertaciones sobre puntos historicos , y argumentos filosóficos , ha producido prosas escritas unicamente para cultivar la eloqüencia nacional. Igualmente se encuentran no pocas piezas eloqüentes en la obra periodica intitulada *Los placeres de la literatura*; y en medio de un gran número de *Elogios* de los hombres ilustres de Suecia, se distingue por su particular merito el del conde de Tessin , compuesto por el conde de Hopken , y

tra-

traducido despues por los Franceses en su idioma. En las asambleas nacionales se hizo célebre por la eloquencia politica el conde de Fersen, el qual hablaba con grande exâctitud, y se explicaba con varonil eloquencia, y con noble sencillez. Fehroden obispo da Carlstad, Wingand obispo de Gothemburgo, Murray, Flo-din y algunos otros han obtenido singular credito en la eloquencia sagrada. Al presente algunas personas celosas del adelantamiento de la eloquencia sagrada se han unido para ofrecer un premio á los mejores sermones; y de tan loable establecimiento, anunciado en los diarios literarios, con razon podemos esperar en breve los debidos efectos. Actualmente son alabados en varios generos de escritos sucesos el conde de Scheffer, Melander y algunos otros; y de este modo van los Suecos cultivando con algun fruto todos los ramos de la eloquencia.

Los Rusos, segun el juicio de Leveque, tienen la ventaja de poseer una lengua tal vez la mas bella y la mas antigua,

Rusa.

que se habla al presente en Europa; pero una lengua tal no ha tenido hasta este siglo quien la haya usado dignamente. El célebre arzobispo Teofanes Prokopovitch ha sido el primero, que ha dexado laudables monumentos de eloqüencia rusa, y ha escrito sermones, panegiricos, elogios, códigos canónicos, catecismos, historias, poesias y toda especie de composiciones eloqüentes. El poeta Lomonosoff contribuyó no menos que Prokopovitch al adelantamiento de la eloqüencia rusa; él escribió una *Gramatica* y una *Retorica* rusa; él usó la eloqüencia panegirica componiendo un *Elogio* de Pedro el grande; él se valió de las gracias de la didascalica en muchas disertaciones fisicas y quimicas; él en suma llevó en triunfo la lengua rusa por todas las clases de la eloqüencia. El arzobispo de Moskou Platon es celebrado como excelente orador; sus sermones, que forman nueve tomos en quarto, gozan la aprobacion de los inteligentes en aquella lengua; y su *Catecismo*, escrito para la instruccion del ac-

tual

tual Gran Duque de Moscovia, no manifiesta menos prendas de eloquencia didascalica; que las que se descubren de oratoria en sus sermones. La gran Catalina ha contribuido al honor de la eloquencia rusa, igualmente que á todas las otras glorias de aquella nacion; ella ha ennoblecido la lengua rusa uniendola con la francesa, y escribiendo en una y otra el eterno monumento de su inmortal instruccion en el codigo de las leyes; ella ha querido enriquecerla mas y mas, y para conseguirlo no se ha desdenado de emplear sus reales manos en la traduccion de libros extranjeros; ella finalmente le ha proporcionado en estos dias mayores ventajas, estableciendo para ilustracion de la lengua vulgar una nueva academia rusa; y despues ha echado el colmo á sus beneficencias, nombrando por presidenta de la misma á la célebre princesa de Aschof, y poniendo las hermosas flores de la eloquencia nacional en sus delicadas y seguras manos, á las que habia confiado antes los sólidos frutos de las severas ciencias,

NO ha

haciendo de este modo á aquella famosa muger directora y arbitra de toda la literatura rusa. De dos heroínas tan ilustres ; quanto no debe prometerse la eloquencia rusa ! Nosotros entré tanto ; esperando que esta y las otras lenguas septentrionales vayan adquiriendo nuevo esplendor , y produciendo excelentes escritores que las naciones extranjeras puedan tomarlos por modelos en algun genero de escritos , entraremos á exâminar la eloquencia separadamente en todos sus ramos , y á seguir por partes en cada uno de ellos sus laudables adelantamientos.

CAPITULO II.

Eloquencia Forense.

Principio
de la elo-
quencia fo-
rense.

LA grandeza de las materias , sobre que versaba la eloquencia forense , y la sublimidad de los honores , con que solia coronar las fatigas de los que dedicaban á ella su estudio , estimularon á muchos hombres de merito á cultivar el arte oratoria.

No

No se habia hecho uso de esta ni en Asia ni Egypto, que son las primeras naciones en donde se empezaron á fomentar los otros estudios; solo se vió florecer en la Grecia, y aún en ella nació bastante tarde. Solon y Pisistrato fueron los primeros, que pusieron en uso el artificio de la eloquencia forense, y en efecto estos son los primeros que Ciceron nombra entre los oradores. Su exemplo fue despues seguido constantemente en Atenas, y por mucho tiempo no dexó de haber facundos oradores, que expusiesen al pueblo y á los tribunales las riquezas de la eloquencia. Esta al principio unicamente versaba sobre negocios politicos, y estaba siempre en boca de los mas nobles ciudadanos, quienes procuraban servir al público, no menos con la lengua que con las manos, y la eloquencia era uno de los medios mas oportuno para gobernar la república, como se vé en los consejos que da Plutarco sobre este particular (a). Pero despues comenzaron

los

(a) *Reip. ger. pracc.*

los sofistas á dar algunos preceptos sobre el arte de bien hablar, y de este modo se fue formando de la retorica un estudio diverso del de la política; aunque los hombres verdaderamente eloqüentes; los que obtuvieron entre los posteriores el nombre de oradores, continuaron en unir aquellos dos estudios, y en cultivar uno y otro. Pericles dió un ilustre exemplo de verdadera arte oratoria, y, segun el testimonio de Platon (a), fué el mas perfecto de quantos oradores se habian oido hasta entónces. Instruido en la filosofía por Anaxágoras, y en las otras artes por los otros profesores mas célebres, y acostumbrado á contemplar profundamente las materias abstrusas y sutiles, pudo transferir el exercicio de meditar de las qués tiones filosóficas á las causas forenses y populares; y con la penetracion de su ingenio, mirando las cosas en su verdadero aspecto, sin hacer grande estudio del artificio de las palabras y de las invenciones retoricar, supo hacer-

se

(a) In Phaedro.

árbitro y dueño del pueblo ateniense. Atenas sintió regocijarse con la suavidad de las oraciones de Pericles, y, admirando su copia y abundancia, llegó á temer la fuerza y el encanto de su eloquencia (a). Siguiéron el estilo de Pericles Alcibiades, Cricias y Teramenes, y fixaron en aquella docta ciudad el verdadero trono de la eloquencia. Pero estos, ó realmente no escribieron sus oraciones, ó no tuvieron la suerte de hacer que llegasen á la docta posteridad, queriendo la mayor parte de los antigüos que fuesen supuestas aquellas oraciones, que con el nombre de algunos de ellos se leían entónces, y no habiendo ni aún estas llegado á nuestras manos. Plutarco, ó quien sea el autor de las *Vidas de los diez Oradores*, que se leen en sus obras, y que nosotros continuaremos en citar baxo el nombre de Plutarco, quiere que Antifon, contemporaneo de Pericles, y poco mas jóven que Gorgias, haya sido el primero que escribiese oraciones,

Tom. V. Q com-

(a) Tull. *De clar. Or.* XI.

componiendolas tambien por otros , para que pudiesen defender en juicio sus causas. Hermógenes (*a*) cree que hayan sido dos los Antifones oradores , de quienes corrian en su tiempo las oraciones ; y atribuye á Antifon Rhamnusio la gloria de haber sido el primero en cultivar la oratoria politica. Nosotros pasaremos por alto estas disputas de primacia de tiempo en tan remota antigüedad , y no hablaremos de Antifon , de Andocides y de algunos oradores de aquella edad ,

Lisias. porque Lisias é Isócrates son los unicos, que justamente ocupan la primera atencion de quien quiere contemplar la oratoria griega. Ciceron nos alaba repetidas veces la sutileza de Lisias , y la suavidad de Isócrates. Quintiliano presenta á Lisias como sutil y elegante, y como perfecto orador en el modo de exponer y de enseñar (*b*). Favorino , comparando á Lisias con Platon , decia , que á este no se le podia quitar una palabra sin disminuir

SU

(*a*) *De form.* lib. II. (*b*) Lib. X, cap. I.

su elegancia, ni á Lisias sin perjudicar al sentido (a). Pero ninguno se manifiesta mas empeñado que Dionisio Halicarnaséo en dar elogios á la eloquencia de Lisias: pureza de palabras, propiedad de diction, decoro y gravedad de expresiones, sencillez, claridad y brevedad son prendas que Dionisio reconoce en Lisias sobre todos los otros: él en otra parte no duda afirmar que Lisias fué el primero en tornar bien los pensamientos, y en dar á los periodos una justa rotundidad, y no quiere adherir al juicio de Teofrasto, que atribuye este merito á Trasimaco: él observa en recomendacion de Lisias, que era sobrado figurada y poética la prosa de los primeros retóricos hasta que Lisias la reduxo á la decencia de sus justos adornos: él en suma da á Lisias la superioridad sobre todos los oradores anteriores y coetáneos; y Lisias en su concepto, ó ya se quiera atribuir á felicidad de la naturaleza, ó á trabajo del arte, ó finalmente á fuerza y

Q 2

(a) A. Gell. lib. II, c. V.

poder dimanado de la naturaleza y del arte, sobrepaja en las prendas de la eloquencia á todos los otros oradores. Pero sin embargo Isócrates ha obtenido mas universales elogios de los antiguos y de los modernos, y su nombre ha logrado mayor celebridad. El mismo Platon, que manifiesta alguna repugnancia en consentir los elogios que oia dar á la eloquencia de Lisias, texe al jóven Isócrates un largo encomio; y lo reputa tan superior en el ingenio, que no deba ni aún entrar en cortejo con Lisias. Los críticos latinos Quintiliano y Ciceron manifiestan en cada pagina de sus obras quanto respetaban la eloquencia de Isócrates. El mismo Dionisio, que abiertamente prefiere las oraciones de Lisias á las de Isócrates, pasando á hacer el parangon entre estos dos oradores (a), reconoce en Isócrates tantas prendas superiores á las de Lisias, que pueden contrapesar las otras en que nos lo quiere mostrar inferior; y despues de haberleido

(a) In Isoc. II. V. 10. II. d. III. G. A. (a)

atentamente aquel paralelo no se sabe resolver á quien deba darse la preferencia. Actualmente el abate Auger en su celebrada *Traducion de Isócrates* no halla palabras para alabar á su venerado heroe: lo llama orador excelente, que por todas partes ofrece las ideas mas grandes y los preceptos mas sublimes adornados con todas las gracias de las expresiones, escritor distinguido, padre de la eloquencia, inventor de las mas hermosas formas del discurso, y de la grande arte de disponer felizmente todas las partes, y usar con ventaja las figuras mas nobles y mas admirables; filósofo amable por la finura y solidez de su ingenio, por la sutileza de su logica, por la elegancia de la diction, y por la gallardia de las ideas y de los pensamientos; autor en suma de discursos llenos de gracia y de elegancia, donde todo está conducido sin violencia, todo encadenado y ligado por medio de transiciones ingeniosas y siempre naturales, y donde todos los colores mezclados con arte ofrecen un quadro acabado y perfecto

to en todas sus partes. Nosotros tenemos aún oraciones de Lisias y de Isocrates, para exâminar por nosotros mismos sus decantadas perfecciones , y formar segun nuestra inteligencia , qualquiera que sea , el parangon de aquellos dos célebres oradores. Y si he de decir libremente mi juicio , ni Lisias ni Isócrates me ofrecen todavía una justa idea de la verdadera eloqüencia. Lisias ténue y puro , culto y sutil tiene mas ayre didactico que oratorio; y , como observa justamente Quintiliano (a) , sería un orador perfecto , si para serlo bastase enseñar. Tal vez el deseo de poner en claro todos los hechos perjudica á la gravedad de su oracion, haciendola descender á sobrado individuales y particulares circunstancias ; tal vez el excesivo amor á la exâctitud y precision le corta las alas, y no dexa volar libremente su eloqüencia. Isócrates es mas adornado, mas armonioso y mas suave , sabe deleitar al auditorio mejor que conmoverlo ,

~~Y~~

(a) Lib. X. c. I.

y su excesivo atavio y pulidez disminuyen el impetu y la fuerza de la facundia oratoria. Uno y otro manifiestan el animo quieto y sosegado de uno, que escribe en su gabinete falto de aquel calor que inspira la grandeza del foro, y la presencia del pueblo que le oye. Pero sin embargo en Lisias descubro mas al orador, el estilo mas sencillo y natural va mas directamente á su fin, fortifica y esfuerza mas los argumentos, y es mas propio para convencer y persuadir; mientras que Isócrates perdiendose tras las gracias y los adornos de la diction, entra con sobrada lentitud en materia, y no se cuida mucho de probar su intento, ni de persuadir y convencer al auditorio. Isócrates, en mi juicio, ha contribuido mas á la elegancia y á la perfeccion de la lengua griega y del numero de la oracion: Lisias ha acarreado mayores ventajas al artificio y fuerza oratoria; y á ambos debe ciertamente mucho la eloquencia. Despues de Lisias y de Isócrates no deberemos detenernos en hablar á la larga de Iseo, Dinarco, Licurgo y otros

ora-

oradores de aquellos tiempos, aunque muy celebrados de los Griegos. Hyperides, distinguido por los antiguos con mas singulares elogios, mereceria tal vez mayor exâmen si pudiesemos encontrar monumentos de su eloqüencia; pero de todas las oraciones de Hyperides, que pasaban de cincuenta, no nos ha quedado ninguna. Solo la oracion contra Aristogiton, que se lee entre las de Demostenes, quieren algunos que sea de Hyperides; y ni aún para atribuirle esta hay tanto fundamento que pueda con alguna razon tomarse por prueba de su eloqüencia.

Eschines
y Demostenes.

Solo Eschines y Demostenes llaman toda nuestra atencion. Los grandes maestros, que elevaron al mas alto grado de gloria la eloqüencia griega, y los verdaderos modelos para formar oradores forenses, no son otros que Eschines y Demostenes. Ciceron, justo apreciador de las obras de eloqüencia, siempre habla con admiracion de las oraciones de Demostenes; y Ciceron que habia formado una idea tan sublime de las prendas de un

orador, no duda llamar (a) á Demostenes orador perfecto, á quien no falta parte alguna de tal. Quintiliano lo llama príncipe de los oradores, y casi ley del buen modo de perorar (b). Los griegos Longino, Hermógenes, y todos los maestros del arte oratoria, y singularmente Dionisio de Halicarnaso no cesan de ensalzar con sumos elogios el ímpetu, la fuerza, el ardor y el invencible poder de la eloquencia de Demostenes, y continuamente citan sus oraciones como verdaderos exemplos de todas las prendas oratorias. Todos en suma Griegos y Romanos, antiguos y modernos han dado tales encomios á Demostenes, que su nombre solo, como ya decia Valerio Máximo, hace nacer en el animo de quien lo oye la idea de una perfecta y acabada eloquencia. Y si de este modo hablan de Demostenes los buenos críticos griegos y romanos, no están menos acordes en conceder á Eschines el segundo lugar en la profesion oratoria.

Tom. V. R

(a) De cl. Or. IX. (b) Lib. X, cap. I.

ria. Las tres oraciones, que de él nos quedan, son justamente consideradas por Focio como las tres Gracias; y estas tres solas bastan para darnos una idea muy relevante de su eloquencia, y de algun modo pueden servir para que forme el parangon con la de Demostenes quien no quiera sujetarse ciegamente al dictamen de los antigüos. Nosotros propondremos un ligero bosquejo de las oraciones de uno y otro *sobre la Corona*, para dar alguna idea de su arte oratoria, y sin contentarnos con vagas, generales y á veces inconcluyentes expresiones, haremos un exâmen algo mas individual. Empezando ante todas cosas por el exórdio me parece algo enredado el de Eschines, puêsto que saltando de uno en otro pensamiento no se abre un buen camino para entrar en la causa, ni prepara bien el animo del juez para que tome parte en su oracion. Mas bellas razones, y mas propias para su intento dice Demostenes; y su exórdio harto mejor que el de Eschines tiene las prendas que requiere un exórdio, conciliando al

ora-

orador la benevolencia, la atencion y la docilidad de los oyentes. Eschines quando ha entrado en la causa desenvuelve perfectamente el espiritu de la ley sobre que se apoyan sus razones, combate todas las respuestas que se le pueden dar, y fundadamente concluye haber Ctesifon quebrantado las leyes, tanto en decretar una corona á Demostenes, como en quererla proclamar sobre el teatro. Para conciliar en esta segunda parte dos leyes, que parecen contrarias entre sí, ¿ con quanta sutileza, y con quanto arte no discurre? Demostenes no se para á dar una convincente respuesta á este discurso de Eschines; sino que contentandose con el exemplo contrario de muchos hechos, diestramente se defiende motejando con aspe- reza, y haciendo burla de su contrario. Si aqui se acabase la causa, como todos creerán que debia acabarse, la victoria ciertamente quedaria por el ingenio y la eloquencia de Eschines; pero como el intento de este no era quitar á Demostenes la corona de la cabeza, sino hacer que

perdiere la estimacion de los ciudadanos, sus mas vivos esfuerzos se dirigen á acusar la vida y conducta de Demostenes. Este al contrario, perdiendo de vista la corona y el decreto de Ctesifon, emplea toda la fuerza y nervio de la eloquencia en su defensa propia; y en la justificacion de su persona. Eschines da vigor á su acusacion con la exposicion de muchas circunstancias particulares, y con la distinta é individual descripcion de los hechos, que la hacen harto probable y verosimil. Demostenes atrevidamente lo niega todo, refiriendo hechos contrarios, interesando la gloria de la misma Atenas, cubriendo de ignominia á su adversario Eschines, y repitiendo protestas, que hacen impresion en el animo de los oyentes, no tanto por sí mismas, quanto por la gallarda expresion, y por el animado estilo del orador. Eschines acumula hechos, de que sin bastante fundamento quiere hacer comparecer autor ó complice á Demostenes. Este pagandole con la misma moneda le atribuye otros, y sabe dar ta-

les visos á las acusaciones que le hace Eschines, que las convierte en no poca alabanza suya. Uno y otro observan poco la buena fe, alterando ambos los hechos, disimulando las circunstancias, y valiéndose de artificios impropios de hombres graves y honestos, lo que enfria no poco los animos de los prudentes lectores, y disminuye mucho la persuasion; y no puede comprehenderse como uno ú otro, ó ambos á dos tuviesen valor para inventar, y decir en público cosas, que tan facilmente podian desmentirlas los oyentes. Eschines forma un plan bien ordenado, pone á buena luz sus razones, y presenta las narraciones de los hechos con evidente claridad, y con individual distincion de circunstancias importantes, y en esta parte creo, que tanto en la oracion contra Ctesifon, como en la de la falsa legacion, no cede en cosa alguna al gran Demostenes. Pero este sabe convertir mejor todos los hechos en favor suyo, y presentar todas las cosas en el aspecto que le conviene, y supera mucho

á su rival en la fuerza del raciocinio , en la energía de las expresiones , en la vehemencia de los afectos , y en la noble y generosa sublimidad de los pensamientos. Eschines pone mas á la vista los hechos que refiere , y hace mas probable y mas digna de fe su oracion. Pero Demostenes habla con tal ayre de verdad , y con tal peso de convencimiento , introduce tanto calor y fuego en quanto dice , y mueve las pasiones con tal ímpetu , que no dexa lugar á que se consulte la tranquila y justa razon: su imperioso y seductor estilo sujeta , arrastra y arrebatá á donde él quiere ; y posee mejor que Eschines y que todos los oradores griegos aquel dominio sobre los oyentes , en que consiste la fuerza y el poder de la eloqüencia. Las prendas de la oracion sobre la corona no se encuentran en igual grado en todas las otras de Demostenes ; pero sin embargo todas se ven adornadas con aquellas calidades , que son mas correspondientes á las materias que trata. Que peso de autoridad , y que gravedad de consejo en las

Fi-

Filipicas! Qué sutileza en la *Oracion contra Leptines!* y quantos adornos oratorios no resplandecen en todas las otras! Demostenes se ha hecho el modelo de los oradores, y para hablar con Quintiliano, la ley del modo de perorar.

En Demostenes llegó la eloquencia griega á su mayor esplendor; pero habiendo llegado á tan alto punto, no pudo sostenerse por mucho tiempo, y bien pronto empezó á decaer. Hemos insinuado arriba quanto perjuicio acarrease á la eloquencia griega la mutacion de gobierno acaecida en Atenas; pero este daño lo sufrió particularmente la eloquencia forense. Baxó la dominacion de los Macedonios y de los Mesenios tuvo el pueblo ateniense poca influencia en los negocios politicos, y baxo el dominio romano la perdió enteramente. Los grandes negocios, y los extraordinarios intereses, que movian la lengua de Pericles y de Demostenes, no podian ya inflamar el animo de los posteriores Griegos, ni excitar su eloquencia. La oratoria politica, que ha formado los gran-

Decadencia de la eloquencia forense entre los Griegos.

grandes oradores, y ha dado las obras magistrales de eloqüencia, no teniendo ya materia para sus discursos, vino á extinguirse, y en vez de conmover al pueblo, y hacer temblar á toda la Grecia se perdió por frias y pueriles declamaciones en los estrechos limites de una escuela; y faltando la eloqüencia política, puede considerarse enteramente arruinada la verdadera oratoria. La judicial ó litigiosa, por decirlo así, que los Griegos llaman *dica-nica*, jamas habia levantado tanto el vuelo, como la deliberativa y política; y antes bien quiere Hermógenes (a), que la más excelente forma de oracion judicial sea aquella, que es más contraria á la política. De aquí provino que la judicial no abrazase la pompa ó magestad de la oratoria, y se contentase con oraciones sencillas y faltas de todo adorno, como insinua Isócrates en el *Panatenáico*. Aristofanes en las *Avispas* hace ver, que en la misma Atenas, donde tanto reynaba la

(a) *De form. lib. II, c. X.*

eloquencia, estaban tenidos en tan poco aprecio los abogados y defensores de pleitos que solo hacian profesion de la eloquencia judicial, que los jueces se servian de ellos para los ministerios mas viles y baxos, hasta para hacerse limpiar el calzado. Isócrates despreciaba este genero de eloquencia, y escribiendo oraciones por otros, jamás pudo reducirse á emplear su estilo en materias judiciales; y si tenemos en este genero algunas oraciones de Demostenes, no son ciertamente de las mas celebradas de aquel grande orador. Pero despues del imperio de Alexandro no tenian los oradores otro campo para hacer ostentacion de su facundia, que los pleitos privados y los reducidos limites de los tribunales, ó las sofisticas declamaciones y los entretenimientos de las escuelas. Los adornos, que antes eran correspondientes á la magnitud de las materias, aplicados á la pequenez de los informes judiciales ó de las charlatanerias escolásticas, aparecian frios é ineptos, y en vez de hermohear y ennoblecer la oracion la hacian

afectada y pueril : la oratoria , no teniendo causas estrépitosas y materias importantes , que llamasen la atención del público , perdía su nervio y vigor, y en vez de producir oradores fuertes y robustos , no daba mas que vanos sofistas , é importunos declamadores.

Eloquencia forense entre los Romanos.

De mas glorioso esplendor gozaba aquel arte en Roma , donde se sentaba en magestuoso trono para gobernar el universo. Quando la eloquencia griega estaba en su mayor auge en Atenas , y producía los Hiperides , los Eschines y los Demostenes , los rusticos y guerreros Romanos , dedicados enteramente al arte militar , no pensaban que pudiese haber un arte , que enseñase el modo de bien hablar , y pudiese con esto contribuir al gobierno del universo. Pero aumentandose mas y mas la grandeza del imperio romano empezó tambien á adquirir algun lustre la eloquencia , adelantandose esta casi á los mismos pasos que las armas romanas. Nosotros tenemos en Ciceron una exácta é individual historia del origen y progresos de la ora-

toria romana ; pero no vemos competir esta con la griega hasta que comparecen en el foro Craso y Antonio, emulos de las alabanzas de los Eschines y de los Demostenes. La gloria de estos dos ilustres oradores eclipsó el esplendor de Filipo , de Scevola , de Cota y de otros coetáneos , quienes ciertamente hubieran adquirido no poca fama en el foro , si no hubiesen tenido unos competidores de esta naturaleza. Q. Hortensio fue el unico que obtuvo singular credito despues de Craso y de Antonio , y de algun modo hizo poner en olvido sus celebrados nombres. Su ingenio , como un luciente rayo deslumbró desde luego los ojos de todos , y , como dice Ciceron (a) , al modo de una estatua de Fidias apenas fue visto quando fue admirado y alabado ; pero su merito ciertamente no era igual á los elogios con que se veia honrado. La oratoria , segun dice Ciceron (b) , debe á Hortensio dos cosas bastante utiles , introducidas

S 2

por

(a) *De cl. Or.* LXIV. (b) LXXXVIII.

por él antes que por otro alguno, á saber el dividir en ciertos puntos la materia que debia tratar, y el hacer al fin un epilogo de quanto habia tratado. Pero la mayor ventaja que Hortensio acarreó á la eloqüencia, fue haber con el eco de sus aplausos despertado el animo de Ciceron, y empeñandolo con dulces estímulos de viva emulacion á entrar en tan gloriosa carrera.

Ciceron.

Jamas se ha visto tan triunfante la eloqüencia como quando hablaba por boca de Ciceron. Nombrar y deponer generales, absolver á los reos, castigarlos con las justas penas, defender los inocentes oprimidos, libertar de las vexaciones á las agravadas provincias, confirmar á uno en el mando, quitarselo á otro, y en suma manejar á su arbitrio, y conducir donde mejor le pareciese los animos de los jueces, del senado y del pueblo eran efectos seguros de la, estoy por decir, omnipotente eloqüencia de Ciceron. Y á la verdad qué corazon será tan insensible, que al leer sus oraciones no se sienta pe-
ne-

netrado de aquellos afectos que pretende inspirar el orador? Si quiere él adornar con palabras las alabanzas de Cesar, de Pompeyo, de Murena ó de qualquier otro, nos vemos obligados á estimar y venerar estas personas, aunque jamas las hemos conocido. Y al contrario qué desprecio no nos hace concebir de Vatino, de Cecilio y de otros que él quiere deprimir? Que odio no nos inspira contra Verres, Catilina y Antonio? En fin la gravedad de Caton, la severa secta de los estoycos y la respetable jurisprudencia comparacen ridiculas quando él quiere presentarlas tales. Quien puede contener las lagrimas al leer la oracion en defensa de Milon? Quien no se llena de gozo por la vuelta de Ciceron á la ciudad, y tambien por la de Marcelo? No hay oracion alguna, aún de las mas tenues, en que el orador no manifieste el gran poderio de su eloquente voz. La evidencia para convencer el entendimiento de todo lo que quiere probar, no es inferior á la fuerza para mover la voluntad. Con tal claridad re-

fie-

fiere los hechos, y los pone delante de los ojos, que no parece que se oye la relacion de ellos, sino que realmente se ven executar. Que sutileza en buscar los mas oportunos efugios! que agudeza en hacer las mas importantes reflexiones! que precision en insinuar las mas fuertes razones! La diosa de la persuasiva podia mejor fixar su noble trono en los labios de Ciceron, que en los de Pericles, donde queria Eupolis que tuviese su asiento: y si á la eloqüencia de Cetego dió Enio el nombre de medula de la persuasiva *stadaeque medulla*, que elogios no hubiera dispensado á la facundia de Tulio, quien mas que el meollo era el alma y la vida de la mas eficaz manera de persuadir? Ya en los tiempos inmediatos á Ciceron quiso el griego Cecilio hacer un cotejo de Demostenes con Tulio, y se burla de él Plutarco (a), porque con poca inteligencia del language latino se metía á formar un juicio, que era superior á su conoci-

mien-

(a) In Demosth.

miento. El mismo Plutarco se excusa (a) de entrar en tal parangon, por no haber adquirido la inteligencia y erudicion en la lengua latina que requería un trabajo semejante; aunque despues, tal vez llevado del amor patrio, habla de modo que da á su Demostenes una manifiesta preferencia. Quintiliano (b) y Longino (c) se portaron con mayor equidad en su juicio, y los bosquejos que aquellos dos maestros nos han dexado de la eloquencia del orador ateniense y del romano, nos dan tal vez mas justa idea de su merito, que quantos quadros han formado despues estudiosamente varios autores. Infinitos son los modernos, que se han propuesto hacer el paralelo de aquellos dos principes de la eloquencia: Fenelon (d), Swift (e), Hume (f) y varios otros dan abiertamente la preferencia á Demostenes; Rapin (g),

Ti-

(a) Ibid. (b) Lib. X, c. I. (c) XII. (d) Lett. I sur P. Eloq. (e) Lett. X à Young clergyman. (f) Essai XIII. of Elog. (g) Paral.

Tiraboschi (a) y otros en no menor numero se manifiestan al contrario mas apasionados á Ciceron. Después de las eruditas fatigas de tantos hombres doctos me animaré á exponer libremente mi juicio, dexando con libertad á los lectores para que le den aquel peso que mejor les parezca. Yo ciertamente encuentro en Demostenes dos ventajas respecto de Ciceron, que no creo que se le puedan contrastar; y son el apretar y concluir mas fuertemente al adversario, que le concede Quintiliano *concludit adstrictius*; y el emplearse unicamente en el intento propuesto, sin procurar poner á la vista su eloqüencia, que le atribuye Fenelon. Es cierto que en Tulio, por mas que todo agrade en extremo, podrá tal vez un severo censor querer quitar algunos adornos, que le parecerán mas ambiciosos que necesarios, y restringir á veces algun tanto la copia de su abundante facundia. La florida belleza, la rica abundancia y la

(a) Tom. I, par. III, lib. III, c. II.

colorida variedad de las oraciones de Ciceron pueden ciertamente formar las delicias de todas las edades ; pero singularmente arrebatarán á la vivaz y alegre juventud: la fuerza y vehemencia de Demostenes no pueden hacerse gustar de todos; sino que requieren edad madura , agudeza de ingenio , solidéz y valentia de espíritu. Ademas de las dos ventajas con que Quintiliano corona á Ciceron, esto es, de las sales y de la conmisericion, en las quales ciertamente dexa muy atras á Demostenes y á todos los otros , ademas del mérito de la variedad en el estilo, que es mucho mayor en Ciceron , sabiendo usar de la fuerza y dulzura , de la concision y copia segun lo requieren las circunstancias ; quando Demostenes no es mas que fuerte y conciso, y no sabe acomodarse á las diversas circunstancias de las materias : pasando al particular , encuentro en Ciceron mas variedad y mas propiedad en los exórdios, los quales no repiten las mismas ideas , sino que son siempre diversas , no dicen cosas adaptables á muchas oraciones , sino

que siempre estan sacados de la naturaleza misma de la causa, y maravillosamente le abren el camino para internarse en la oracion: quando Demostenes en sus exórdios vuelve repetidas veces á los mismos pensamientos, y se entretiene en cosas que podrian igualmente aplicarse á qualquier otra materia. Las narraciones de Ciceron son muy superiores á quantas bellas narraciones han escrito Demostenes, Eschines y todos los Griegos. La destreza en evitar el odio, y ganarse el afecto y la benevolencia de los oyentes, la maestría en manejar los animos, la finura en convertir á su intento todas las cosas, y todo lo que es artificio oratorio, se encuentra con notable ventaja en Ciceron mas que en Demostenes y en todos los oradores de la Grecia. Sea enhorabuena Demostenes generalmente superior en la fuerza y en el calor del estilo, aunque Ciceron en algunas oraciones puede igualarle aun en ésta prenda oratoria; pero la finura y delicadéz de los pensamientos, que Ciceron sabe usar en ciertas al-

ban-

banzas , la grandeza y noble magnificencia de las expresiones , de que oportunamente se vale en otras , las gentiles y graciosas maneras , con que ridiculiza lo que quiere , la variedad y vivacidad de los colores , de que se sirve para presentar á uno odioso , y á otro despreciable , el arte de excitar los afectos , sujetar los corazones y disponer á su arbitrio del animo de los oyentes , son prendas no comunes al griego orador , sino privativas del romano , y recompensan con ventaja aquella poca superioridad que da á Demostenes la fuerza y el ardor de su fogoso estilo. Asi que no puedo perdonar al eloquente Rousseau el enfatico juicio que quiere formar de la eloquencia tuliana en cotejo de la demostenica. Dice él (*a*) , que su discipulo arrebatado del varonil y vigoroso estilo de Demostenes dirá *este es un orador* ; pero leyendo á Ciceron dirá *este es un abogado*. Yo no sé que quiere decir Rousseau con esta distincion de *orador* y

T 2 *abo-*

(*a*) *Emil.* tom. III , suit. du liv. IV.

abogado, y aún creo que ni él mismo lo sabe: tal vez con mas razon podria decirse todo lo contrario, que Ciceron es un verdadero orador, y que Demostenes no es mas que un abogado; porque si tomamos el abogado como contrapuesto al orador, aquel parecè que deberá llamarse abogado, que sencillamente y sin pompa de palabras produce con concision y fuerza las razones á favor de su clientulo, ó contra su adversario, quando el orador no contento con exponer sus fundamentos los amplifica, los hermosea y con el ornato y la magnificencia de la oracion los anima y esfuerza. Y en este sentido ¿quien negará que el titulo de *abogado* pertenezca á la precision y parsimonia de Demostenes, y el de *orador* á la pompa y magnificencia de Ciceron? Pero si se entiende por abogado valerse de sutiles y sofisticas razones, emplearse en la explicacion de algunas palabras de la ley, ó entregarse á otras cavilaciones, entonces ni Ciceron ni Demostenes podran llamarse abogados, y ambos, diga lo que quiera Rousseau, debe-

berán ser tenidos por oradores , y oradores excelentes. La eloquencia romana habiendo llegado á tan alto punto en las oraciones de Tulio, lejos de elevarse mas, no pudo sostenerse en aquel estado, á que tan gloriosamente la habia sublimado Ciceron. Despues de él no hay orador alguno , que haya merecido la memoria de los posteriores; y entre aquellos pocos, que se hallan recomendados por los antiguos , observo que se habla de Calvo , de Asinio Polion , de Celio y de Bruto con mayor elogio que de otro alguno. Pero nosotros particularmente de la facundia de Bruto podremos con razon formar un favorable juicio. Ciceron le da con frecuencia sobre todos los otros los mas lisonjeros elogios, sin embargo de que él tuvo valor para no conformarse con su dictamen sobre el optimo genero de oradores ; y Tulio , acostumbrado á verse respetado de todos , singularmente en esta materia, no puede sin embargo dexar de alabar la eloquencia de un jóven , que se oponia á su juicio. No tenemos la oracion que Bruto

Bruto.

to

to dixo en el Capitolio , despues de la muerte de Cesar ; pero sabemos que Ciceron , escribiendo á Atico con amigable confianza , la alaba como escrita con la mayor elegancia en las sentencias y en las palabras: *est autem oratio scripta elegantissime sententiis, verbis, ut nihil supra (a)*. Y aunque la hubiera querido mas ardiente y fogosa , no puede negar que sea la mas elegante que pueda darse en aquel genero , que Bruto creía ser el mas perfecto: *Quo enim in genere Brutus noster esse vult, et quod iudicium habet de optimo genere dicendi, id ita consecutus est in ea oratione, ut elegantius esse nihil possit.* Este genero de eloqüencia , tan estimado de Bruto, era un cierto aticismo, que á Ciceron le parecia arido y seco , y del qual no podemos nosotros formar ahora acertado juicio. Pero sin embargo del estilo de Bruto nos queda todavía algun monumento , que nos hace formar harto mas favorable concepto de su merito oratorio,

(a) *Ep. ad Att. lib. XV, ep. I.*

y nos da motivo para creer que el aticismo de Bruto fuese diferente del que acusa Ciceron de frio y arido. Fenelon alaba (a) como uno de los rasgos mas singulares de eloquencia un pedazo de carta de Bruto á Ciceron (b), que se encuentra junto con las epistolas de este, en el qual con nobleza romana lo reprehende por haberse humillado á pedir perdon á Augusto. Y en realidad toda aquella carta, aunque dirigida privadamente á un amigo, está escrita con tal nervio y vigor de eloquencia, que nos hace creer que en su oracion, dicha al pueblo en tan relevantes circunstancias, no faltarian aquellos rayos demostenicos, aquel ardor de estilo, aquella vehemencia y aquella gravedad, que correspondian á la persona del orador y á las circunstancias de la oracion, y que parece desear en él Ciceron. Yo, leyendo las pocas epistolas que nos quedan de Bruto, no puedo dexar de lamentarme con el mismo Ciceron, de que

(a) Carta arriba citada. (b) *Ep. ad Brutum XVI.*

á su maravillosa naturaleza, exquisita doctrina y singular aplicacion le hubiese desde el principio faltado el foro, y se le hubiese cerrado el campo en el punto mismo de empezar la carrera.

Decadencia de la eloquencia forense entre los Romanos.

En efecto entónces aconteció la grande mutacion en la republica, que poniendo en manos de un hombre solo todo el gobierno, quitó al pueblo el influxo en los negocios, é hizo que los oradores no pudiesen tratar causas importantes, capaces de inflamar su entusiasmo. El derecho á una herencia, la exención de una deuda, las querellas de privado á privado y negocios de poca importancia ocupaban el foro romano dominado por el poder de los Cesares, y no ofrecian campo á la facundia oratoria para exponer sus riquezas. El autor del *Dialogo de los oradores* pone á buena luz la diversidad de las causas, y de las formulas judiciales, que después de los tiempos de Ciceron y de la republica se vieron en el foro, y que contribuyeron mucho á la depravacion de la eloquencia. Con la grandeza de las mate-

rias toma creces la fuerza del ingenio , y no hay quien pueda formar una brillante y noble oracion , sino encuentra una causa que lo exija. Hay una gran diferencia entre tratar de un hurto , de una formula , de un interdicto , ó de la ambicion de los comicios , del saqueo de los aliados , de la muerte de los ciudadanos. Ni Demostenes , ni Ciceron ni otro orador alguno griego ó romano hubiera llegado á adquirir gran nombre , si se hubiese visto precisado á sujetar su facundia á los reducidos confines de causas poco importantes. Verdad es que aún en tiempos posteriores se trataban á veces causas de la mayor entidad , y que hubieran podido prestar campo á una viva eloquencia. Plinio refiere algunas tratadas por él (a), en las cuales se proponian las acusaciones del Africa , de la Betica y de la Bitinia contra los robos , violencias y tiranias de los proconsules Prisco , Clasico y Vareno cometidas en sus empleos ; y singular-

Tom. V. V men-

(a) Lib. II, ep. XI, lib. III, ep. IX, lib. V, ep. XX.

mente en la primera se veía todo el aparato, y toda la pompa judicial que exigía la gravedad de la materia. Pero semejantes causas y formalidades eran tan raras y poco frecuentes, que al mismo Plinio parece que le tiene fuera de sí el contento y la maravilla de haberlas visto, y solo sabe llamarlas bellas y antiguas (a). A mas de que todo aquel extraordinario aparato, de que habla Plinio (b), se reducía á la presencia del Cesar, y al mayor concurso de senadores: no se veía la publicidad de una plaza, no la multitud del pueblo, no aquella pompa y aquellas extrínsecas circunstancias, que hacían que se elevasen sobre sí mismos Ciceron y los otros antiguos oradores. Por lo demas el mismo Plinio nos hace ver repetidas veces quan reducida se hallaba la autoridad del Senado en juzgar las causas, hasta las mas privadas, quanta era la dependencia á los Cesares, quanta la corrupcion y venalidad de los jue-

(a) Lib. II, ep. XC. (b) Lib. II, ep. XI.

jueces, quanta finalmente la audacia y desvergüenza mas que libertad de los desbarbados oradores y de los aturdidos oyentes (a). Tacito nos presenta en los *Anales* (b) exemplos de la servil sujecion en que estaban los jueces baxo el dominio de los Cesares , y de la abominable depravacion de los juicios. Juvenal ridiculiza con acrimonia el gran cuidado que se ponía en las sortijas , en los vestidos y en la rica apariencia de los oradores , y el poco aprecio en que estaban tenidas las verdaderas prendas oratorias ; y todo prueba el abatimiento del foro romano , todo manifiesta el menoscabo de su eloquencia. En Cacio Severo , alabado por Quintiliano (c) , se acaba el antiguo gusto de la eloquencia romana , y empieza el nuevo como hemos dicho antes. Despues de él nos habla Quintiliano de Domicio Afro , de Julio Africano , de Tracalo , de Vibio Crispo y de Julio Secundo , como de

V 2 *eloquencia y oratoria*

(a) Lib. II, ep. XIV, et LV; lib. VII. CVI. et al. (b) Lib. II. (c) Lib. X, c. I.

oradores los mas ilustres de aquella edad. En el *Dialogo de los oradores* se cita á Eprio Marcelo , Aufidio Baso , Servilio Noniano , y á algunos de los recomendados por Quintiliano. Plinio el jóven alaba á Pompeyo Saturnino (a) , á Cornelio Tacito, á Fronton Cacio (b) y á pocos otros. El mismo Plinio es tal vez el orador mas eloqüente de su tiempo , y de quantos despues de Cacio Severo florecieron en el nuevo estilo de eloqüencia forense. La lengua romana , que se habia hecho oír con tanto decoro y magestad en los ultimos tiempos de la república , guardó un vergonzoso silencio baxo el dominio de los Emperadores ; y las unicas oraciones que obtenian aprecio público , y que llamaban la atencion universal, eran los panegiricos de los Emperadores reynantes, que mas estaban dictados por la vil adulacion, que por la verdadera eloqüencia. Las posteriores vicisitudes políticas del imperio romano y de todo el mundo , las irrup-

cio-

(a) Lib. I, ep. XVI. (b) Lib. II, ep. XI.

ciones de los pueblos septentrionales y de los orientales, y la universal barbarie de toda Europa llegaron á apagar enteramente todas las luces del arte oratoria, é hicieron olvidar todos los ejercicios, y hasta el nombre mismo de la eloquencia forense.

Al restablecerse los buenos estudios en Europa la eloquencia forense fue la que mas tardó á despertar del letargo, en que yacia por tantos siglos; y apenas en el decimosexto empezó á hacer oír su voz, quando ya todas las otras artes habian manifestado su esplendor. Los primeros ensayos de eloquencia forense, que han llegado á mi noticia, fueron las oraciones politicas de Casa, y las judiciales de Ba- doaro. La *Liga* y los otros argumentos tratados por Casa, merecian el fuego de Demostenes y la magestad de Ciceron; pero en la pluma de Casa, por la floxedad y debilidad de las razones, y por la frialdad en el modo de exponerlas, por la inutil repeticion del mismo pensamiento baxo expresiones diversas, por la embarazosa colocacion de las palabras, por

Eloquencia forense en las lenguas vulgares.

Italia.

el

el largo y afectado periodo, y por la enfadosa lentitud en todo el curso de la oracion pierden todo el vigor, y en vez de herir y excitar los animos de los lectores, solo los hacen emperezar y dormir. ¿Podia ni aún esperarse que Carlos V tuviese paciencia para oír toda la enfadosa oracion de Casa, quanto menos que quedase convencido de sus razones para restituir á Plasencia? ¿Quantas gracias no hubieran dado Filipo y M. Antonio á Demostenes y á Ciceron si en sus oraciones hubiesen usado una eloqüencia semejante á la que siguió Casa? No tenia Badoaro argumentos tan importantes en sus oraciones forenses; pero la presencia de los jueces, el empeño de las partes interesadas, la realidad de las causas verdaderas, y no fingidas con el fin de declamar, podian espolearlo mucho mas, sino se hubiera dexado arrastrar del gusto entónces dominante en los escritores italianos de un largo y estudiado periodo, y de una fastidiosa y pesada oracion, ni hubiese con el estilo prolixo y declamatorio debi-

li-

litado algunas sólidas razones, que hacen oír á las veces en medio de una inmensa multitud de palabras. Los ensayos de eloquencia forense, que en el siglo decimo sexto nos dexaron Casa y Badoaro, no excitaron los ingenios á producir otros mejores. Todas las demas artes han encontrado en los modernos muchos y felices seqüaces, que pueden compararse con los antiguos; y solo la eloquencia forense debe darse desde luego por vencida, sin atreverse tan solamente á entrar en competencia. La Italia mas que las otras naciones debia haber hecho florecer aquella eloquencia en alguno de sus estados. En los estados monarquicos, manejandose por lo regular ocultamente los negocios políticos, y hablandose de tales puntos en los gabinetes privados, sin concurrencia de oyentes, ni publicidad que anime á los oradores, faltan las ocasiones de hacer uso de la fuerza de la oratoria; pero en las republicas, donde todo se resuelve á pluralidad de votos, varias veces se presenta anchuroso campo para
ha-

hacer triunfar la eloqüencia. Y la Italia dividida parte de ella en repúblicas, gozando una lengua enteramente formada, limada, armoniosa y rica, encontrándose en la flor de su cultura, y en medio de sus mas celebrados escritores, parecia muy propia para cultivar la eloqüencia forense, y podia prometerse los mas gloriosos adelantamientos. Pero sin embargo la Italia no ha adquirido en esta parte credito alguno; y habiendo producido un Señeri, un Ariosto, un Tasso y otros escritores clasicos y magistrales en otras especies de eloqüencia en verso y en prosa, no ha dado á la forense autor alguno excelente, y se ha contentado con un Casa y un Badoaro. Sea enhorabuena disculpable el silencio de otras repúblicas, que por lo reducido de sus estados, por la pequeñez de sus propios negocios, y por la poca influencia en los de las otras naciones, no presentaban espacioso campo á los oradores para manifestar las riquezas de su facundia; pero Venecia, república tan poderosa, que ha manejado
los

los negocios mas graves, y que ha tenido parte en las vicisitudes mas importantes de la Europa, ¿como es que no ha promovido un arte tan util á su gobierno, ni ha formado ilustres oradores; y madre fecunda de Temistocles y de Aristides, no ha producido Eschines y Demostenes? Su gobierno aristocratico ofrece un digno teatro á la eloquencia política, y el estilo de su foro en el modo de tratar las causas conserva á la judicial toda la amplitud que le daba el foro romano: ¿por qué, pues, no se encuentran en Venecia Demostenes y Cicerones? Tal vez el uso de su peculiar language disminuye mucho la fuerza y magestad de los discursos de aquellos eloqüentes republicanos. Por mas sonora y suave que sea una lengua, hasta que no esté ennoblecida con escritos célebres, no puede dar á la oracion la correspondiente grandeza y magestad, ni la llaneza y familiaridad del discurso puede inspirar sublimes pensamientos y nobles afectos. Tal vez el zelo del secreto en las deliberaciones del Se-

nado impide los adelantamientos de la eloqüencia forense ; porque las oraciones mas eloqüentes , que no dudo habrán sido varias , quedan sepultadas en la estrechez de aquellas salas , y no pueden ver la luz pública , ni proponerse por modelo á la estudiosa juventud. Dexo á los eruditos nacionales esta curiosa investigacion , porque yo , poco instruido en la constitucion de aquel gobierno , no puedo lisonjearme de exâminarla con la debida exâctitud.

Inglesa.

Las sesiones parlamentarias de Inglaterra , aún mas que las asambleas del Senado de Venecia , presentan á los oradores un digno teatro para hacer ostentacion de sus talentos oratorios. Entre todas las cultas y doctas naciones , dice Hume (a) solo la inglesa tiene un gobierno popular , y admite en su legislacion tan numerosas asambleas , quales puede creerse las exija el dominio de la eloqüencia. Pero el propio Hume se lamenta de la misma Inglaterra , porque no tiene de que gloriarse

se

(a) *Essai XIII. of. elog.*

se en este punto , y porque contando con gran honor suyo muchos ilustres poëtas y filósofos , no tiene oradores célebres que alabar. Sin embargo yo no me atrevo á acusar en esta parte el estudio de la Inglaterra , y me parece que ha hecho en la eloqüencia aquellos progresos , que de sus circunstancias podian esperarse. Apenas ha pasado poco mas de un siglo desde que los parlamentos manejan los negocios políticos de Inglaterra. Al principio en aquellas asambleas solo reynaba el furor , el espiritu de partido , la anarquía , la insolencia , el atrevimiento y la temeridad. Causan enfado antes que risa , los discursos que en tiempo del impostor Cromwel proferian muchos en los parlamentos , llenos de textos y de frases de la Escritura , cubriendo con un pasage de los libros sagrados la malignidad de sus empresas , y dando fuerza el espiritu de partido á tan ridículos razonamientos. La lengua inglesa se hallaba todavía rustica é inculta , sin gramaticas ni diccionarios; y la elegancia y pureza del estilo aún no era

buscada , ni estaba tenida en aprecio alguno. La primera prosa limada que nosotros tenemos , dice en otra parte el mismo Hume (a) , está escrita por un hombre que casi vive todavía , esto es por el célebre Swift. Sprat , Locke y aún Temple conocieron muy poco las reglas del arte para que sean tenidos por escritores elegantes. La prosa de Bacon , de Harington y de Milton , es en un todo miserable y pedantesca , por mas que su sentido sea excelente. ,, Los hombres de esta na-
 ,, cion continúa el mismo Hume , se han
 ,, ocupado tanto en las grandes disputas
 ,, de religion , de política y de filosofia,
 ,, que no han podido aficionarse á las me-
 ,, nudas observaciones de gramatica y crí-
 ,, tica. ,, Que maravilla , pues , que siendo
 aún tan imperfecta la cultura del lengua-
 ge , quedase rustico é inculto el arte de
 hablar, y fuesen lentos y oscuros los pro-
 gresos de la eloqüencia ? Pero apenas co-
 menzó á pulirse el language baxo el rey-

(a) *Essai XII. of civil. liberty.*

nado de Jacob II, como quiere Driden, y mas en tiempo de la Reyna Ana á fines del siglo pasado, y principios de este, apenas empezaron á verse las prosas de Swift, de Addisson, de Bolingbroke, y otros elegantes escritos prosáicos, quando la eloquencia forense se introduxo á largos pasos en los parlamentos de Inglaterra, y produjo en poco tiempo sus Pisistratos, Clistenes y Temistocles en Walpole, Campbell, Mansfield y otros oradores ingleses, llegando en pocos años á dar un Pericles en el facundo Pitt, de cuya boca, como de la del griego, salian rayos y truenos, que aterraban y sujetaban toda la nacion, y la hacian estar pendiente de los labios del orador. North, Burkes, Fox, Shelburne y tantos otros pueden considerarse al presente como los Andocides, los Antifontes y los Iseos de los ingleses; y la gravedad y claridad de algunos razonamientos del jóven Pitt, qual los vemos impresos (a), hacen que me

pro-

(a) *The speech etc.*

prometa hallar en él el Lisias de Inglaterra. Si esta nación no ha llegado todavía á la perfeccion de la eloqüencia, si aún no ha producido un Eschines y un Demostenes, no debe causar maravilla á quien reflexione con Ciceron, que la eloqüencia es la mas difícil de todas las artes: que introducida en Atenas desde Solon, no obtuvo antes de Pericles adorno alguno, ni prenda que fuese verdaderamente propia de un orador; y que de Pericles á Demostenes pasaron aún muchos años, y hubieron de nacer millares de oradores para llegar á mejorar y perficionar su arte. Si la Inglaterra abrazase como la Grecia el uso de limar en los escritos sus oraciones, y formase de la eloqüencia política un ramo de sus glorias literarias, no dudo que aquella singular y benemerita nacion llegaría en poco tiempo á igualarse con la Grecia, tendria Demostenes ingleses para ponerlos al lado de los ingleses Archimedes é Iparcos, y se gloriaría de poseer excelentes oradores, no inferiores á sus fisicos y matematicos,

y comparables con los mas celebrados oradores de la antigüedad.

La Francia , aunque sujeta á un go- Francesa.
bierno monarquico , puede tal vez glo-
rriarse de tener en este genero mas escri-
tos eloqüentes que las otras naciones au-
xiliadas de circunstancias mas favorables.
Se oyen de quando en quando en el pa-
lamento de Paris algunas representaciones
y discursos de los fiscales en materias po-
líticas , que manifiestan un sano gusto de
eloqüencia ; pero no pudiendo avivarse ,
y tomar calor con el debate, como en los
gobiernos populares , quedan frios , y ja-
mas pueden llegar á adquirir la fuerza
que se admira en los antigüos , y que se
puede esperar de los ingleses. Los parla-
mentos franceses son en gran parte , co-
mo los tribunales de Atenas y de Roma,
teatros oratorios , donde las decisiones de
las causas privadas , y de los negocios ju-
diciales penden de la eloqüencia de los
abogados : y aunque esta oratoria judicial
sea harto inferior á la política , cuenta sin-
embargo entre los Franceses muchos mas

señiñales, que la han cultivado con algun fruto. El primero, que con algun dreecho mereció el titulo de orador, fue, despues de principios del siglo pasado, Antonio Le Maitre, le Maitre, cuyos discursos deben tenerse por los primeros ensayos de una sólida eloqüencia. Habiendose formado con el atento estudio de los oradores griegos y romanos, abrió el verdadero camino á los otros abogados para llegar á la eloqüencia, que es propia de su profesion. Contra el uso entónçes dominante desechó las antitesis, los conceptos y los pensamientos estudiados; y con razones á veces bastante sólidas, con estilo superior al de su tiempo, y con palabras y frases, que todavía no son antiqüiadas, compuso los primeros discursos judiciales, que tuvieron algun gusto de arte oratoria, y que hubieran tenido mucho mas si se hubiesen escrito con mas orden, con las narraciones mas claras y precisas, y sin las contiñuas citas de tantos historiadores, oradores, filósofos y santos padres que él se complace de ir esparciendo con vana pro-

digalidad. Mas orden en las materias , mejor disposicion en las pruebas , mas moderacion en las citas , y mas concision y elegancia en el estilo manifiesta Patru en sus discursos. Lo puro del language , lo correcto de la diction y el gusto en el estilo hicieron que fuese tenido en la academia por el oráculo de la lengua francesa , y en los tribunales por el orador mas eloquente. Pero Patru , aunque algo menos que le Maitre , cae en el vicio de amontonar erudicion y doctrina ; manifiesta sobrado el cuidado de escribir con elegancia , y aparece todavía árido , seco y falto de la justa delicadez : y tanto Patru como le Maitre carecen de las partes mas esenciales á un orador de convencer y mover. Fourcroy dió á la Francia un ligero bosquejo de la grandeza oratoria en una memoria escrita en el año 1663 sobre el derecho de la Reyna á la corona de España. Se conserva en el foro frances la memoria de Nivelle , de Dumont y de algunos otros ; y las piezas oratorias de Erard , aunque mas adornadas y cor-

rectas que fuertes y nerviosas , prueban los esfuerzos que ya entónces hacía la eloqüencia para llegar á la perfeccion. Pero los discursos de todos estos famosos abogados franceses ya no se leen , y unicamente sirven para manifestar los progresos que en la Francia ha hecho la eloqüencia forense. A principios de este siglo Terrasson hizo oír algunos rasgos eloqüentes con aquellos adornos , y con aquellas reflexiones , que dan mas alma al discurso , y sin aquellas menudas individuaciones , que enfadan al auditorio ; bien que alguna vez aún él mismo se entrega á expresiones sobrado prolixas de doctrinas sobre los derechos de señoría , sobre el estado de inocencia , sobre el estado presente y sobre otros puntos semejantes. En aquellos tiempos tuvo tambien el foro frances al respetado le Normand , que de algun modo puede llamarse el Hortensio frances , porque con el eco de sus aplausos atraxo á la eloqüencia forense al célebre Cochin , tenido de muchos por el moderno Ciceron. Al oír los elogios con que se ve celebra-

Terrasson.

Cochin.

do Cochín, parece que la eloquencia forense haya adquirido en sus manos una nueva forma, y que sus discursos hayan llegado á aquel grado de perfeccion, que es compatible con el foro moderno. Pero si he de decir lo que siento, no descubro tal superioridad en las oraciones de Cochín, que deban formar un nuevo gusto de eloquencia, ni puedan elevar á su autor al grado de los Tulios y de los Demostenes. Son estas sobrado sencillas y frias; suelen perderse en antitesis y juegos de ingenio; muchas veces mas parecen tratados legales ó exposiciones de algun punto doctrinal, que discursos oratorios, y casi siempre comparecen desnudas de los oportunos adornos, y faltas de aquel interes, que hace leer con gusto las oraciones de los antiguos griegos y romanos. Sin embargo diré que una cierta exáctitud de raciocinio, y una cierta gravedad y solidez de estilo dan no poco peso de autoridad á los discursos de Cochín, y no me causa gran maravilla que ayudados de la viva voz, y de otras circunstancias ex-

trinsecas del autor , que justamente estaba tenido en aprecio, hiciesen mucha impresion en el animo de los oyentes , que lo escuchaban con el debido respeto. Semejante á la eloqüencia de Cochin era la de

D' Aguesseau.

d' Aguesseau : sus discursos de abogado general no siendo mas que relaciones de la causa que se trata , para presentar á los ojos de los jueces el quadro de la questão que debian decidir , y proponerles las reflexiones mas propias para determinar su juicio , tienen aquellas prendas de claridad , exâctitud , orden y fuerza de raciocinio , que no se habian visto en sus antecesores , y que hacen comparecer á d' Aguesseau como el Lisias de la Francia. Pero d' Aguesseau y Cochin , aunque superiores á quantos abogados habian hecho hasta entónces uso de la eloqüencia , carecian sin embargo de mocion y de calor , y no conocian el secreto de conmo- ver y herir el corazon , tan necesario á los buenos oradores. Y asi mientras se ven en las manos , no solo de las personas devotas y de los predicadores , sino tam-

bien de los hombres del siglo, y de los mismos libertinos, sermones de Bourdaloue y de Masillon; mientras todos leen con gusto cartas, que versan sobre casos de conciencia, y sobre puntos de Teología y de moral, se dexan abandonados entre el polvo los discursos forenses de Cochin y de los abogados mas famosos; y mientras tomamos tanta parte en las antiguas causas de los Griegos y de los Romanos tratadas por Demostenes y Ciceron, no podemos interesarnos mucho en las de nuestros días, que nos tocan mas de cerca. Pero sin embargo d' Augesseau y Cochin son los mas ilustres ornamentos del foro frances, y sus discursos pueden mirarse como los mas preciosos monumentos de la eloquencia forense, y casi como las ultimas reliquias del buen estilo del siglo de Luis XIV. Despues de ellos no hizo grandes progresos la eloquencia forense. Largas y enfaticas narraciones, reflexiones violentas, metáforas y alusiones sobrado frequentes, y muchas veces sobrado remotas, frases y ex-

Linguet.

presiones mal colocadas , excesivo uso de la ironía y varios otros defectos obscurecen la eloquencia del foro frances, y se hacen oír en los discursos de los mas estimados oradores. Linguet , escritor de tanta viveza de imaginacion , de tanta copia de pensamientos y de palabras, de tanta fuerza de raciocinio , y de tanta vehemencia y ardor de estilo , parecia que debiese introducir en el foro aquel fuego y calor , que animaba al griego y al romano , y que todavía no habia centelleado sobre el frances; pero el mismo Linguet se dexó llevar del gusto dominante en la mayor parte de sus concoleas. Sobrado difuso en las narraciones llega á hacerse algo frio y enfadoso , suele poner reflexiones , que parecen importunas é inútiles , va á veces en busca de antitesis , de alusiones remotas , de expresiones matematicas y de rasgos , que pueden decirse epigramaticos , y carece de aquella gravedad , y de aquella poderosa y convincente fuerza , que caracteriza á los verdaderos oradores ; pero con el tiempo , y con el uso de perorar iba ad-
qui-

quiere Linguet mas sólida y robusta eloquencia. ¿Con quanta sutileza y prudencia no se vale en el informe por el conde de Morangies de todos los medios para probar su asunto? Con quanta claridad y fuerza no presenta todas las pruebas? Sin embargo la excesiva menudencia en desenvolver algunos argumentos disminuye algun tanto la fuerza del convencimiento, y causa alguna molestia á los lectores; y el tono ironico usado con sobrada frecuencia perjudica no poco al peso y gravedad de la oracion. En su *Ape-lacion á la posteridad* es donde mas largamente manifiesta la vivacidad y energía de su estilo, y singularmente para reforzar los argumentos, y para estrechar á los contrarios, tiene pasages tan fuertes y vehementes, que no serian impropios del ímpetu y de la fogosidad del griego Demostenes. Oxalá hubiese sido mas breve y mas metodico, hubiese hecho mas importantes las narraciones, y no se hubiese dexado llevar á veces de metáforas y alusiones poco oportunas, que enfrian

el calor de la oracion y disminuyen su fuerza y gravedad. Pero sin embargo Linguet puede llamarse el orador del foro moderno , aunque en un grado muy inferior á los célebres oradores del antiguo, y en un estilo muy diverso , no solo del usado por los Demostenes y Cicerones , sino tambien por Bourdaloue y por Bossuet. Ahora pues , mirando en general por toda la Europa la eloqüencia forense , apenas encontraremos que pueda gloriarse de tener entre los modernos algunos seqüaces , que le den verdadero honor , y solo podrá presentarnos con algun decoro al inglés Pitt en las materias políticas , y al frances Linguet en las judiciales. Si naciesen otros oradores , que abandonando los juegos de ingenio y los defectos del estilo moderno, diesen mayor energía y magestad á la oracion , é introduxesen en sus discursos aquel tono patetico , que puede convenir á nuestro foro, podriamos con razon esperar que volviesen los Eschines, los Demostenes y los Cicerones, y que se hicie-

ciesen nuevos progresos en la eloquencia forense. Y ahora, dexando esta á un lado, pasaremos á dar una ojeada á la didascalica, que es mas importante en nuestros dias.

CAPITULO III.

Eloquencia didascalica.

Los primeros escritores prosaicos, que vió la Grecia, pertenecen á la eloquencia didascalica; y si bien los Griegos no tuvieron despues esta en aquel aprecio en que tenian la forense, sin embargo no faltaron entre ellos sugetos ilustres, que se dedicasen á cultivarla, y le diesen un esplendor, que pudo igualar al de la forense tan estimada. El filósofo Ferecides, como hemos dicho arriba (a), fue el primero, que abandonando los grillos del verso, introduxo entre los Griegos el uso de escribir en prosa, y Ferecides tratan-

Origen de la eloquencia didascalica.

Tom. V.

Z

do

(a) Cap. I.

do en sus escritos argumentos filosoficos, dió principio á la eloqüencia prosaica con la introducion de la didascalica. Pero esta, nacida apenas en las manos de Ferecides, no podía hacer oír mas que su terna balbucencia: el lleno de su voz no pudo oírse hasta que con el cuidado y fatiga de muchos nobles ingenios llegó á mayor grandeza, y tomó mejor forma. Los pitagóricos empezaron á darle mayor sublimidad; puesto que, como dice Dionisio de Halicarnaso (a), usaron una magnífica y copiosa oracion, que de algun modo se acercaba á la poesia. Democrito, aunque no fuese de la secta pitagorica, era sin embargo imitador de los pitagóricos, como dice Trasillo citado por Laercio (b); pero singularmente parece que los imitase en el estilo, usando como ellos una diction sublime y poética. Ciceron (c) pone á Democrito al lado de Platon, y dice de la locucion de ambos, que por

(a) *De vet. Script. cens.* (b) *Democr. VI.*

(c) *Orat. XX.*

arrojarse con ímpetu y ardor , y por usar de un clarísimo resplandor de palabras , aunque distase del verso , era tenuta de muchos por poética. Timon , segun Laercio (a) , nos describe tambien á Democrito como autor ameno y gracioso ; pero ni de los pitagóricos ni de Democrito nos ha quedado monumento alguno para poder juzgar de las gracias de su estilo. A Xenofonte y á Platon debemos recurrir para encontrar los primeros exemplares de eloquencia didascalica. ¿Quantos elogios no dan todos los antiguos , tanto griegos como romanos , á la dulzura y suavidad de Xenofonte , llamado generalmente *Abeja atica* por sus melifluos y delicados escritos ? Xenofonte puede ser tenido por el Isócrates de la eloquencia didascalica , aunque la suavidad de Xenofonte me parece mas sólida, y de un sabor mas grato y sano que la de Isócrates , la qual , como hemos dicho arriba , puede á veces parecer sobrado dulce y fastidio-

Xenofonte.

(a) VIII.

sa. Isócrates se ocupa demasiado en la pulidéz de los periodos , en la cadencia de las clausulas , en buscar las comparaciones y las contraposiciones , y en otros adornos , que pueden parecer pueriles. Xenofonte saca su dulzura de la eleccion, propiedad y claridad de las palabras , de la pureza de las frases , de la justa colocacion y del buen orden de todas las partes de la oracion , con lo que forma una diction tan dulce y delicada , que quien tenga el paladar algo griego no puede leerlo sin percibir una muy agradable suavidad. Ademas de la dulzura de Xenofonte encuentro en sus escritos didascalicos orden y metodo, precision y claridad, y una verdadera y sólida doctrina, un discreto y justo modo de pensar, y una cierta facilidad y gracia en exponer sus pensamientos , que sin la fuerza y el convencimiento de una vehemente eloqüencia se insinúa en el animo de los lectores, y dulcemente les persuade todo lo que les dice. Platon tiene una fama mas universal , y mas merito en este genero de eloqüen-

Platon.

quencia; y si Xenofonte es el Isócrates de los filósofos, Platon será con igual derecho su Demostenes. La elevacion y sublimidad de los pensamientos, la nobleza y energía de las expresiones, la sonoridad y armonía de los períodos, y la pompa, ornato y magestad de toda la oracion, han hecho que Platon sea el oráculo de los filósofos, y el modelo de los oradores y de todos los escritores eloquentes. Pero pasando á examinar separadamente la parte didascalica de su eloquencia, la facundia platónica parece un río lleno é impetuoso, que arrebatá y arrastra quanto se le pone delante; él enagena y lleva el animo de los lectores donde gusta llevarlos, y si no siempre convence su entendimiento, ni le persuade quanto quiere, sin embargo seduce y encanta su imaginacion, y les hace leer con gusto hasta aquellas sus originales extrañezas, que no creen, y que tal vez ni aún entienden. Un lector de imaginacion viva y sensible, facilmente se dexará deslumbrar del esplendor platónico, y complacien-

ciendose con aquellos luminosos pensamientos, y con tantos preciosos y ricos adornos de su diction, sufrirá de buena gana su deslumbramiento, sin ir á examinar con individualidad la solidez y realidad de todas las partes de la eloquencia. Pero un frio y reflexivo filósofo no siempre quedará satisfecho de su seductora facultad, le desagradarán muchos exemplos de sus inducciones sobrado largas, que hacen lento el curso del tratado, cortará los excesivos adornos de algunas figuras, que á veces obscurecen la oracion, y deseará en muchos de sus discursos mas claridad y precision en las ideas, mas cuerpo y substancia en la doctrina, y mejor orden y metodo en su exposicion. La sublimidad del espíritu arrebató á Platon fuera de sí y sobre las cosas materiales, y haciendole perder de vista los objetos sensibles, no le dexa gustar mas que de ideas abstractas, y á veces vanas é ininteligibles. Ademas de esto muchos de sus dialogos, con titulos los mas pomposos, contienen muy poca doctrina sobre la materia pro-

-ncio

- pues.

puesta, y se pierden en sutiles cavilaciones. ¿ Quien no se promete los mas profundos tratados sobre la virtud en el *Menon*, sobre la amistad en el *Lisias*, sobre la santidad en el *Eutifron*, sobre el sumo bien del hombre en el *Filebo*, y sobre tantas otras sublimes y dignas materias en otros muchos dialogos de Platon? ¿ Y qué encuentra despues en ellos sino definiciones de nombres no siempre justas, algunas preguntas fraudulentas y muchas importunas, respuestas á veces insipidas y fingidas caprichosamente, digresiones por lo comun bellísimas, pero poco gratas al impaciente lector, que siempre quiere adelantar en el asunto, sin divertirse á otros objetos, y poco ó nada de sólido é instructivo en las materias que desea conocer? Quando Platon en el *Timeo*, en la *República*, en las *Leyes* y en otros dialogos semejantes dexa correr su generosa y libre facundia espere tesoros de sublime doctrina; pero quando quiere sujetarse al método ostentativo, y á la ironía é induccion de Socrate

crates, se pierde tras pequeñeces y sutiles vanidades. Quando trataremos de la eloqüencia dialogal deberemos hablar nuevamente del método socratico y del estilo de Platon : y asi ahora recomendandolo , como es en realidad , por principio y cabeza de los escritores didascalicos , lo dexarémos á un lado ; y siguiendo el curso de la eloqüencia didactica nos dedicarémos á exâminarla en Aristoteles y en Teofrasto. En el dia miramos á Aristoteles como filósofo , y no como escritor eloqüente ; pero los antigüos no alababan menos su eloqüencia que su filosofía, Dionisio de Halicarnaso propone á Aristoteles como exemplar digno de ser imitado por la suma gravedad y claridad de la locucion , y por la suavidad y varia erudicion (a). Ciceron en varios lugares de sus escritos recomienda el nervio y fuerza , y , lo que causa mas admiracion, la increíble copia y la suavidad de la oracion de Aristoteles , quien es para él,

Aristoteles.

...o oborbm la s... ex

(a) *De vet. Script. cens.*

exceptuando siempre á su adorado Platon , el príncipe de los filósofos , y el mas ingenioso , el mas agudo , el mas nervioso y robusto de los escritores (a). Quintiliano reconoce tantas prendas en Aristoteles, que no sabe si debe respetarlo y llamarlo esclarecido é ilustre mas por la inmensa doctrina de las cosas, que por la copia de los escritos , por la suavidad del estilo , por la agudeza de las invenciones, ó por la variedad de las obras (b). Se han perdido enteramente muchas obras de Aristoteles , y sabemos á quantas vicisitudes han estado sujetas aún aquellas mismas que se han conservado , asi que no podremos formar un seguro juicio de todas las prendas de su estilo. Dexemos á un lado sus escritos dialecticos y fisicos, ó antes bien metafisicos , que cabalmente han sido los que en los tiempos de ignorancia le han adquirido el antonomastico nombre de filósofo , pero que están muy alterados y oscuros para que nos puedan

Tom. V.

Aa

pre-

(a) Brut. *De Orat. Top.* et alibi. (b) Lib. X, c. I.

presentar una verdadera idea de las prendas de Aristoteles : y pongamos la atencion en los morales , en los políticos , en el arte retorica , en la poética , y en la historia de los animales, donde puede mejor reconocerse su eloqüencia, tan celebrada por los Griegos y por los Romanos. Algunos tal vez no podrán encontrar la increíble copia que en los escritos de Aristoteles recomienda Ciceron (a) , ni percibirán aquella suavidad celebrada no solo por Tulio, sino por Dionisio y por Quintiliano ; pero la doctrina , la erudicion, la agudeza de las invenciones , la gravedad, la precision y exâctitud, el vigor y nervio de la elocucion se echan de ver con bastante claridad en dichos escritos, paraque aún sobre las otras prendas podamos con razon dar plena fe á los respetables testimonios de aquellos gravísimos autores. Buffon admira el grande ingenio de Aristoteles, que en la *Historia de los animales* ha sabido unir una increíble precision con

(a) In *Top.* I.

con un sumo orden y una singular claridad; y no encuentra palabras para alabar el plan de toda la obra y su distribucion, la eleccion de los exemplos, lo justo de las comparaciones, y un cierto orden en las ideas, que él quiere llamar caracter filosófico (a); y nosotros podemos con igual maravilla reconocer el mismo genio en las otras obras ya citadas, tal es el orden, metodo, precision y exâctitud, y la solidez y verdad de la doctrina y de su exposicion. Para elogio de la eloquencia de Teofrasto basta solo su nombre, pues Teofrasto. llamandose antes Tirtamo, Aristoteles, juez no menos severo que inteligente, embelesado de su eloquencia y dulzura, y de su divino modo de hablar, le puso el honorifico nombre de Teofrasto (b); y por la misma dulzura y suavidad lo eligió por sucesor en el magisterio de su escuela, como largamente lo refiere A. Gelio, quien llama á Teofrasto hom-

Aa 2

bre

(a) Tom. I. *Maniere de trait. l' Hist. nat.*

(b) Laert. in *Teophr.* VI.

bre de insigne suavidad de lengua y de costumbres (a). Ciceron no puede encontrar un escritor mas dulce que Teofrasto (b); y por ello nombrandole en una carta á Atico (c) lo llama su *amigo*, y segun el testimonio de Plutarco (d), acostumbraba honrar el estilo de Teofrasto, diciendo que formaba sus *singulares delicias*. A la tersura de los escritos del mismo daba Quintiliano el elogio de *divina* (e); y generalmente todos los antiguos alababan con particularidad la eloqüencia de Teofrasto. Nosotros no tenemos mas de aquel filósofo que la *Historia natural de las plantas*, y una buena parte de sus *Caracteres*. La *Historia de las plantas*, estando llena de menudas é individuales descripciones botánicas, no parece capaz de la dulzura y divinidad de la eloqüencia que se alaba en Teofrasto; pero el orden y metodo, la exácta disposicion de las materias, la claridad y precision en la

ma-

(a) Lib. XIII, c. V. (b) *De clar. Or.* XXXI.

(c) Lib. II, ep. XVI. (d) In Cic. (e) Lib. X, c. I.

manera de exponerlas, y la eleccion y propiedad de las notas características de las plantas, y de las palabras mas oportunas para expresarlas, un cierto manejo de las particulas griegas, que sirven para exôrnar la oracion, alguna espontanea y justa reflexion, y una armoniosa y conveniente colocacion de todas las partes, hacen morbidas y pastosas las descripciones, que en otras manos hubieran sido áridas y secas, y forman una diction armoniosa y suave digna del nombre de Teofrasto. Los *Caracteres*, aunque por lo comun reducidos tambien á descripciones y á pequeñas narraciones, dan campo para exercitar mas la eloquencia; y en efecto la agudeza y solidéz de los pensamientos, y la pulidez y finura de la diction hicieron que Estefano los mirase como la cosa mas elegante que se puede desear ó imaginar, y Casaubon como dignisimos de su divino autor, y hacen que todos los lean con sumo gusto, aunque la alteracion de los codices disminuya mucho el placer de la lectura. En aquellos
tiem-

tiempos era tan comun entre los Griegos la eloqüencia que no solo los filósofos , sino que hasta los mismos artistas , ocupados en el estudio de su arte, sabian usarla con felicidad. Ciceron dice de un célebre arquitecto llamado Filon , que con la misma maestria con que hizo á los Atenienses una armería , la qual , segun dice Plinio (a) , podia servir para armar mil naves, dió al pueblo con mucha eloqüencia una exácta y clara razon de su grande obra. El pintor Eufranor no era menos diestro en tomar la pluma , que en manejar el pincel , y con igual elegancia escribió volumenes sobre la simetria y qualidad de los colores, que pintó el *Teseo* y otros celebrados quadros (b). El mismo dios de la pintura , el grandè Apeles , no contento con divinizar el arte pictorica con sus maravillosas obras , la ilustraba tambien con sus escritos (c). Y de este modo todos los Griegos hacian digno uso del

(a) Lib. VIII , c. XXXVII. (b) Plin. lib. XXXV , c. XI. (c) Ibid. c. X.

apreciable don que recibian de las Musas de un ingenio sutil y agudo, y de un modo de hablar rotundo y lleno, armonioso y sonoro. Despues de Teofrasto no se encuentra otro escritor alguno eloqüente sino Demetrio Falereo, alabado y reprehendido por Ciceron, y por otros antigüos. Nosotros carecemos de las muchas obras que él escribió, y de que nos da noticia Laercio, y solo tenemos el librito *De la elocucion*, que corre baxo su nombre, aunque los criticos lo atribuyen á otro Demetrio, y que no puede dexar de acarrear gloria á quien quiera que sea su verdadero autor. En tiempo de Demetrio empezó á decaer entre los Griegos el amor á las buenas artes: un nuevo gusto en la filosofía hizo variar el bello estilo de los escritos filosóficos, y se disminuyó en todos sus ramos el amor á la eloqüencia. Epicuro instituyó una nueva y numerosa secta de filósofos, la qual lejos de buscar con el antigüo ardor los adornos de la oracion, los miraba con desprecio (a). Aris-

to-

(a) Cice. *De fin.* l. V.

tofanes el gramático reprehendía á Epicuro porque usaba un lenguaje sobrado familiar; y Timocrates, que habia sido discípulo suyo, lo tachaba de ignorante en lo que mira á la elocucion (a). Al mismo tiempo formaba Cenon otra secta filosófica, que distaba tanto de la molicie de la epicurea, quanto se le asemejaba en despreciar las gracias del lenguaje. Ciceron dice de los estoycos, que aunque todos eran sutilisimos en disputar, de modo que podian llamarse arquitectos de las palabras, pasando despues de las disputas escolasticas á una oracion mas libre y suelta, se encontraban enteramente pobres y desnudos (b); y empleando todo el estudio en las sutilezas dialecticas, no sabian usar una amena y fluida diction. Quintiliano dice igualmente, que los estoycos pensaron poco en cultivar la eloqüencia (c). Hemos referido antes los lamentos de Dionisio de Halicarnaso sobre el

aban-

(a) Diog. Laert. in *Epic.* VIII. et III. (b) *De clar. Orat.* XXXI. (c) Lib. X, c. I.

abandono de los filósofos , singularmente de los estoycos , y entre estos de Crispo , acerca de la composicion de las palabras , y del adorno y elegancia de la oracion : y mirando en general todos los filósofos griegos podemos decir con verdad , que los antiguos no alaban de eloqüentes otros escritos filosóficos , que los de Xenofonte y de Platon , de Aristoteles y de Teofrasto. Ciceron recomienda muchas veces la eloqüencia de Carneades , habla de Carmadas , de Melancio Rodio , de Estasea , y generalmente de los academicos y de los peripateticos , como de filósofos algo mas diligentes que los otros , y mas adornados y suaves en el language ; pero ni estos , ni otro griego alguno de aquella edad , se han adquirido nombre glorioso en la eloqüencia didascalica. Vino despues , en tiempo de Pompeyo y de Ciceron , Dionisio de Halicarnaso , no solo crítico juicioso , sino tambien escritor elegante. Galeno , que floreció algo despues , es famoso por su ciencia medica ; pero merece tambien honroso lugar en la

eloquencia didascalica por su clara , elegante y graciosa diction. El hebreo Filon llegó á escribir en griego con tal erudicion y elegancia , que fue tenido en mucho aprecio de los Griegos mismos. Pero de todos los escritores , que florecieron despues del siglo de oro de la Grecia, ninguno merece la estimacion que se le debe á Plutarco. Es verdad que los críticos notan su diction de aspera y dura ; pero la solidéz y profundidad de la doctrina , lo vasto y selecto de la erudicion , el orden y disposicion de las materias , la copia y fuerza de las razones , la propiedad y exáctitud de las comparaciones , la oportunidad de los exemplos , la variedad y sabiduria de las sentencias , el juicio , el buen gusto , la prudencia y el ingenio en todo el discurso de sus tratados hacen á Plutarco uno de los filósofos mas eloqüentes , y de los mejores escritores de la antigüedad. Luciano ha escrito poco de didascalico; pero en esto poco manifiesta siempre la amenidad de su ingenio, y la pureza y elegancia de su oracion. Aureo es en su

ge-

Plutarco.

genero el librito manual de Epitecto , tan substancioso en su sencillez , y tan lleno de santísima filosofía. El tratado del *Sublime* , que tenemos de Longino , hace ver que el autor no era menos escritor eloquente , que crítico juicioso. No hablaré de Máximo Tirio , de Plotino , de Proclo, ni de otros filósofos platonicos y aristotelicos , pues aunque fuesen mas correctos en el estilo que los otros coetaneos suyos , eran sin embargo mas imitadores y colectores de los pensamientos y de las frases de sus maestros y caudillos , que escritores originales; y pasaré á los autores latinos, que pueden competir con los Platonnes, con los Xenofontes y con los Griegos mas famosos , y que han sido , y merecerán siempre ser tenidos por exemplares y maestros de la eloquencia didascalica.

Los primeros escritos didascalicos que tenemos de los Romanos , son las obras de agricultura de Caton y de Varron. Eloquencia didascalica entre los Romanos. Caton escribió del arte militar y de otras materias , y los antiguos lo estudiaban para adquirir copia de palabras, y por el amor

á una eloqüencia solida , aunque falta de adornos; pero todos reconocian su estilo como aspero y duro : y su diction antiqüada y rancia en los libros de agricultura , que son los únicos que nos han quedado , es para nosotros sobrado obscura, y casi ininteligible, de modo que no podemos sacar ventaja alguna de su eloqüencia, y ni tan solamente nos dexa gozar de su doctrina. Columela (a) , despues de haber citado á Caton como el primero que hizo hablar en latin á la agricultura , nombra á los dos Sasernas padre é hijo, que mas diligentemente la instruyeron , á Scrofa Tremelio , que la hizo eloqüente, y á M. Terencio Varron, que la pulió. Nosotros no podemos hablar mas que de este último , por haberse perdido las obras

Varron. de todos los otros. Varron ha sido tal vez el hombre mas erudito de toda la antigüedad ; y filósofo , historiador , gramatico, orador , poëta y antiqüario , cultivó todos los campos de la literatura , y en to-

dos . y los antiguos lo estudiaban por
 (a) *De Re rust.* lib. I, I.

dos cogió copiosos frutos de vastísima erudición. Tenemos algunos fragmentos de muchos libros que escribió Varron acerca de la lengua latina, y tres libros sobre la agricultura, en los quales hubiera podido campear mejor su eloquencia; pero el continuo estudio de las cosas no le dexó tiempo para atender á las palabras, y el amor á la erudición y á la antigüedad, como sucede con sobrada frecuencia á muchos de nuestros antiqüarios y eruditos, hizo que gustase de algunas palabras y frases antiqüadas, y se cuidase poco de las flores y adornos de la oración, y de las gracias de un estilo culto. Además de los nombrados hasta aquí, quisieron algunos otros, citados por Columela, exponer las cosas rusticas en idioma latino. Ciceron nombra á Amafanio y á Rabirio como escritores de materias filosóficas, pero poco elegantes y pulidos. Vitruvio habla de algunos escritores de arquitectura, y otros citan algunos otros sobre diversas materias; pero han perecido todos los escritos de estos autores. Por mas

sensible tenemos la pérdida de algunas obras de Julio Cesar, que deben referirse á esta clase, porque es muy notoria la elegancia y delicadéz de su estilo, para que podamos dudar que quanto salió de sus delicadas manos no tuviese una extrema gracia y la mayor perfeccion. Igualmente habrán sido apreciables los libros que sobre la virtud, la paciencia, y otras materias filosóficas escribió Bruto, y que se igualaban, segun el testimonio de Ciceron (a), con los mejores libros de los Griegos. Pero para gloria de la eloqüencia didascalica de los Romanos bastan las obras de Ciceron. El dice repetidas veces de sí mismo, que estimulado del amor de la patria, y de su honor literario se habia resuelto á ilustrar varios asuntos filosóficos, y á emular las alabanzas de los Griegos en la eloqüencia didascalica; y su fecundo ingenio auxilió tan felizmente á su laudable celo, que llegó á superar la gloria de los mismos

Ciceron.

os oblicuo para han parecido Gri-

(a) *Ac.* lib I, III.

Griegos, que procuraba imitar. En efecto él ha adquirido la magestad y pompa de Platon, sin seguir la fantastica vanidad, y la ditirambica hinchazon, reprehendidas por los antiguos en su modelo. El tiene el nervio y vigor de Aristoteles sin su restriccion y concision, que á veces lo hacen obscuro y dificil. El respira por todas partes la dulzura y suavidad de Xenofonte y de Teofrasto, pero con mayor fuerza y energía, y con mas riqueza y copia de sentencias y de palabras. De modo que si su doctrina está comunmente tomada de los filósofos griegos, el orden y el metodo de tratarla, la distribucion de las materias, la claridad y la fuerza en exponerlas, la gracia en adornarlas, y todo lo que pertenece á la eloquencia, no debe atribuirse á otro que al soberano ingenio del maestro de la filosofia y de la eloquencia de los Romanos. No pueden leerse sus libros filosóficos y retóricos sin encontrar sumo deleyte al ver aquel sabio plan, aquel oportuno orden en todo el tratado, aquel gusto y juicio en las

sen-

sentencias y opiniones que abraza , a quella claridad y evidencia con que están puestas hasta las razones mas obscuras , aquella gracia y hermosura , aquella luz y esplendor , que se da hasta á las materias mas abstrusas , aquella copia y variedad de erudicion , aquella sublimidad y grandeza de pensamientos , aquella elegancia y pureza de expresiones , y aquella dignidad y nobleza , copia y fluidez, suavidad y armonía de toda su adornada y magestuosa oracion. Platon tiene la copia y riqueza de la diction, y la sublimidad de los pensamientos ; pero carece de un correspondiente orden en tratar las materias , y se abandona con frecuencia á extrañezas fantasticas. Aristoteles , mas prudente en sus tratados , puede parecer algo falto de las flores , y de los adornos de la oracion : Xenofonte suave y dulce no sabe dar á sus escritos gran fuerza de convencimiento , y peso de autoridad; y solo Ciceron ha podido juntar todas las dotes de la eloquencia , que corresponden á un maestro del universo. Asi que

no dudaré decir, que con razon pretenderán conservar su primacia Demostenes en la eloquencia oratoria, y Platon en la dialogal; pero que Platon y Xenofonte, Aristoteles y Teofrasto y todos los Griegos deberán sin disputa alguna ceder el campo á Ciceron en la didascalica.

Despues de haberse saboreado con la eloquencia de Tulio, no se puede encontrar particular gusto en contemplar la de los otros escritores latinos. Vitruvio en la prefacion habla de algunos escritores, que quisieron ilustrar la arquitectura, pero no obtuvieron muy feliz suceso; y el mismo Vitruvio aunque trató la materia con toda la erudicion y maestría del arte, no fué con la elegancia y gracias de estilo, que podian esperarse de un escritor de aquella edad. Celso fue un hombre encyclopedico, que dirigió su atencion á las cosas rústicas y á las militares, al derecho civil, á la filosofia, á la medicina y á todas las materias; y lo que mas distingue su universal saber, á todo aplicó las gracias y los adornos de un terso y li-

Vitruv.

Cels.

mado estilo. Leanse las graciosas cartas de Bianconi sobre Celso, y leanse mucho más las obras de medicina del mismo Celso, que casi son las únicas que de él nos han quedado, y sin dificultad se colocará al aureo Celso entre los escritores romanos del siglo de oro. La pureza y tersura de su diction le dan mucho derecho á esta literaria nobleza, para que se le pueda disputar; pero no por esto deberá concedersele tan de lleno, como algunos quieren, el glorioso nombre de Ciceron medico. ¿Quan frios y debiles no parecen el modesto ornato y la elegante tenuidad de Celso, á vista de la noble y magestuosa copia de Ciceron? Si acaso no llegó Columela á la pulidéz y tersura de la diction de Celso, no le cede ciertamente en las otras prendas de la eloquencia didascalica; y Columela y Celso son los dos escritores, que despues de Tulio pueden mejor servir de exemplares en este genero. Pero Seneca y Plinio son otros dos escritores de aquellos tiempos, que con gusto menos sano, y con estilo menos

Columela.

COR-

correcto, se han adquirido harto mayor celebridad. Sería una temeraria ignorancia querer disputar á Seneca un sutilísimo ingenio, una vasta y profunda doctrina y un espíritu perspicaz y sublime: tantos bellos pensamientos amontonados en sus obras, la copia y la agudeza de las razones que sabe hallar para probar lo que quiere, las muchas, profundas y justas reflexiones, y varios conceptos originales, sublimes é intrepidos, manifiestan un ingenio superior á la mayor parte de los mas celebrados filósofos, y nos hacen sentir que un ingenio tan grande no naciese en un siglo mas feliz, y no hubiese sido regulado por un gusto mas sano, y un juicio mas sólido. Que dulzura, que suavidad y que encanto no causarían los nobles y sublimes pensamientos, las sólidas y profundas sentencias, y las imágenes luminosas y grandes, si el autor hubiese sabido exponerlas con el orden y método, con la naturalidad y perspicuidad, con la madurez y gravedad, pompa y magestad de Ciceron, que él tantas veces

alaba y propone por modelo ! Pero Seneca se dexó llevar del amor entónces dominante á un estilo truncado y desunido, conciso y vibrado , conceptuoso y obscuro , que hace que muchos de sus mas nobles pensamientos aparezcan pequeños, secos y débiles : y su ferviente fantasía, y facunda imaginacion le hacen caer á veces en pensamientos sobrado sutiles, atrevidos y aún falsos, le presentan una exorbitante copia de exemplos , de comparaciones y de razones , que en vez de acarrear esplendor y amenidad á la oracion la hacen fastidiosa y desagradable , y le obligan á correr de uno en otro pensamiento , sin dexarle tratar con orden y exáctitud las materias , ni dar al estilo aquel enlace de imagenes , aquella fluidez y espontáneo descenso de una en otra sentencia , y aquel armonico complexó de todo el cuerpo del discurso , que hacen mas suave y profunda impresion en el animo de los lectores , que las imagenes brillantes , las agudas sentencias , las enfáticas expresiones y los adelgazados

conceptos , sin la conexi6n y el orden que requieren las materias. Por grande que fuese el ingenio de Seneca , conocido y alabado , y casi hecho proverbio en todos los siglos hasta el nuestro, el de Plinio debe en mi juicio ser tenido por mas prodigioso , y su obra puede llamarse el mas rico y precioso tesoro de toda la literatura. ¡Que vasto pielago de erudici6n, y que inmensidad de noticias curiosas é importantes no se encuentran en cada pagina de aquel singular y unico libro! La naturaleza toda en su infinita extension de cielos y tierra no llen6 el vasto ingenio de Plinio , y quiso éste con incomprehensible animosidad abrazar tambien toda el arte , y en una y otra se manifestó igualmente grande y sublime ; pero mirando separadamente su eloquencia, la sublimidad de las ideas, y la nobleza del estilo , dirémos con Buffon (a), dan mas y mas realce á su profunda erudici6n : no solo sabía quanto podia

Plinio.

(a) Tom. I. premier Disc.

„ saber en su tiempo , sino que estaba fa-
 „ miliarizado con la sublimidad de pensar,
 „ que multiplica la ciencia, y con aque-
 „ lla delicadez de reflexion, de que de-
 „ pende la elegancia y el gusto, por cu-
 „ yos medios comunica á sus lectores una
 „ cierta libertad de espíritu, y cierta osa-
 „ día en el discurrir, que son la semente-
 „ ra de la filosofía “: En efecto ¿ será po-
 sible encontrar pensamientos mas subli-
 mes, y que mas arrebatan y lleven fuera
 de sí el animo de los lectores, y les pre-
 senten ideas mas vastas y mas importan-
 tes? A veces una reflexion, una clausula,
 una expresion, un epíteto dicen mucho
 mas que los largos discursos, y los regu-
 lares tratados de otros escritores. Pero ca-
 balmente de esta su breve y concisa co-
 pia nace no poca dificultad y obscuridad
 en el estilo; y las palabras preñadas de co-
 sas, y las expresiones demasiado cargadas
 de sentencias envuelven un pensamiento
 con otro, y no manifiestan bastante sus
 bellezas, las quales quedan sobrado obs-
 curas y confusas, y en gran parte se ocul-

tan aún á aquellos mismos que las miran con ojos muy atentos y curiosos ; la osadía y sublimidad de sus pensamientos le hacen incurrir á veces en imagenes falsas , y en expresiones hinchadas ; y su brevedad y concision hacen la oracion truncada, vibrada , interrumpida y poco suave.

Ademas de estos dos famosísimos escritores hay algunos otros , que merecen ser alabados. Pomponio Mela , nombre respetable en la romana literatura, comunicó á la geografia el esplendor de las letras latinas : con brevedad y claridad , nos pone delante de los ojos los sitios que describe , y junta á la exâctitud científica la energía de la eloquencia. Paladio (*) escribió de agricultura en estilo sencillo y elegante ; y florecieron otros muchos en aquellos tiempos , quando aún no se habia extinguido enteramente el esplendor de la buena latinidad. Pero entre todos

(*) Es incierto el tiempo en que floreció Paladio ; pero lo referimos aqui dexando para los criticos el disputar sobre su verdadera época.

dos los autores didascálicos merece distinguido lugar el maestro de la eloqüencia romana Quintiliano. Su locucion no es tan tersa y pura como la de Celso y Ciceron : el corte, por decirlo así, de su periodo no tiene aquella rotundidad y elegancia , que tanto agrada en los escritores del siglo de oro , y que parece propia del language romano ; y aunque él , como perfecto conocedor de la verdadera belleza , procura evitar el truncado , conciso y conceptuoso estilo , que tanto reynaba en los escritos de los autores de aquella edad , con todo eso se resiente á veces de este gusto, y peca algo en duro, sin saber dar á su oracion la fluidéz, dulzura y pompa , que tanto recomienda en su maestro Ciceron. Pero sin embargo Quintiliano puede llamarse el escritor mas romano de su tiempo, y el mas amante y seqüaz de la aurea antigüedad. El ha conservado la copia y abundancia de palabras y de sentencias , la union y enlace de los pensamientos , la fuerza y solidéz de las razones , la variedad de las imagenes , la propiedad y

conveniencia de las comparaciones, el buen orden, y la correspondiente trabazon de todo el discurso. Y singularmente por lo que mira á la parte didascalica, será siempre la maravilla de los doctos la copia y perfeccion de la doctrina, que nada dexa que desear en la materia que trata á los criticos mas delicados, la exâctitud y utilidad de los preceptos, la viveza, perspicuidad y fuerza de las razones, y el orden y metodo en todo; y la obra de las *Instituciones oratorias* de Quintiliano será venerada en todas las edades, como el mas perfecto código de las leyes del buen gusto y de la sana eloquencia. Aquí es de observar la diversidad que se halla en la misma clase entre la eloquencia de Ciceron y Quintiliano, y la de Celso y Columela, como tambien de Seneca y Plinio, y ruego á los lectores que reflexionen quanto mas interesa y agrada la natural y libre copia y abundancia de Tullio y de Quintiliano, que la desnuda elegancia de Celso y de Columela, y la estudiada elevacion y buscado retoque de

Seneca y de Plinio, observacion que podria hacerse igualmente en los celebrados escritores modernos. Harto semejante al estilo latino de Quintiliano parece el *Dialogo de los bradores*, que falsamente atribuyen algunos al mismo Quintiliano, y otros á Tacito, y que ciertamente debe referirse á un hombre docto y elegante. No podremos hablar asi del estilo de Frontino, aunque á veces bastante elegante, pero vario y desigual; y mucho menos del de Apuleyo, afectado, hinchado é inculto. Mejor conservaron el decoro romano los escritores de jurisprudencia. Algunos fragmentos, y tambien algun tratado que tenemos de Pomponio, de Cayo, de Papiniano, de Ulpiano, de Paulo, de Modestino y de otros juriscultos se han adquirido la veneracion y el estudio de la docta posteridad, no menos por la gravedad y cultura del estilo, que por la solidez de la doctrina. Censorino, Julio Obsequente y Vegetio son escritores didascalicos, que por su estilo deben distinguirse del comun

de los escritores de aquella edad. Dexe-
mos á parte á A. Gelio, Firmico Mater-
no, Macrobio, Casiodoro, Boecio, Mar-
ciano Capela y algunos otros latinos, co-
nocidos y leídos de la posteridad por al-
gun mérito de doctrina y de eloquencia,
aunque rustica é imperfecta, y pasando
á tiempos posteriores aplaudamos entre
muchos escritores latinos didascalicos á
Vives y á Cano, cuyas obras *De Disci-*
plinis, y de *Locis Theologicis* se adquirie-
ron gran crédito en el siglo decimosexto,
quando tanto se apreciaban las gracias de
una buena latinidad, y de una sana elo-
quencia, y se alaban y leen todavía en el
nuestro, quando mas se buscan las pren-
das de la doctrina, y de la sólida filoso-
fia: alabemos á Aleiato, Cujacio, Agus-
tin y otros escritores, que entre las tinie-
blas de las ciencias legales hicieron ver la
luz de la romana jurisprudencia: reco-
mendemos á Mariana, Petavio, Huet y
otros teólogos, que en medio de la bar-
barie escolastica han sabido agradar á los
cultos oídos: honremos á Sadoletto, Sigo-

nio, Vavassor y tantos otros filólogos, que emplearon su latina elegancia en varios tratados didascalicos; pero pasemos á exâminar con mas atencion los laudables progresos que en estos tiempos ha hecho la eloqüencia didascalica en las lenguas vulgares.

Eloqüencia didascalica en las lenguas vulgares.

La vastedad y extension de la materia no nos permite seguir individualmente todas las cosas, aunque cada una de ellas merecería ser diligentemente ilustrada; asi que omitiendo los primeros escritores, que trataron argumentos didascalicos en las lenguas francesa, española, italiana y otras vulgares, descenderémos á tiempos mas cultos y fecundos, y empezarémos á exâminar en ellos los progresos de la eloqüencia italiana, que fue entónçes la primera en dar esplendor. Bembo puede decirse que fue el primero, que trató materias didascalicas en lengua italiana con alguna fuerte y adornada eloqüencia, aunque un largo y estudiado periodo, un confuso amontonamiento de palabras, y todo el curso de la oracion fastidioso y

Italiana en el siglo XVI,

pesado , hacen que los escritos de Bembo se les caigan de las manos á los lectores de nuestro siglo , que con razon buscan en los libros fluidéz y dulzura , facilidad y rapidez. El exemplo de Bembo fue seguido de muchos doctos italianos , y en poco tiempo las gracias de la lengua nacional se comunicaron á toda suerte de argumentos filologicos y filosóficos. Entre los primeros escritores didascalicos goza Casa de particular celebridad por lo justo de los preceptos , y por la elegancia y pureza del language ; pero sin embargo gusta de aquel giro de periodos , y de aquella transposicion de palabras , que entónces tal vez se creia propia para dar mayor gravedad á la oracion , y ahora nos parece que le da sobrada lentitud. Mirando la parte de la doctrina , Machiabelo es un escritor , que por la sutileza de los pensamientos , por la vastedad de las ideas , por la profundidad de muchas reflexiones , y no menos por el atrevimiento , y aún impiedad de algunas otras , y por sus maxîmas y opiniones ; unas

veces utiles, y otras perjudiciales, se ha hecho singularmente célebre, y, mas que los otros escritores coetáneos suyos, obtiene una fama universal entre las demas naciones, y se ha adquirido un distinguido y eterno nombre. Su estilo, natural y preciso, varonil y robusto, lo distingue tambien de los débiles y huecos escritores, que entónçes llenaban muchas páginas de elegantes palabras sin sentencia alguna. Pero en mi concepto, de todos los escritores didascalicos de aquella edad, ninguno como Castiglione ha sabido encontrar la verdadera eloqüencia, y dar armonía, ornato y elegancia á la locucion, sin enervar ni debilitar el discurso: poseido del gusto Ciceronianó ilustra con justas razones, con oportunos exemplos, y con comparaciones propias la materia que trata; y aunque amante y seqüaz del genio latínó, procuró tomar mas los pensamientos y el espíritu, que la colocacion de las palabras. A fines de aquel siglo, y á principios del siguiente empezó á introducirse mayor exáctitud y precision en los escri-

Del XVII.

critos didascalicos, y Sarpí y Galileo trataron materias abstractas y sublimes, teológicas y políticas, físicas y geométricas, con toda la exâctitud, nobleza y claridad que requieren los asuntos; pero Sarpí no supo hermosearlas con las gracias y con la elegancia del estilo, al paso que Galileo las adornó singularmente con los primores de la lengua, y con las gracias de la eloqüencia, que hacen que muchos sabios críticos italianos tengan el *Saggiatore* y otros escritos suyos por exemplares en su genero de eloqüencia vulgar. A imitacion de Galileo escribieron Castelli, Torricelli, Redi, Magalotti, y otros academicos del *Cimento*, discipulos ó seqüaces de aquel gran maestro de Italia y de toda Europa; y abandonando el modo de escribir frondoso y hueco de los autores del siglo precedente, se introduxo un estilo mas lleno y xugoso. Hacia fines de aquel siglo floreció Señeri, que es tal vez el mejor escritor que ha tenido Italia en la eloqüencia didascalica; y aunque su mayor celebridad la haya obtenido por la oratoria,

ria, los sabios críticos, no ménos en aquella que en esta, le estiman y reputan digno de que lo tomen por modelo los escritores de nuestros días. Pero es preciso fixar la vista en estos y en algunos otros pocos hombres facundos del siglo pasado, para no tener que llorar el tan deplorable menoscabo que entonces sufrió la verdadera y sólida eloquencia. Contribuyeron á reparar este da-

Del XVIII. ño las luces filosóficas de nuestro siglo, y desde el principio Gravina, Zeno, Maffei y algunos otros abandonaron la afectacion, la hinchazon y los otros vicios sobrado comunes á los escritores del siglo decimoséptimo; y estudiando la elegancia y cultura, la copia y rotundidad de los del antecedente, sin quererlos seguir en la pesadez y lentitud, se formaron una más fluida y natural eloquencia. Pero algunos tal vez no querrán aprobar enteramente en tales escritos todo el orden de la oracion, y encontrarán en ellos algo de transposicion y prolixidad, harto más sufrible que la usada en el siglo decimo-

séxto, aunque no bastante grata á sus delicados y filosóficos oídos. Entre los escritores didascalicos de este siglo celebra la Italia singularmente dos gentiles y graciosos autores, que son Algarotti y Zanotti. Estos no contentos con aplicar las gracias de la eloquencia á materias filosóficas y críticas, mas capaces de adorno y de hermosura, las emplearon tambien en otras mas aridas y secas; y no satisfechos de tratar con elegancia y claridad argumentos abstrusos y dificiles, quisieron ennoblecerlos con las gracias de un bello estilo. Zanotti, mas ciceroniano ó castiglionesco, conserva mas la gravedad y circunspeccion italiana; Algarotti, mas viváz y ameno, se acerca mas á la facilidad y al ayre frances; uno y otro tal vez manifiestan sobrado el estudio, y presentan un estilo poco desembarazado y franco; y Algarotti alguna vez, por querer ostentar amenidad y gracia de estilo, desciende á excesiva familiaridad y confianza; pero sin embargo son dos escritores dignos de ser recomendados y estudiados

por quien quiera seguir la eloquencia didascalica. El amor á la filosófica exactitud y precision, y á la fluida naturalidad y brevedad, ha tomado mas aumento entre los escritores modernos; y se ven algunos pocos, que sin malear la indole del idioma italiano, saben dar á los escritos mayor fuerza y rapidéz. Denina en sus escritos didascalicos guarda prudentemente el orden y enlace de las ideas, el natural y espontaneo descenso de una en otra sentencia, y la fluidéz y claridad de todo el discurso, de que tampoco se cuidan la mayor parte de los escritores modernos. Cesarotti escribe con agudeza de ingenio, con estilo rapido y vibrado, y con filosófica libertad. Se alaba en Beatinelli un modo de escribir franco y suelto, lleno de fuego y de vivacidad. Leen muchos con gusto las elegantes obras del florido Roberti. ¡Mattei quantos argumentos no ha tratado con novedad y amenidad de ideas, con copia de erudicion, y con facil y familiar eloquencia! Brilla con singular esplendor Carli por la sa-

gacidad de su ingenio, agudeza de su mente, vastedad de erudicion, profundidad de saber, y precision y exâctitud de estilo. ¡Que estrepito no ha causado en toda Europa la obra filosófica y política de Beccaria! Actualmente trata Filangieri la legislacion con estilo claro y con exâctitud filosófica. Tiraboschi y Serassi escriben, en sus discusiones didácticas, con pureza, elegancia y correccion. Spalanzani, Fortis y Rosa saben dar á la aridez de las cosas naturales, y de las materias fisiológicas, no solo exâctitud y precision de raciocinio, sino tersura y nobleza, y á veces tambien calor de expresion. Los españoles Exîmeno, Arteaga, Lampillas y algunos otros, empleando su ingenio en argumentos criticos y didascalicos, hacen uso del idioma italiano, y algunos pocos y ligeros defectos de language los recompensan tan felizmente con otras verdaderas prendas de buen estílo, que pueden compararse en la gloria de la verdadera eloquencia con los mas célebres italianos de su edad. Pero el juzgar con mas indi-

Exposición
de la obra
IVX

vidualidad del justo merito de la eloqüencia de estos, y de algunos otros pocos autores, que viven en el dia, y gozan una fama universal, lo dexamos para la docta posteridad; y abandonando la Italia, pasamos á ver los progresos que al mismo tiempo ha hecho en España la eloqüencia didascalica.

Española
en el siglo
XVI.

La lengua española, como ya hemos dicho, habia hecho desde el siglo XIII grandes adelantamientos hácia la culta y verdadera eloqüencia; singularmente en la parte didascalica; pero no llegó á coger los deseados frutos hasta principios del siglo XVI. Alabese enhorabuena el celo y cuidado del Rey Alfonso X en enriquecer y pulir el nativo language con obras legales, astronomicas, filosóficas y de todas materias: busquen é illustren los doctos nacionales algunos escritos didascalicos del Infante Don Manuel, de Pedro Lopez de Ayala, de Don Enrique de Villena, de Diego de San Pedro y de otros antiguos é illustres españoles; pero nosotros empezaremos á examinar la eloqüencia didas-

clásica española en las obras mas universalmente conocidas, y estimadas de todas las naciones como verdaderamente eloquentes. Para gloria de los Españoles el primer autor de semejantes obras se elevó tanto, que obtuvo el credito de eloquente sobre todos los de su tiempo de todas las naciones, y se ha adquirido las alabanzas y el estudio de los posteriores. Este fue el célebre Antonio de Guevara, cuyas obras lograron desde luego tanta fama, que fueron buscadas, no solo de los Españoles, sino tambien de toda la culta Europa; y hablando particularmente de su *Marco Aurelio* dice Casaubon (a), que „ apenas se encontrará otro libro, fuera „ de la Biblia, que se haya traducido una „ y muchas veces en tantas lenguas, fran- „ cesa, italiana, inglesa, alemana, y tal „ vez en todas las otras de Europa, y que „ se haya reimpresso tantas veces en tan „ repetidas ediciones“. Y en efecto el eloquente Guevara, tanto en esta, como

(a) *Prolog. ad M. Ant.* lib. XII.

en las otras obras didascalicas, tiene tal pureza y cultura, tanta propiedad y elegancia en las frases y en las palabras, y tanta verdad y peso en las sentencias, que sino tuviese algunas transposiciones, aunque muy ligeras, y en menor numero que las usadas generalmente por los mejores italianos de aquella edad; sino conservase aún algunas palabras ahora ya antiqüadas; sino gustase á veces de ciertas metáforas, y de ciertos consonantes, que no agradan mucho á nuestros oídos, lo propondríamos aún ahora como modelo de eloqüencia didascalica; y de qualquier modo debemos mirarlo como uno de los escritores mas eloqüentes de aquella edad: Hernan Perez de Oliva hubiera superado á Guevara si huviese cultivado mas este genero de eloqüencia; y el pequeño ensayo que nos ha dado en su *Dialogo de la dignidad del hombre*, aunque lo dexó imperfecto, es una clara prueba de su elegante, culta, armoniosa, grave y robusta facundia. Dexo á parte al célebre maestro de mistica Juan de Avila, en cuyos es-

„ cri-

„ critos , como dice Andres Escoto (a) ,
 „ hay tanta energía, fuerza y eficacia , que
 „ persuade quanto quiere , arrebatá los
 „ sentidos , lleva fuera de sí á los lecto-
 „ res , y no solo los instruye , sino que
 „ los deleyta , y dulcemente los conduce
 „ á do quiera que los guie el ímpetu de
 „ su eloqüencia “; dexo á Santa Teresa
 de Jesus, en cuyo estilo, como dice oportu-
 namente Mayans (b) , hablarían los An-
 geles si hubiesen de hablar en idioma es-
 pañol ; dexo á La Puente , Rodriguez y
 otros muchos místicos , cultos y elegan-
 tes escritores , porque tal vez muchos lec-
 tores , poco dados á estas materias , no
 querran reconocer por obras de eloqüen-
 cia didascalica los libros de devocion ; y
 paso á Fray Luis de Granada, quien no sin
 fundamento es llamado de muchos el Tu-
 lio español. Aunque sus sermones fuesen
 tales , que , como dice el cardenal Fede-
 rico Borromeo (c) , causasen sumo gusto

(a) *Bibl. Hisp.* (b) *Orac. en alabanza de las obras de Don Diego Saavedra Faxardo.* (c) *D. Sagri Oratori.*

y consuelo á las pias y doctas personas que los leian , sin embargo la verdadera gloria de su eloqüencia no consiste , en mi juicio , en la oratoria , sino en la didascalica. Un aureo río de graves sentencias y de selectas palabras , una purissima y correctisima frase, y una dulcisima fluidez en toda la oracion hacen verdaderamente tuliana la eloqüencia didascalica de Granada, y sus apreciables escritos formaron desde el principio la agradable lectura de toda la culta Europa. En nada es inferior á Granada Fray Luis de Leon en sus obras teologicas y filosóficas *De los nombres de Christo* , y de la *Perfecta casada*. No me atrevo á decir si debe alabarse mas en estas obras la copia y nobleza de las sentencias , ó la pureza y elegancia de las palabras , si la suavidad y armonía , ó la energía, claridad , magestad y fuerza de su estilo. ¿ Que dire pues de la eloqüencia de Ribadeneyra en sus tratados filosóficos de la *Tribulacion* , y del *Principe christiano*? Obras mas verdaderamente tulianas no será facil encontrarlas en la eloqüen-

qüencia moderna. Son tambien adornados, magestuosos, fluidos y dulces Medina, Marquez y otros muchos españoles de aquella edad. Leyendo los elegantes y limados escritos de estos eloqüentes autores, el animo de un atento y culto lector se siente dulcemente conmovido, y goza de una indecible suavidad. Si les falta aquel brio, y aquella gallardía y amenidad, que hacen que se lean con gusto los modernos franceses, lo recompensan muy bien con la florida pompa, y con los dignos ornamentos de los antigüos latinos que se han propuesto imitar: y si en sus tratados se hubieran dedicado á ilustrar argumentos, que mas universalmente excitasen la comun curiosidad, y en su modo de pensar hubiesen seguido mas una sabia y filosófica libertad, sin los grillos de una timida sujecion, formarian aún en nuestros dias las delicias de los cultos lectores, como las formaron en el celebrado siglo XVI. Algo despues, esto es á principios del XVII, florecieron dos insignes españoles, Quevedo y Saavedra,

Del XVII

cuya eloquencia es recomendada por sus nacionales con muchos elogios. Yo concederé sin repugnancia á Quevedo sutileza, viveza y amenidad de ingenio, y agudeza y gracia de expresion; y dexando á un lado sus obras jocosas, en las quales los pensamientos falsos, los juegos de vocablos, y algunas baxezas disminuyen mucho la verdadera y sólida gracia, en las serias, que mejor pueden llamarse didascalicas, alabaré la pureza de las palabras y la tersura de las frases; pero la vibracion y concision del estilo conceptuoso, no libre enteramente de falsos pensamientos y de importunos juegos de vocablos, no me dexan contar á Quevedo entre los célebres maestros de la eloquencia española. De harto mejor gusto debe reputarse Saavedra, quien dice haber puesto particular cuidado en formarse un estilo sublime sin afectacion, y breve sin obscuridad (a): y aunque se resiente á veces del gusto dominante ya entónces, de un estilo conciso

(a) Pref. á la idea de un Prínc. pol. christ.

ciso y vibrado, metafórico, conceptuoso y agudo, el qual no está siempre tan exento como él quisiera de toda vislumbre de afectacion, sin embargo es generalmente tan armonioso y suave, puro y elegante, claro y energético, que su libro de la *Idea de un Principe christiano* puede muy bien tomarse por modelo de estilo didascalico; y ha tenido razon Mayans en su *Retórica*, para recurrir con frecuencia á este libro por exemplos de casi todas las prendas de la eloquencia. El estilo de Saavedra parecerá á muchos, y es en realidad, más brillante, y de mas vehemencia y calor que el de los autores del siglo antecedente; pero yo confesaré con libertad, que me embelesa mas la sencilla y natural magestad, y la espontánea y fluida copia de los escritores precedentes, que la estudiada elevacion y brevedad de que se gloria Saavedra. El universal perevertimiento de aquella edad no nos presenta despues de Saavedra escritor alguno didascalico, que merezca particular alabanza. Gracian logró una fama uni-

Del XVIII.

versal, y ciertamente estuvo dotado de mucha agudeza de ingenio y de una viva imaginación; pero cayó también en todos los defectos de su tiempo, y siguió los juegos de vocablos, los pensamientos falsos y los conceptos sobrado sutiles y frios; y generalmente los escritores, que se adquirieron algún nombre de elegantes, fueron los que más incurrieron en los vicios de aquella edad. En este siglo Nasarre, Luzan, Montiano y algunos otros doctos españoles abandonaron el depravado gusto de sus predecesores; pero no obtuvieron particular crédito de eloquentes; y el erudito Mayans, aunque no haya encontrado general aprobación en todas las prendas de un buen estilo, es sin embargo aplaudido de todos por la pureza y exactitud, por la tersa simplicidad y correcta naturalidad de su dición, y deberlo mucho más por el celo, y por las luces con que ha promovido el estudio y los progresos de la eloquencia nacional. Pero de todos los escritores didascalicos de España ninguno ha obtenido en este

siglo aplauso más universal , que el doctor benedictino Feijoo. La variedad y amenidad de las materias ; la erudicion , crítica y agudeza de ingenio con que las trata , y la novedad que entónçes causaban tales argumentos á la mayor parte de los Españoles , debian acarrear maravilla y gusto á los lectores de su obra. Pero pasando á su eloquencia , creo , que el orden en exponer las materias , la fuerza y vehemencia en proponer sus razones , y apoyarlas con oportunas comparaciones y exemplos propios , la sagacidad en prevenir las objeciones , y la destreza en satisfacerlas enteramente , el arte de hacer algunas cosas gratas y amables , otras ridiculas y otras odiosas , dan derecho á Feijoo para obtener sin disputa alguna las alabanzas en la eloquencia didascalica ; ademas de que su locucion resplandece con las luces de las figuras , y fluida y armoniosa corre con maravillosa rapidéz. Pero la continua lectura de libros franceses , lo nuevo de las materias poco manejadas de los escritotes españoles , y su

37
po-

poco ó ningun estudio de la lengua nativa, y de sus autores clásicos; dan á su elocucion una forma algo nueva, y un cierto ayre de peregrina; y la privan de aquella fuerza, y de aquel gusto de lenguaje, que hacen tan suaves y sabrosos, sólidos y vigorosos los escritos de los autores antes celebrados. Posteriormente en estos últimos años algunos discursos didascalicos de Clavijo, de Rios, de Campmany, de Ayala, de Sempére y probablemente los de otros muchos, que no han llegado á mis manos; pero que veo muy alabados, prueban que no solo se ha desterrado de España el corrompido estilo del siglo pasado, sino que el buen gusto en escribir se hace bastante familiar y comun entre aquellos nacionales.

Francesa. Pero sin embargo es preciso confesar, que en esta parte todas las lenguas deben ceder la gloria á la francesa, y reconocerla por maestra. ¿Donde pueden encontrarse tantos autores clásicos en este genero de eloquencia; y tantos y tan diversos exemplares de estilo didascalico? No habla-

ré de Montagne ; aunque autor original, lleno de vivacidad y de imaginacion, ni de Charron , ni de otro alguno escritor frances de aquel siglo, ni de principios del siguiente, porque su lenguaje es ya antiquado , y porque el glorioso siglo de Luis XIV se lleva toda la atencion del que quiere exâminar los progresos de la eloquencia francesa. En esta clase de escritores eloquentes debe colocarse Malebranche, aunque solo sea conocido como filósofo, puesto que su estilo, como dice justamente d' Alembert (a), ofrece el mejor modelo para escribir las obras filosóficas : él hace hablar á la filosofia en el lenguaje que le corresponde , y en aquel solo que es digno de ella ; enseña á ser metódico sin aridez, individual sin verbosidad, afectuoso y sensible sin falso calor, grande sin violencia y noble sin hinchazon. A la misma clase tienen igual derecho que este filósofo dos teólogos, el puro y delicado Nicole, y su compañero el tan celebrado Arnaud, en

(a) *Elog. pref.*

en quien , sin entrar en la verdad y exactitud de la doctrina , y de las cosas que dice , podemos sin disputa alguna alabar el metodo y el orden de las materias , la union y el enlace de las pruebas , y la variedad y belleza de las imagenes y de las expresiones. Harto mayor credito se adquirió otro compañero suyo , el famoso

Pascal. Nadie mas que yo conoce y confiesa , no diré la malignidad , pero si la preocupacion que dirigió su pluma en las cartas provinciales , y la insubsistencia y falsedad de las doctrinas , de los hechos y de las interpretaciones que alli se refieren ; pero conozco tambien que la nativa elegancia , amenidad y claridad , la artificiosa simplicidad , la fuerza y energía en las cartas , que la requieren , la destreza en dar á todas las cosas aquel aspecto que mas conviene á su intento , y el ayre picante de escarnecer y ridiculizar todo lo que quiere , forman un estilo encantador , capaz de seducir á los lectores mas ilustrados. Pero sin embargo diré , que leyendo con animo tranquilo é imparcial aque-

aquellas cartas, encuentro una cierta monotonia, que llega á enfriarme en la lectura, y á causarme algun fastidio: cada una de las diez primeras cartas es una visita y un dialogo; las explicaciones y las objeciones se hacen siempre con demasiada uniformidad; y en las subsiguientes se repiten varios puntos tocados antes. Y ademas de esto es preciso confesar, que se ve con sobrada claridad la pasion del escritor, para que pueda agradar plenamente á un lector imparcial. Dexando aparte muchas falsedades y alteraciones, que solo pueden conocerlas las personas versadas en tales materias, observa con otros muchos Voltaire, que todo el libro está apoyado sobre un fundamento falso, atribuyendo á todo un cuerpo las opiniones de algunos particulares, que igualmente hubiera podido atribuir á qualquier otro cuerpo, y queriendo culpar á una sociedad de hombres cultos y religiosos de un premeditado designio de corromper el genero humano, lo que no es creible en ninguna secta ó sociedad la mas

malvada y barbara. De otro gusto son los pensamientos del mismo Pascal, los quales lejos del amable y ameno estilo de las cartas provinciales pecan tal vez en biñosa melancolia. Estos no tienen aquella union y enlace, que forma un todo bien ligado, y una obra verdaderamente didascalica é instructiva; pero presentan una sublimidad, una exâctitud, una fuerza y una verdad, que dexan harto profunda impresion, y bastante clara persuasion en el animo de los lectores. No es poca gloria para la eloquencia francesa el poder contar escritores didascalicos del merito de los nombrados hasta aqui, y singularmente de Pascal. Però á que alto grado no se eleva su honor al presentarnos el Platon y el Tulio frances, el gran Bossuet! *Cedite romani scriptores, cedite Graeci,* podra exclamar con razon la Francia. Ni los Bembo, ni los Castigliones, ni los Granadas, ni los Leones, ni los Ribade-neiras pueden estar al lado de un Bossuet. El mismo Pascal, con todos sus sublimes y grandes pensamientos, quan pequeño

Bossuet.

no parece en comparación de Bossuet! Los Griegos mismos y los Romanos no pueden gloriarse de una alma mas sublime, un ingenio mas vasto y un espíritu mas penetrante que el de el gran Bossuet. Solo el *Discurso sobre la Historia universal*, presenta una obra muy superior al *Timeo*, á la *República de Platon*, y á todos los tratados didáscalicos de Platon y de Tulio, para que pueda hacerse comparación entre ellos. Donde se encontrará un argumento tan vasto y tan grande? donde un plan tan inmenso? donde una execucion tan acabada y perfecta? Seguir los pasos de la divina sabiduria en la creacion, y en el gobierno del universo, presentar un quadro del genero humano en su nacimiento, en sus progresos, en sus luces, en sus errores, en la formacion, y en la revolucion de los imperios, en el establecimiento de las leyes, en la reforma de las costumbres, manifestar la Religion en su verdad y en su espíritu, poner claros y casi visibles sus misterios, justos y amables sus preceptos, y en suma presentarlos en su

divinidad, es una empresa á que no podian llegar los mas generosos y sublimes ingenios de los antiguos, de que no era capaz la debilidad de los modernos, y que solo era digna de la superior alma de Bossuet. El, siempre igual á su atrevido asunto, adorna y engrandece los mismos objetos, que por su grandeza y hermosura parecían superiores á todo ornato y engrandecimiento; él pinta el genero humano con colores no conocidos todavia del arte humana; él explica los consejos y secretos de Dios con expresiones correspondientes á la divinidad; él en suma se eleva tanto sobre el espiritu de los otros hombres, que parece tener algo de sobre humano y divino. ¡Qué orden en las ideas! que exactitud y profundidad en las reflexiones! que extension y elevacion en las miras! que nobleza y grandeza en las expresiones! que fuerza, que energía, que rapidez, que belleza, que magestad, que decoro en todo el curso de la oracion!, Este discurso, dice justamente Voltaire (a),

no

(a) *Siecle de Louis XIV.*

„ no ha tenido ni modelos ni imitadores; y
 „ su estilo solo ha encontrado admirado-
 „ res.“ Si este discurso de Bossuet debe con
 razon ser tenido por la obra magistral de la
 eloquencia didascalica, las otras obras del
 mismo autor no desdican de este discurso, y
 en todas se descubre la mano del gran Bos-
 suet. El orden, la claridad, la precision y
 la evidencia que introduce en la *Exposicion*
de la doctrina catolica, hacen comparecer á
 nuestra fé razonable y digna de veneracion
 en sus sagrados dogmas. Salen de su pluma
 rayos de luz, que hacen mas que bastan-
 temente creibles, y aún evidentes los tes-
 timonios del Señor. ¡ Que profundidad y
 plenitud de saber, que sólido y seguro
 juicio, que agudeza de ingenio, y que
 fuerza de racionio en sus *Advertencias*
á los Protestantes sobre las cartas de Ju-
riev! Que exáctitud y precision, que vi-
 gor y que energía de estilo en todos sus
 escritos didascalicos! Con mas tranqui-
 la y placida luz resplandece Fenelon, el
 qual sino tiene el ímpetu y la fuerza de
 Bossuet, manifiesta mayor fervor y mas
 pe-

penetrante suavidad. En sus obras filosóficas y filológicas junta con el método, precisión y pureza, la claridad, amenidad y elegancia. En las ascéticas y teológicas sabe introducir tanta dulzura, y tales gracias y atractivos, que hace amable la piedad á aquellos mismos que no quieren seguirla: su diction siempre elegante se eleva sin esfuerzo, y se acalora sin afectacion y sin violencia: el sentimiento y el afecto salen del alma del autor, y se introducen en nuestro corazon; y por todas partes se siente una eloqüencia persuasiva, que irresistiblemente se insinua en el animo de los lectores. Ademas de estos escritores, singularmente ilustres y esclarecidos, es famoso el célebre la Bruyere, cuyos *Caracteres* inimitables hacen ver en él un ingenio verdaderamente original, y un escritor eloqüente; famoso Rochefoucault, autor lleno de observaciones profundas, y de pensamientos, no solo nuevos, sino expuestos de un modo todavia mas nuevo; famosos otros muchos escritores de aquella edad, los cuales tienen una tan

La Bruyere.

Rochefoucault.

sana y vigorosa eloquencia, que podrían ellos solos formar el esplendor de una nacion. Viene despues de estos el canciller d' Aguesseau, y puede ser reputado como el último residuo del feliz siglo de Luis XIV, á quien su eloquencia forma digna y brillante corona. Una fecunda imaginacion, un sólido y seguro juicio, una selecta erudicion, un justo y profundo raciocinio, una noble y grave diction forman de los escritos de Aguesseau obras no menos agradables que utiles é instructivas, y hacen que su eloquencia sea digna de Pascal, de Bossuet, de Fenelon y de los felices y gloriosos tiempos de la eloquencia y de la literatura. Al mismo tiempo que de Aguesseau florecia con mas universal credito Fontenelle, quien puede considerarse como autor de un nuevo estilo, y como dice des Fontaines, como *cabeza de una secta de la que no es él*. La mayor parte de sus pensamientos, continúa diciendo el mismo des Fontaines, son bastante justos é ingeniosos, por mas que algunos sean abstractos y algo

d' Aguesseau.

Fontenelle.

,, sofisticos , y otros sepan á la sutileza de
 ,, Seneca , á la simetria de Plinio , ó á la
 ,, obscuridad de Tácito , tres autores cé-
 ,, lebres , aptos para enriquecer un inge-
 ,, nio maduro , y para perficionar un gus-
 ,, to formado ; pero capaces igualmente
 ,, de formar espíritus falsos , y escritores
 ,, intolerables. Vemos que los escritos
 ,, de Fontenelle han producido estos ma-
 ,, los efectos : ellos jamas se leen sobrado ;
 ,, pero quien los lea y los admire , antes
 ,, de haberse formado sobre el estudio de
 ,, la naturaleza , de la buena antigüedad y
 ,, de los buenos modelos del siglo de Luis
 ,, XIV, no será mas que un extraño escri-
 ,, tor. “ A la verdad la grande reputacion,
 ,, que por muchos titulos se habia adquirido
 ,, Fontenelle , hizo que procurasen imitar-
 ,, lo muchos de sus nacionales , que faltos
 ,, del ingenio y de la doctrina , que anima
 ,, y ennoblece el estilo de su modelo , no
 ,, lo imitaron mas que con daño suyo , y
 ,, con deshonor de Fontenelle , quien pu-
 ,, do despues ser tenido por maestro de tan
 ,, malos discipulos. Pero si el exemplo de
 ,, Fon-

Fontenelle ha producido tan malas copias, sin embargo ha hecho nacer otras muchas no menos bellas: y si Fontenelle puede ser tenido por el modelo que se proponen imitar los que desean hacer ostentacion de ingenio, y por ello son frivolos y pueriles escritores, debe no menos ser reputado como caudillo de tantos respetables autores, que han hermoseado y hecho faciles las abstrusas y aridas ciencias con los adornos de la eloquencia. Entre sus muchas obras, llenas todas de vivacidad, de ingenio, y de amenidad de imaginacion, pertenecen mas á nuestro asunto de la eloquencia didascalica la *Historia de la Academia*, y los *Dialogos sobre la pluralidad de los mundos*. En la Historia de la academia con quanta claridad y precision no presenta á la inteligencia de todos las mas abstrusas y dificiles materias? Con quantas gracias de estilo no viste los objetos que parecen menos capaces de ello? Las mas sublimes discusiones expuestas por los mas esclarecidos ingenios, reciben nueva luz de la pluma de Fontenelle; y los autores

mismos se miran con mas complacencia en la Historia de la academia , que en sus propias disertaciones. La facilidad de su ingenio, y la vastedad de sus conocimientos lo hacen dueño de todos los asuntos que le vienen á las manos : y los vuelve y revuelve como quiere , y los presenta en aquella forma que mas le agrada , y que es mas propia para hacer que todos los conozcan y gusten de ellos. ¿Quién hubiera creído jamas que los sublimes puntos de la astronomía pudieran sujetarse á imagenes tan comunes y familiares , y hacerse tan claros y palpables hasta á las mugeres mismas , sino los hubiese visto tratados asi en los dialogos sobre la pluralidad de los mundos de Fontenelle? Tantas excelentes prendas de eloqüencia didascalica pueden muy bien recompensar un poco de afectacion de ingenio , algunos rasgos sobrado estudiados para causar novedad y admiracion á los lectores , algunas relaciones ingeniosamente buscadas donde menos parecia que pudiesen encontrarse , y otros pocos defectos de

su estilo; y Fontenelle con razon deberá ser siempre respetado como un escritor muy digno de alabanza. Amigo de Fontenelle, y de algun modo semejante á él en el gusto de escribir era la Motte, es- La Motte.
critor suelto, vario, florido, agradable y lleno de armonía, dulzura y suavidad. D' Alembert (a) forma un paralelo entre estos dos escritores, que referiré aqui en gran parte, porque nos puede dar una suficiente idea de su caracter. „ Ambos á „ dos, dice, llenos de exâctitud, de luces „ y de razon, se manifiestan por todas „ partes superiores á las preocupaciones „ filosóficas y literarias. Ambos á dos han „ abrazado en sus escritos aquel método, „ que tanto satisface á los ingenios justos „ y exâctos, y aquella agudeza tan pican- „ te para los jueces delicados; pero la „ agudeza de la Motte está mas clara, la „ de Fontenelle dexa mas que adivinar „ á sus lectores. Fontenelle y la Motte „ han escrito en prosa con mucha clari-
Hh 2 „ dad;

(a) *Elog. de la Motte.*

„ dad, elegancia y aún sencillez; pero la
„ Motte con una sencillez mas natural, y
„ Fontenelle mas estudiada. Fontenelle
„ fue superior por una extension de co-
„ nocimientos, que él ha tenido el arte de
„ hacerlos servir para adornar sus escri-
„ tos, y que dan á su filosofía mayor in-
„ teres, y la hacen mas instructiva, mas
„ digna de que se tenga en la memoria, y
„ que se cite; pero la Motte hace cono-
„ cer á su lector, que para ser tan rico y
„ capaz de citas como su amigo no le
„ ha faltado mas, como decia el mismo
„ Fontenelle, que *ojos y estudio*. Uno y
„ otro recibieron de la naturaleza un in-
„ genio versatil, que los hacia aptos para
„ muchos generos de escritos; pero tu-
„ vieron ó la imprudencia, ó la secreta ya-
„ nidad de probarse en un excesivo nume-
„ ro de ellos, y de persuadirse, que el es-
„ píritu puede recompensar el talento ó
„ el ingenio. Finalmente Fontenelle y la
„ Motte son ambos á dos escritores peli-
„ grosos para la juventud: la Motte por
„ sus paradoxas, y Fontenelle por los se-
„ duc-

,, ductores defectos de su estilo ; pero
 ,, ambos deben colocarse entre los escri-
 ,, tores filosóficos por las ideas siempre
 ,, ingeniosas, y algunas veces utiles, que
 ,, han esparcido sobre diferentes objetos
 ,, de la literatura. De un temple diver-
 so de estos dos es Montesquieu, autor pro-
 fundo y severo, en quien la gravedad de Montes-
 las materias comunica al estilo seriedad y quieu.
 circunspeccion. Tal vez no habrá habido
 en este siglo obra, que haya causado mas
 estrepito que el *Espíritu de las leyes* de
 Montesquieu: toda asercion suya era oida
 como la decision de un oráculo ; y nadie
 se atrevia á oponerse á su quasi infalible
 autoridad. Ahora empiezan algunos á
 apostatar de su culto, y llegan hasta po-
 ner en ridículo, y despreciar su adorada
 obra. No entraré á exâminar la exâctitud,
 ni la utilidad de sus sistemas y teorias,
 que á muchos no parecen de la mas sólida
 subsistencia ; no pesaré sus reflexiones ni
 sus razones, que encuentro por la mayor
 parte graves y sólidas, aunque de quando
 en quando se hallen algunas frivolas y li-
ge-

geras; pero mirando solo aquella obra como un libro de eloqüencia didascalica, ciertamente no puedo negarle muchas reflexiones profundas, y sutiles observaciones, algunas grandiosas imagenes, y energicas expresiones, y una vasta y oportuna erudicion; aunque sin embargo diré, que no puedo alabar el orden y el enlace de las materias, y de las sentencias, que quanto mas las leo, y las vuelvo á leer con atencion, tanto mas me parecen en muchas partes sueltas é inconexas; que no encuentro justa y debidamente tratados los argumentos que se propone, y muchas veces titulos grandiosos é importantes se dan por explicados en pocas lineas, con una reflexion, ó con un pequeño rasgo de erudicion, sin internarse en el fondo y en la substancia de los puntos, que excitan la curiosidad de los lectores sin satisfacerla; que no puede defenderse aquel tono enigmatico, y aquella reticencia que d' Alembert (a) cree efecto de una pruden-

(a) *Elog. de Montesquieu.*

dente cautela , pero que ciertamente causa obscuridad ; que no se observa un fluido y espontaneo descenso de ideas , y un sonoro y armonioso periodo , que hacen dulce y suave el curso de la oracion; que las clausulas truncadas , y los pensamientos sueltos , que en él se hallan frecuentemente, forman un estilo algo duro y pesado; y diré finalmente que no encuentro aquella obra tan deleytable y tan instructiva como la hubiera podido hacer el sublime ingenio , la facunda imaginacion y la vasta erudicion de Montesquieu, sino se hubiese abandonado á la profundidad de sus pensamientos , y hubiese buscado el metodo , el orden , la diction y el estilo que requieren la eloquencia didascalica , el buen gusto y el exemplo de los buenos maestros antiguos y modernos. Asi que el *Espiritu de las leyes* será siempre una obra digna de que la estudien con atencion los filósofos y los políticos, quienes ciertamente podrán sacar de ella copiosas luces y útiles ideas; pero no de que se proponga por modelo á los escritores,

que

que quieran adquirir buen nombre en la eloqüencia didascalica. Antes bien soy de dictamen, que el exemplo de Montesquieu mal entendido haya seducido á muchos espíritus débiles, que sin tener sus talentos y su doctrina, han querido afectar su reflexi6n y filosofia, é intempestivamente van buscando pensamientos, reflexiones y sentencias, y atormentando la paciencia de los sabios lectores; y Montesquieu podrá llamarse, en un gusto diverso del de Fontenelle, caudillo de una secta de la que no es él. Pero dexando aparte los vicios de estos célebres autores, y sus malos efectos, es cierto, que el exemplo de tan ilustres escritores ha producido la ventaja de excitar á muchos ingenios á adornar las materias arduas y abstrusas con las gracias de la eloqüencia. Maupertuis, Pluche, Nollet y otros muchos han procurado presentar asuntos filosóficos y matematicos adornados con un culto estilo. Condillac, no satisfecho de pensar con sutileza en materias metafisicas, politicas y de todas clases, ha pro-

cu-

curado explicarse con las gracias de la elo-
 quencia. Pero dexo á estos y á otros mu-
 chos escritores semejantes , y solo tomo
 por verdadero exemplar en esta parte á
 d' Alembert. ¿Quién no queda embelesa-
 do de aquel orden , de aquella precision,
 y de aquella perspicuidad con que él ve,
 y hace ver á sus lectores todas las cosas
 que trata? Su espíritu , geométrico , que
 tanta admiración ha causado á toda Euro-
 pa en las especulaciones cosmologicas ,
 en las hidrostáticas y en las analíticas , ha
 dirigido tambien su pluma en las filosófi-
 cas y filológicas , para tratarlas con aque-
 lla exâctitud, claridad y método , de que
 solo parecian capaces los escritos geome-
 tricos. ¡ Como presenta en su verdadero
 aspecto el asunto que se propone , desen-
 vuelve sus mas secretos pliegues , y forma
 las mas sutiles deducciones ! Con quan-
 ta sagacidad y delicadez no toca quanto
 conviene para su explicacion , sin tomarse
 la libertad de hacer digresion alguna á
 otros puntos , que directamente no le
 pertenezcan ! Con quantas bellas y filosó-

D. Alembert.

ficas luces esparcidas con naturalidad y oportunidad, con quantas comparaciones é imagenes propias y expresivas, con quantos ingeniosos rasgos, con quantas finas, pero sencillas y naturales expresiones no viste y hermosea sus escritos! Su filosofia no se toma la libertad, como con exceso lo hacen tantos de nuestros pretendidos filósofos, de omitir las gracias de una pura y elegante dición, y la armonía y sonoridad de los periodos, sino que antes bien su estilo corre terso y claro, fluido y rápido, armonioso y suave con una sencilla nobleza, y natural cultura. En suma los escritos de d' Alembert pueden en mi concepto servir de modelo de la eloquencia que requiere la mediocridad didascalica, en la qual no se desean tanto los rayos de la fogosa fantasia, quanto las claras luces de la tranquila razon; y deben llenar de confusion á tantos escritores, que con las convulsiones de un enfatico estilo, con los devaneos de una ininteligible metafisica, con un amontonamiento de sentencias y de conceptos, con

una xerga de palabras y de frases , y con una dición falta de armonía y de elegancia , quieren ser tenidos por exemplares de eloquencia filosófica. Entre todos los escritores de este siglo , y aún tal vez de los pasados , ninguno se ha adquirido fama tan universal como la que han gozado en nuestros días Rousseau y Voltaire, Rousseau. conocidos y celebrados , no solo de las doctas y cultas personas , sino hasta de la mas baxa é infima plebe. Y en efecto si la eloquencia no es otra cosa que el arte de hacer pasar con rapidéz , é imprimir con fuerza en el ánimo de los lectores el profundo sentimiento de que está penetrado el escritor , quien podrá alegar tanto Voltaire. derecho á la gloria de eloquente , como el que manifiesta Rousseau en sus escritos? El asienta proposiciones nuevas y extrañas , que chocan al principio ; pero acumula luego tanta multitud de razones , y las profiere con tal ímpetu y fuerza , que es preciso ceder á la violencia de su irresistible facundia , y sentir la fuerza de la persuasión de aquellas cosas mismas que

no se creen, y que no consiente la razon. Tanta novedad y vigor de pensamientos, tanta vivacidad de imágenes, tanta gallardía de expresiones, tanta copia y riqueza de palabras y de sentencias, tanta fuerza, energía y rapidéz en todo el discurso, arrastra y arrebatá con violencia la mente de los lectores, donde su extraño ingenio gusta de conducirla. De su ardiente pluma salen rayos y relampagos en vez de frases y palabras. No, no puede ponerse la vista en sus escritos sin que luego se sienta inflamar el pecho, herir el corazon, arrebatár el animo, y experimentar una universal conmocion de todos los sentidos. Pero si para juzgar de su eloqüencia, dexando sosegar los internos movimientos, se da lugar á la tranquila y fría razon, se verá sí, por todas partes energética y ardiente, colorida y brillante, pero se encontrará en la parte didascalica sujeta á algunos defectos. Aquel continuo amor á las paradoxas no puede agradar á un juicioso lector, que en las obras serias é instructivas desea la regularidad y la

on - a II ver-

verdad. Ofende aquel tono siempre decisivo y de superioridad. Cansan sus frecuentes y siempre estrechos y recalcados razonamientos, que tienen en continua agitacion el ánimo del lector, sin dexarlo descansar un instante. Las largas digresiones, los rasgos declamatorios, las reflexiones amontonadas como se le presentan á la imaginacion, y no ordenadamente distribuidas como lo requiere la materia, no pueden formar un libro, que verdaderamente produzca la debida instruccion, y sirva de modelo para la eloquencia didascalica. De un gusto enteramente diverso del de Rouseau es su contemporaneo Voltaire. Parece que la naturaleza se haya complacido en producir á un mismo tiempo dos singulares modelos en dos generos del todo opuestos. Rouseau melancolico y bilioso, alegre é indulgente Voltaire; el uno profundo y grave, el otro superficial y ligero; el uno preocupa con la fuerza y energíá de las razones, el otro con las gracias y con las burlas; el uno y el otro persuaden lo que quie-

quieren, pero Rousseau con el peso del convencimiento, Voltaire con la suavidad del placer. Una dición sencilla, clara, armoniosa y correcta, un orden de pensamientos artificialmente natural y espontaneo, pero siempre nuevo y gracioso, una manera de expresarse facil, vária, ingeniosa y agradable, rasgos vivos y animados, sales finas y picantes, y mil dotes de imaginacion y de ingenio, forman de las obras de Voltaire el dulce entretenimiento de toda clase de lectores. Qualquier materia que él se propone tratar, se presenta en sus manos libre de todas las embarazosas y dificiles investigaciones, y adornada solo con amenas noticias, con graciosas imagenes con faciles y perspicuas razones, se quitan todas las espinas, y se dexan solo las flores; nada se encuentra obscuro y dificil, todo es claro y facil de entender: su estudio se reduce unicamente á evitar el enfado, y á procurar la diversion de los lectores; y en efecto sin fatigar jamas la mente, deleyta siempre la imaginacion: el ánimo

cansado de las serias ocupaciones, ó de los trabajos literarios encuentra un dulce solaz en su lectura, y las obras de Voltaire son de aquellas obras á que sin pensar echa mano el que busca en la lectura un agradable entretenimiento. Pero los severos lectores, que en los libros desean la instruccion ademas del divertimiento, no pueden ver con paciencia en los de Voltaire abandonada la verdad, la religion, la honestidad y la justicia, por usar un dicho agradable, ó una brillante expresion, y terminados con una historieta, ó con un rasgo de epigrama los puntos mas graves é importantes. El estilo ironico y burlesco, el amor á la satira y á la befa los puede entretener por un rato; pero usado con exceso, y esparcido por todas partes, hasta en materias que no lo sufren, les causa fastidio, y se lamentan de que Voltaire no nos haya dado en libros proporcionados y completos sus reflexiones sobre varias clases de literatura, que son por lo regular justas y verdaderas, sino que las haya esparcido acá y allá, y repetidolas con

fre-

frecuencia, y alguna vez contradicholas en cartas, en prefaciones, en ensayos y en opusculos, y que en tantos volumenes no se encuentre una obra, que sea capaz de instruir al lector solidamente en alguna parte de literatura y de doctrina; y quieren en suma que Voltaire deba ser alabado como un ameno y gentil ingenio, y como un escritor elegante, delicioso y agradable, pero que no pueda tomarse por exemplar de eloquencia didascalica. En nuestros dias se ha visto un portento de eloquencia, que con razon es la maravilla de los doctos, forma las delicias de todas las almas sensibles y cultas, y ¿quien sabe si en algun tiempo será mirado por la remota posteridad como un Mercurio, ó un Apolo de las ciencias naturales? Este es el gran pintor del universo, el digno intérprete de la naturaleza, el nunca bastante-mente alabado y admirado Buffon. Dexo á los fisicos y naturalistas el cuidado de examinar los fundamentos de sus sistemas, y de seguirlo en los vuelos de su imaginacion; y ahora solo oigo en él las voces

de

de la facundia, y no lo considero mas que como un ingenio sublime, y un dios de la eloquencia. Su mente vasta no puede sujetarse á los límites que se han fixado á las mentes humanas, y quiere elevarse sobre los cielos para entrar á la parte con Dios en la creacion del universo. La naturaleza se ensoberbece al verse contemplada por el divino espíritu de Buffon, se desenvuelve y se pavonea á la vista de un tan digno observador, y hace vanidad de manifestarle sus mas ricos y agradables colores, y sus mas reconditas é importantes bellezas. Su vivaz y fecunda imaginacion, enardecida á vista de tal espectáculo, recibe todas las formas, que se le presentan en la inmensidad del universo, y trasladandolas graclosamente al papel, forma los infinitos é inefables quadros, que lo manifiestan pintor valido de la naturaleza. Pero aquel soberano pintor no se contenta, como hacen otros, con expresar fielmente todos los semblantes, y con copiar friamente las actitudes y los colores; su seguro y energico pincel quiere de algun

modo ser superior á la naturaleza misma , y dar á todas sus partes mayor realce y nobleza. El ánima aquellos entes , á quienes la naturaleza no ha dado alma, él da razón á aquellos vivientes , á quienes no la concedió la naturaleza ; él realza el merito y da nobleza á los animales menos estimados y mas innobles ; él nos presenta relaciones de sentimiento y de utilidad , que los unen todos estrechamente con la especie humana ; y en su pluma todo es vivo y animado , todo noble y grande , todo bello é importante. Leyendo su historia sentimos que se dilatan las fibras del corazón , nos hallamos movidos de afectos de compasion , de complacencia , de amor y de respeto hácia los brutos , y contemplamos con interes , y con amigable aficion á los que antes mirabamos con indiferencia , ó con desdeñosa superioridad. Por mas maravillosa que sea su sagacidad en observar las formas y las qualidades , las inclinaciones y los habitos , y las relaciones todas de todos los seres de la naturaleza , es sin embargo superior

su eloquencia, que á todo sabe dar tan delicado y vivo colorido , todo sabe expresarlo con tanta grandeza , y con tan agradable variedad , y todo sabe animarlo con tan dulce y puro interes. Las mas pequeñas particularidades se encuentran dignamente adornadas por su pluma , sin otro luxo que el luxo mismo de la naturaleza vivamente sentida , é íntimamente observada. Su generosa y noble alma no gusta de enredarse en obscuras xergas de ininteligibles frases , ni de sujetarse á truncados incisos , y á angustiadas clausulas , sino que se expresa con una pura y elegante diction, y se recrea con fluidos , dilatados y armoniosos periodos : su estilo sencillo y claro , sublime y magestuoso da á todo perspicuidad y belleza , magnificencia y nobleza ; á todo comunica el encanto y la magia , y siempre tiene dulcemente embelesados y enamorados á los lectores. Los naturalistas y los fisicos encontrarán que objetar á sus sistemas , y á las libres correrias de su imaginacion ; pero todos reconocerán en él un gran filó-

sofo , y un hombre singularmente elo-
 quente ; y la *Historia natural* de Buffon,
 no solo es un precioso deposito de todos
 los hechos , que forman el espectáculo de
 la naturaleza , sino que es tambien el úni-
 co libro , que pueda proponerse como
 obra magistral á los filósofos y á los natu-
 ralistas , igualmente que á los escritores ,
 á los oradores y á los poëtas. Despues de
 haber tributado nuestro culto al interpre-
 te de la naturaleza, el divino Buffon, ape-
 nas se encuentra escritor alguno, que par-
 ticularmente merezca nuestra atencion,
 fuera del historiador de los Cielos Bailly:
 su *Historia de la astronomía* , y sus *Car-
 tas sobre el origen de las ciencias* , y sobre la
Atlantida son los únicos libros, que pue-
 den ponerse en un mismo estante al lado
 de la *Historia natural*, y de los *Suplemen-
 tos* de Buffon. El toma de su maestro , no
 solo la fuerza de la eloquencia , sino tam-
 bien la libertad de la imaginacion ; y si
 el espíritu sistematico hace equivocar á
 Buffon en algun hecho de la naturaleza, el
 mismo espíritu arrebatata tambien á Bailly,

y le hace pesar con sobrada ligereza los testimonios que cita, y abrazar á veces algunos poco firmes y seguros. Una inmensa vastedad de imaginacion, que de un golpe abraza toda la extension de los espacios y de los siglos, una maravillosa perspicacia de ingenio, que con una ojeada ve los mas secretos enlaces, y las más imperceptibles relaciones, una suma destreza para aproximar los mas distantes extremos, para combinar los mas repugnantes, y para traer todas las cosas á su intento, son singularmente dotes de aquellas obras suyas, en que campea su talento sistematico; pero la sublimidad de sus pensamientos, la novedad y exáctitud de las reflexiones, la belleza y vivacidad de las imagenes, la energía y colorido de las expresiones, la armonía, magnificencia y nobleza del estilo resplandecen en todos los escritos de aquel excelente autor. Un sublime ingenio, una brillante imaginacion, una oportuna erudicion, y una vigorosa eloquencia hacen que Bailly sea un escritor capaz de agradar siempre á las per-

sonas doctas , y de lograr sin contradiccion la inmortalidad. Yo no exâminaré tantos escritores , que florecen al presente , y que en las descripciones de los monumentos antigüos y de las cosas naturales , en los tratados de fisica , y en todas materias , han querido imitar estos tan laudables exemplares ; y pondre la atencion solo en un escritor, no imitador, sino verdaderamente original , el célebre y

Linguet.

desgraciado Linguet. Es ciertamente Linguet uno de los talentos mas singulares que ha producido la Francia. Un ingenio profundo y penetrante , versatil y facil , una vigorosa y fecunda imaginacion , un espiritu perspicaz y agudo, una robusta y victoriosa facundia son dones que no esparce con mucha liberalidad la naturaleza ; pero que á Linguet se los ha dispensado con larga mano , y con la mas amigable prodigalidad. A estos dones de la naturaleza ha añadido él con su estudio un rico y abundante fondo de doctrina y de erudicion , y adornado con tales auxilios , ha podido entrar valerosamente en toda suer-

te

te de empresas literarias. Si quiere hacer mudar de aspecto la historia romana, escrita, creida y transmitida por tantos siglos en papeles y en monumentos, su sutileza y erudicion le subministran razones desconocidas á otros para dar alguna, aunque ligera apariencia á los nuevos colores con que la quiere pintar. Si le disgustan las triviales y comunes ideas sobre las leyes y sobre los gobiernos, su fecunda imaginacion le sugiere otros planes, y le presenta otros medios para crear y establecer otros á su gusto. Las materias políticas, las criminales, las económicas, las medicas, las literarias, y varias otras las mas heterogeneas y diferentes entre sí, se ven manejadas con igual facilidad, y todas reciben de su pluma nuevas luces. Pero cabalmente la facundia, y la maravillosa flexibilidad de su ingenio, lo llevan fácilmente á paradoxas, y á singulares y extrañas opiniones, que no son compatibles con la severidad de un exácto juicio: la vivacidad de su fantasía le presenta á veces relaciones sobrado remotas, meta-

foras algo atrevidas, y expresiones poco correctas: el calor de su facundia se extiende con frecuencia á pequeñas y frívolas discusiones, que están muy lejos de merecerlo; y sus obras se hacen leer con gusto, y aún con provecho por la fuerza, energía, fuego, vivacidad y varias otras prendas de ingenio, de imaginacion y de eloqüencia, pero se echa menos en ellas mayor gravedad y severidad de juicio, para que se las pueda tener por obras magistrales, y por modelos de sólida y verdadera eloqüencia. Al mismo tiempo que Linguet escribe Mably con mucho acierto de política, de moral y también de literatura (a). Escribe Marmontel con penetracion y sutileza varios artículos pertenecientes á las buenas letras, y escriben algunos otros Franceses no sin gloria de su eloqüencia didascalica; y la Europa toda parece que reconozca en esta parte, como en casi todas las otras, por su maestra de

(a) Ha muerto posteriormente con sentimiento de los amantes de la política, de la literatura y del buen gusto.

eloquencia á la Francia.

A vista de tantos célebres escritores franceses, ¡quan obscurecidos no quedan los mas ilustres autores de las otras naciones, apenas conocidos de sus propios nacionales! Solo Inglaterra cuenta escritores, ^{Inglesa.} que no han quedado sepultados en su nativo pais, sino que viven, digamoslo asi, en toda la república literaria, y pertenecen á todo el mundo. Hemos citado antes la opinion del juicioso Hume, quien apreciando poco la prosa de Bacon, de Harrington, de Milton, de Sprat, de Locke, de Temple y de otros coetáneos suyos, no encuentra en el idioma inglés una buena prosa anterior á las obras de Swift. Este gracioso y ameno escritor ha tratado argumentos políticos, eclesiasticos y literarios; algunos con seriedad, y la mayor parte con gracejo y jocosidad, pero todos con señorío y maestría; é intimo conocedor de la pureza, precision y extension de su lengua, es uno de los mejores modelos para quien quiera formarse en ella un estilo puro y correcto. La sencilla y positiva ma-

nera de expresarse hacen que sus escritos serios sean algo aridos y duros ; pero en los jocosos y festivos, la misma simplicidad da mayor delicadez á sus graciosos pensamientos : sin estudio , sin afectacion y sin superfluidad , corre libremente su estilo con espontánea facilidad y fluidez ; y Swift es uno de los pocos escritores, que han unido la amabilidad con la profundidad, y la facilidad con la correccion ; y en mi juicio debe ser tenido por el mas fino , el mas picante , y el mas solidamente agradable en el estilo jocosos de quantos en Inglaterra , y en otras naciones han querido seguir aquel genero de escritos. Pero escritor verdaderamente didascalico y serio es el docto y profundo Brolingbroke ; lleno de ingenio y de erudicion no se contenta con tocar ligeramente las materias , sino que entra á exâminarlas á fondo, busca su verdadero aspecto , y lo presenta con exâctitud y precision ; y con sólidas y originales reflexiones , con nuevas ideas, con razones, testimonios y exemplos da nuevas luces y ma-

yor perfección á sus tratados. A las muchas prendas de ingenio y de erudicion añade la de un estilo vivo y animado, que aumenta la fuerza y energía á sus vigorosos, y á veces sobrado atrevidos pensamientos. Pero el fuego y calor de su fantasía le presenta tan al vivo los objetos que trata, que no sabe contentarse con el justo ardor y dulce rapidez, que corresponde á la eloquencia didascalica, sino que se dexa llevar con vehemencia é ímpetu, presenta un mismo pensamiento baxo diversos aspectos, pinta con sobrada fuerza algunos objetos que no la merecen, y su estilo puede parecer mas de un declamador apasionado, que de un moderado escritor. Pomposo y elegante, rico y armonioso es el estilo de Shaftsbury; pero á veces, hinchado y cargado de circunloquios y de elegancia artificial, manifiesta sobrado estudio y afectacion. Addison es sin disputa, en concepto de los mismos nacionales, el mas perfecto modelo de pureza, correccion y belleza de language inglés; pero en el *Espectador*,

que es su obra mas aplaudida , no puede llamarse exemplar igualmente bueno de eloqüencia didascalica , no habiendo querido darnos obras acabadas sobre los varios puntos que toca , y habiendolos tratado mas con gracejo , que con seriedad. Cherstelfield y Hume , son verdaderamente didascalicos , y á las prendas de un language correcto , y de un culto y gracioso estilo han juntado el buen orden , la sutileza , precision y claridad , que los argumentos requieren. Gibbon, Blair y otros muchos escritores , que al presente florecen en Inglaterra , buscan en las materias literarias , en las politicas y en las economicas los moderados adornos de la eloqüencia didascalica; y podemos decir con verdad , que ésta en nacion alguna , fuera de Francia , ha sido tan ventajosamente cultivada , como lo ha estado en este siglo en Inglaterra. Y aún pienso que el mejor adelantamiento que se le pueda proporcionar á esta eloqüencia , sea una mezcla de la profundidad y precision inglesa , con las gracias , gentileza , rapidez

y claridad francesa ; dexando sin embargo libertad á los ingenios originales para que se abran los nuevos y gloriosos caminos, á que con dulce fuerza los conduzca el propio genio. A la eloquencia didascalica deben referirse las disertaciones, y los discursos academicos , aunque comunmente puedan recibir alguna mayor fuerza oratoria ; y esta especie de eloquencia academica es un campo que todavia puede mirarse como esteril é inculto , pero que trabajado por manos diestras, podrá dar copiosos frutos de sazónada eloquencia. Baste lo dicho de la eloquencia didascalica, la que tal vez mas que ninguna otra nos ha dado excelentes exemplares que examinar , y es en nuestros dias mas universal ; y pasemos ahora á otras menos abundantes de tales modelos, y menos comunes é importantes,

CAPITULO IV.

Eloquencia dialogal.

Origen
de la elo-
quencia dia-
logal.

Algo posterior á la didascalica y á la oratoria fue la eloquencia dialogal. Quando los pitagoricos y Democrito habian ya tratado las materias filosóficas con las gracias de la eloquencia; quando Solon, Clístenes y Pericles habian hecho oír la fuerza de su facundia, vino Cenon de Elea á producir una nueva manera de tratar los argumentos filosóficos, é hizo nacer una nueva clase de eloquencia con el arte del dialogo, que con singular gloria suya introduxo en Atenas. El dialogo tuvo la feliz suerte de que Sócrates lo mirase con particular aficion; y habiendolo él adaptado para tratar las quèstiones filosóficas, siguieron sus discipulos el mismo estilo, y acarrearón mucho credito y esplendor á la eloquencia dialogal. El primero que escribió tales dialogos fué, segun el testimonio de Aristoteles citado

por y

por Atheneo (a), Alexâmenes Teyo, el qual dio á sus dialogos el titulo de socraticos. Entónces casi todos los filósofos se dedicaron á exponer en dialogos su doctrina; pero singularmente los discipulos de Sócrates parecia que no supiesen hacer otra cosa que dar al público los dialogos que habia tenido su maestro, ó á lo menos que procurasen dar autoridad á sus opiniones presentandolas en boca del venerado Sócrates. Laercio nos nombra los dialogos de Simon, de Criton, de Fedon, de Aristipo y de otros muchos; pero Pannecio citado por el mismo Laercio, de todos los dialogos socraticos, que entónces se esparcian en gran numero, solo reconocia por legitimos y verdaderos los de Platon, de Eschines, de Xenófonte y de Antistenes. De este último no nos queda ya monumento alguno, y por consiguiente todo lo que pertenece á los dialogos de los antiguos socraticos, se reduce á Platon, Eschines y Xenofonte. Dionisio Ha-

(a) Lib. XI, c. XXI.

licarnaséo dice, que en el estílo de Platon se ve junto el sublime y el tenue, y que su oracion está atemperada á uno y á otro. La pureza y tersura, la claridad y sencillez son las prendas singulares de Eschines y de Xenofonte. Hermogenes quiere que Xenofonte supere en su simplicidad á la simplicidad de Platon; pero que sea otro tanto superado por Eschines en su tenuidad. En efecto la tenuidad de Eschines llega á tanto grado, que causa maravilla el que pueda agradar, y que lejos de ser enfadosa se haga sumamente amable y dulce á los lectores. Ni la lengua latina ni las modernas nos pueden dar idea de un tal modo de escribir, y solo entre los Griegos encontramos escritos, que en una suma simplicidad, y en una extrema tenuidad hagan comparecer la gracia y la suavidad de una adornada y armoniosa oracion; y Eschines sabe además añadir el gusto de las fabulas oportunamente traídas. En efecto, ¿que dulce placer no causa en el *Auto*co la fabula del infierno puesta en boca del mago Gobrias? Y ¿quanto mas no deley-

tan el *Erisias* y el *Axioco* condimentados con tales fabulas, que el *Dialogo de la virtud* falto de semejantes adornos? Yo encuentro en Xenofonte simplicidad y facilidad; pero por lo que mira al modo de escribir los diologos, lo reputaré siempre inferior á Eschines. Basta leer el *Economico* de Xenofonte, y el *Erisias* de Eschines para hacer un verdadero cotejo. Xenofonte habla de las riquezas y de la economía moviendo quëstiones, y dando preceptos, sin entretener al lector en aquellas pequeñas digresiones, que son tan comunes en los discursos familiares, y que forman la verdadera ilusion de los dialogos. Eschines se pone á hablar en el *Erisias* de las riquezas con razonamientos tan naturales y propios, que le parece á uno estar presente á la conversacion en que lo introduce; oir las noticias de la Sicilia que le quiere dar; ver al embaxador de Siracusa; é intervenir en un todo en los discursos que refiere. Hermógenes hace un ligero paralelo del *Convite* de Xenofonte con el de Platon, dando á este

toda la preferencia; pero lo toma solo por la parte de la moralidad , porque Xenofonte introduce baylarinas y bayles, y pinta imagenes voluptuosas con un cierto ayre de complacencia, y Platon al contrario dexa estas imagenes á las mugeres, y aplica á otras materias su simplicidad. Pero yo no creo que este sea el verdadero aspecto en que deban mirarse aquellos dos *Convites* , para formar con alguna exâctitud el parangon. Son ciertamente muy diferentes el uno del otro : el *Convite* de Xenofonte, todo placentero y alegre , lleno de agradables accidentes, y sazonado con graciosa variedad , contiene muchos discursos , pero tratados con ciertas sales y gentiles gracejos , que entretienen dulcemente al lector: el de Platon , todo grave y sério , habiendo tocado brevemente lo que pertenece al convite , entra á texer algunos razonamientos acerca del amor, explicandolo con ciertas fabulas extrañas , y de un modo enteramente nuevo. Si Xenofonte con las imagenes voluptuosas ofendia la modestia de algunos Griegos,

no podia Platon causarles mucho placer con sus ideas sobre la pederastia. Pero nosotros debemos formar por otro camino la verdadera idea de los dialogos de Platon, que merecen mas atento y mas largo exámen.

Y ante todas cosas el estilo socratico ^{Platon,} es ciertamente comun á Eschines y á Xenofonte; pero singularmente se descubre en los *Dialogos* de Platon. Aquella induccion continúa, tomada de las artes triviales, y de los ejercicios mas comunes, la usa de tal modo Platon, que á veces llega á ocasionar fastidio á los lectores, como con frecuencia lo causaba Sócrates en sus argumentos á los interlocutores que combatia. La agradable y elegante ironía, de que dice Ciceron (a) que usa Sócrates en los libros de Platon, de Eschines y de Xenofonte, rara vez ó ninguna la veo en estos dos, quando apenas se encontrará un dialogo de Platon, de que no puedan sacarse frecuentes exemplos. En

Mm 2

efec-

(a) *De cl. Or.* LXXXV.

efecto quantos cita el mismo Tulio , todos son de Platon. El *Arte obstetricia* de Sócrates , para ayudar á los filósofos á producir los pensamientos , toda es platónica. Pero dexando aparte lo que es socratico , y pasando á considerar las dotes propias del dialogo , encuentro singularmente digno de alabanza en Platon aquella energía y evidencia , por la que se ve conducido el lector á los lugares que él describe , y aquella ilusion dramatica, que hace parecer que realmente se oyen los razonamientos referidos. ¿Quien no vé , leyendo el *Protagoras* , al eunuco portero cansado de tantos sofistas, que abre de mala gana la puerta á Sócrates y á Hippias; á Protagoras, que se pasea por el portico acompañado de una multitud de oyentes, que religiosamente le siguen, quedandose un poco atras por reverencia, y dando las vueltas con atencion y respeto ; á Hippias de Elea puesto magestuosamente sobre el sofistico trono, y sentados al rededor en sillas mas baxas Erisimaco y los otros ; á Prodicio Chio echado

do en un ángulo de la despensa , cubierto de mantas , hablando con voz ronca y obscura , y en suma á todos quantos tan divinamente pinta Platon ? Nosotros sin tener noticias topograficas de Atenas , seguimos á Sócrates en el *Lysis* , acompañandolo de la academia al liceo por el arrabal junto á los muros ; y á la puerta , donde está la fuente de Panope , encontramos á Hippotales , á Ctesippo y á una multitud de jóvenes : salimos de Atenas en el *Fedro* , paseamos por las orillas del Iliso , nos sentamos sobre la blanda yerba baxo aquel alto plátano , tan famoso entre los antiguos y entre los modernos , gozamos de la clara y agradable agua que corre de la fuente , y fuera de nosotros mismos somos arrebatados á donde quiere conducirnos la magia y el encanto del estilo platonico. No están pintados con menor exáctitud los caracteres de los interlocutores , que componen las escenas de los dialogos de Platon. Las costumbres y el genio de los sofistas , de los políticos , de los viejos , de los jóvenes , y de quantos introduce en sus dialogos ,

se ven expresados con la mas sincera verdad. El Abate Masieu en su *Paralelo de Homero con Platon* (a) observa, que como la antigüedad ha dicho de Homero, que era el mas dramático de los poetas, del mismo modo puede decirse, que de todos los escritores prosaycos Platon es sin disputa alguna el mas dramático. Grou en la prefacion á su traduccion de los *Dialogos de la República*, compara á Platon con Aristofanes, pero dando á aquel la preferencia, porque sus pinturas son menos libres, y sus rasgos menos cinicos, y mas delicados, y porque no lleva hasta lo sumo lo ridículo para hacerlo mas picante, ni desfigura sus personajes, como con frecuencia lo hace Aristofanes. Pero Platon, aunque no padece este último defecto tanto como Aristofanes, sin embargo no está enteramente exento de toda acusacion. Dionisio Halicarnaseo y otros antigüos, creían que á Platon le causaban celos los honores que tan de lleno se dis-

(a) *Ac. des Inscr.* tom. II.

pensaban á Gorgias, Protagoras y otros sofistas, y que por esto los zaheria frecuentemente, y los pintaba tan ridículos como aparecen en sus dialogos. En efecto, Gorgias decia que no se conocia en el dialogo que le atribuia Platon. Pero debe observarse, que aunque es cierto que Platon ridiculiza á los Protagoras, á los Prodicos, á los Hippias y á otros vanos y petulantes sofistas, lo es igualmente, que da los debidos elogios á Pericles y á Isócrates, que podian causarle mas celos literarios. Y si Gorgias no se conocia á sí mismo en el citado dialogo, la posteridad ve en él la arrogancia y la necia vanidad de los celebrados sofistas. Pero sin embargo tal vez entre las prendas casi infinitas, que se hacen admirar en los dialogos de Platon, podrán reputarse como defectos ciertas respuestas impropias que pone en boca de algunos, como si quisiese fingirse un enemigo á quien herir á su satisfaccion con mayor facilidad. El mayor cuidado de Platon fue el de expresar el carácter de Sócrates con la mas individual exâctitud

y

y verdad. Su facilidad en acomodarse á la indole de las personas con quienes hablaba se viene á los ojos á cada pagina , ya viendolo viejo con el viejo Cefalo , ya muchacho con los muchachos Lysidas y Meseno , ya animando al sabio y modesto jóven Teeteto , ya condescendiendo con la altanería de los sofistas , dando alabanzas á su vano saber, y confesando con ingenua serenidad su ignorancia , ya de otros modos siguiendo la indole varia de cada uno de los interlocutores. La ironía de Sócrates se ve , como hemos dicho antes , en todos los dialogos de Platon. El amor á una disputa filosófica , y el deseo de buscar las verdades desconocidas , de que tan poseido estaba Sócrates , se encuentra admirablemente pintado en las obras de este discipulo suyo. Pero yo quisiera que no hubiese imitado tanto á Sócrates en las freqüentes y muchas veces inútiles inducciones , en algunas poco sólidas y algo sofisticas razones, y en otras cavilaciones , que á veces hacen menos agradable la lectura de sus dialogos.

logos. Sea qual fuese el genio de Sócrates, sino puede agradar á los oyentes puesto en la escena al natural, debia el autor presentarlo algo correcto. Clerc observa (a), que Platon y Xenofonte dieron elegancia y ornato á los dialogos que Sócrates tenia con voces é imagenes tan baxas, que á primer vista parecian enteramente ridiculos. Ahora pues si Platon tuvo por conveniente no seguir en esta parte el caracter socratico, ¿por qué no podía abandonar igualmente su estilo en las excesivas é inútiles inducciones, en las demasiado continuas interrogaciones, y en algunas poco sólidas y algo sofisticas razones, que disminuyen algun tanto el esplendor y magestad de sus dialogos? Pero que esto no haya sido tanto defecto de Sócrates quanto del mismo Platon, se hace creible viendo que no solo á Sócrates, sino que tambien al huesped en el *Civil*, y á otros en otros dialogos los hace filosofar con el mismo método; y que Xenofonte y Es-

Tom. V.

Nn

chi-

(a) *Silv. Philolog. cap. III.*

chines , que tambien quieren manifestar el carácter de su Sócrates , no le hacen hablar de aquel modo. Otro defecto podrá tal vez encontrarse en los dialogos de Platon, que hubiera sido mas facil de evitar , y es el que sean indirectos y no directos. ¿Quanto mas oportuno y expedito no hubiera sido presentar sobre la escena, *El Convite* , mayormente habiendo de hacer tan largos razonamientos sobre el amor , que ponerlo en boca de Apolodoro, y hacerselo referir , y repetir todos aquellos nuevos y largos discursos con poca apariencia de verdad? ¿Porque obligar á Euclides , afligido por la mortal enfermedad de Teeteto , á leer en sus mamotretos el docto y filosófico razonamiento que este aún jovencito tuvo con el viejo Sócrates, y no presentar sencillamente á los lectores aquella conversacion importante y agradable? A estos leves defectos , si acaso llegan á serlo , que solo tocan á la parte del dialogo , añadian los antigüos otros pertenecientes á la diction y al estilo. Dionisio Halicarnaseo , elogia-

dor